

# VILLAMARTIN, UN MILITAR FILOSOFO Y ESCRITOR

P O R

ALBERTO COLAO SANCHEZ

## E X O R D I O

*No la pura cortesía, sino un puro sentimiento de justicia y de consciente humildad obliga, en este mi caso concreto, a comenzar con palabras de gratitud. Gracias, señores académicos, por vuestra benevolencia al ofrecerme un sillón entre vosotros, que es ofrecerme el privilegio de seguir aprendiendo entre maestros y el de cooperar, en la medida de mis menguadas fuerzas, en esa vuestra labor magnífica de investigación callada y seria que tanto redunda luego en exaltación de los valores espirituales de nuestra tierra, de nuestra hermosísima región.*

*Bien quisiera yo corresponder cumplidamente a tan singular deferencia. Ni voluntad ni arredros me han de faltar; sobre todo, aferrándome a vuestra compañía. Si mi erudición es parca, mi instinto y mi cariño por las cosas de nuestra tierra son crecidos y me hacen adivinar horizontes plenos del mayor atractivo, de la mayor sugestión. He aquí, precisamente, por qué he padecido perplejidades en el momento de elegir tema para este discurso. ¡Tantos son los asuntos a investigar y tanta la urgencia con que algunos de ellos deben ser abordados!*

*La revisión de algunos textos latinos concernientes a la historia de Cartagena es trabajo que, a decir verdad, me tentó en un principio, pero renuncié momentáneamente a él. Igualmente renuncié pronto a otro tema, harto atractivo por cierto, cual es el de «la literatura del agua», entendiéndolo por tal toda la letra impresa —desde el soneto al documento municipal— que durante mucho tiempo, desde Plinio y los antiguos autores, ha venido elaborándose a propósito de la ancestral sequía del campo de Cartagena. Ya que no puedo conjurar definitivamente esa atroz sequía —pensé— procuraré, al menos, hacerla literaria. Pero, como os digo, renuncié a este tema, que supondría un repaso total a la literatura carta-*



genera, al respecto llena de elegíacos agobios, de espejismos y de desilusiones.

Más tentador para mí resultaba otro asunto que, ya que no en este discurso, sí he de traer ilusionadamente a esta Academia. El tema se hubiere titulado «La emoción de Cervantes en Cartagena». Y, en efecto, la constatación y el análisis de esa emoción, patentificada en diversos pasajes cervantinos y transparentada en muchos otros, bien merecía la pena recabar vuestros apoyos para significar a Cartagena como un privilegiado lugar cervantino. Sin embargo, también deseché este asunto tan querido y para mí tan irrenunciable. Y, por fin, decidí hablaros de Villamartín.

Una de las notas individuantes y más características de Cartagena, algo que pertenece a su idiosincrasia y aun a su misma esencia —pues la Madre Naturaleza hizo a Cartagena una plaza fuerte— es su condición militar. Y Villamartín es un cartagenero que honra altamente la tradición militar de Cartagena.

Villamartín es, además, un militar humanista y la más clara mente filosófica que ha dado Cartagena. San Isidoro ha sido nuestro enciclopedista; Jiménez de la Espada ha sido, por excelencia, nuestro científico; Isaac Peral ha sido nuestro técnico; Monroy ha sido nuestro poeta... Nuestro filósofo ha sido Villamartín. Por lo demás, se trata de una figura tan humana, que hace largo tiempo me tenía prometido dedicarle mi recuerdo y mi estudio.

En todos mis estudios de historia de Cartagena, siempre he tenido particular satisfacción en acercarme, más que a asuntos, a personas; más que a la historia, a sus protagonistas. Por supuesto, tales acercamientos tienen una emocionante calidez humana, que constituye para mí su mayor atractivo. ¡Cuánta emoción —recuerdo— al escribir mi Jiménez de la Espada! Y no menor emoción he experimentado al acercarme a Villamartín, más aún cuando pensaba —muy románticamente— que Villamartín, al morir, no dejó familia, sino tan sólo unos cuantos amigos que, luego a luego, desaparecieron también. A sus amigos de ahora nos toca recordarlo.

Villamartín es un hombre muy de su siglo, y en verdad que me place reivindicar en él la grandeza de nuestro siglo XIX español, tan vituperado, tan despiadadamente vilipendiado, tan desconocido y, sin embargo, tan grande.

Por todo ello, para mí supone una alegría profunda, cordial, el desplegar ante vosotros no una fría erudición, sino una reflexión encendida de afecto y de admiración hacia Villamartín.



## TRAYECTORIA DE LA VIDA DE VILLAMARTIN

La vida de Villamartín estuvo apretada entre dos fechas demasiado cercanas entre sí: 23 de julio de 1833 y 16 de julio de 1872. Vida apretada y densa como todo su siglo, como todo en ese siglo XIX español que, zigzagueando entre venturas y desventuras, ha de ser indudablemente contado entre los más interesantes de la historia de España.

Bueno es que empecemos recordando esta circunstancia. Tal vez comprendamos así mejor la militar bizarría de nuestro personaje, a quien los azares de las luchas intestinas dieron ocasión de probar su fidelidad y su valor; tal vez comprendamos así mejor la gallarda honestidad de quien, en un siglo de políticos y de politiqueros, se define con altas miras patrióticas, sin reparar en posibles conveniencias; tal vez comprendamos así mejor su vocación intelectual en medio de aquella sociedad, cuyas instituciones, cuyos salones, cuyos gobernantes, cuya vida toda presenta como característica dominante una nota de intelectualidad; tal vez comprendamos así mejor el vuelo filosófico de este militar que escribe mientras Krause pontifica, las Cortes son escenario de elocuencia, los periodistas son retóricos, los partidos se apoyan en especiosas teorías y los jerifaltes políticos se precian de ser padrinos o apadrinados de una u otra filosofía.

Villamartín es un personaje muy del siglo XIX. Aunque parezca inexplicable paradoja, todos los grandes hombres que sobreviven a su tiempo han sido muy de su tiempo y de su circunstancia.

### Algunos datos biográficos

Nació en Cartagena. Fueron sus padres don Bruno Villamartín, capitán de Infantería, y doña Segunda Ruiz de la Peña.

Siendo aún muy joven —el 24 de enero de 1848—, ingresó en el Colegio General Militar de Toledo, del cual salió con el grado de subteniente el 4 de julio de 1850. Esta fecha marca el comienzo de una carrera cuya limpia ejecutoria se resumiría, al final, en esta escueta *Hoja de servicios*: «Valor: acreditado. Aplicación: mucha. Capacidad: mucha. Conducta: buena. Puntualidad en el servicio: mucha. Instrucción en táctica: sobresaliente. En ordenanzas: sobresaliente. En procedimientos militares: sobresaliente. En detall y contabilidad: sobresaliente».

De la vida de Villamartín —sobre todo, de sus primeros años— sabemos relativamente poco. Las noticias que de ella nos quedan se deben a otro militar escritor, don Luis Vidart, que en 1877 y al dictado de una



gran admiración por el insigne cartagenero, publicó un opúsculo titulado *Noticias biográficas del Comandante Villamartín*. En este opúsculo Vidart compilaba —corrigiendo y aumentando— los datos que poseía y que había publicado anteriormente en *La Ilustración Española y Americana* —1876— y en la *Revista Europea*.

Cuando en 1883 se editan, a expensas del Ministerio de la Guerra, las *Obras selectas* de Villamartín, es también Vidart quien las prologa con unos «apuntamientos acerca de su vida y sus escritos». Aunque estos apuntamientos son de cierta extensión, el autor advierte que, siendo costeada la edición con fondos del Estado y actuando el prologuista como portavoz de la Comisión oficial constituida para honrar la memoria de Villamartín, «debemos guardar miramientos que nos obligarán a ser muy parcos al tratar de ciertos hechos históricos relacionados con la vida militar del biografiado». En verdad que es de lamentar esta cortés parquedad.

Sin embargo, conocemos los principales hitos que marcan la trayectoria de aquella malograda vida. Los vamos a anotar, aunque sintiendo dejar en oscuridad algo tan —a nuestro juicio— esencial como el periodo de sus años mozos: esos años que transcurren hasta su salida del Colegio militar de Toledo y que son los de su formación, los verdaderamente decisivos en toda vida. ¿Qué maestros tendría? ¿Con cuál de ellos tuvo mayores contactos? ¿A quién debió su curiosidad intelectual, su afición a las letras, su interés por los estudios históricos? ¿Quién lo asomó al vasto mundo de la filosofía, iniciándolo en la lectura de Kant, de Hegel, de Spencer, de Suárez, de Rousseau, de Hugo Grocio, de Francisco Victoria...? A ese maestro desconocido, cuyo nombre quisiéramos poder citar, tributamos desde estas primeras páginas un fervoroso homenaje.

Sin duda, muchos de esos oscuros puntos que tanto nos agradaría conocer quedarían aclarados si pudiéramos repasar la correspondencia que Villamartín mantuvo con algunos deudos y amigos. Don Luis Vidart manejó una colección de cartas cuyo destinatario era el coronel don Fernando Casamayor. Tan interesantes consideró estos documentos, que estuvo en su ánimo el publicarlos; les atribuyó una máxima importancia autobiográfica, ya que en esas cartas explaya Villamartín su intimidad, comunica sus problemas, da cuenta de sus asuntos familiares, deja al descubierto el estado de su espíritu. Vidart nos da a conocer una muestra de esta correspondencia con Casamayor. La carta dice así:

*Mi querido amigo: No le olvido a V. Por correspondencia, entre personas ilustradas, se conoce no sólo la inteligencia, sino también el corazón, y ambas cosas valen mucho en V. para que yo pueda olvidar su amistad. Es que me ha sucedido una gran desgracia: he*



*perdido a mi hija única, y este golpe, por razones especiales, ha sido para mí mucho más cruel que lo que hubiera sido para otros padres. No era feliz, pero creía serlo, porque toda mi vida se concentraba en los afectos de mi familia; y el vacío de hoy ha descubierto otros, pues lo que antes no me dejaba ver mi niña con sus juegos, ahora lo veo. Veo mi pobreza, mis apuros, los atrasos que me ha proporcionado mi obra, la escasisima protección que se me ha dado, pues si bien, por un rasgo espontáneo y noble del general Lemery, a quien yo no conocía, se me dio la Cruz de Carlos III por influencia Real, el Gobierno nada ha hecho; bien es verdad que yo valgo poco para solicitar...*

Parece que también mantenía interesante correspondencia con su prima doña Isabel de Villamartín (1). Era ésta una dama de refinada cultura —cultivaba discretamente la poesía—, muy capaz para comprender a su primo aun en aquellas ocasiones en que éste le participara preocupaciones, no ya de índole familiar, sino de orden intelectual: su amor a las ideas liberales, su juicio sobre la batalla de Alcolea, en la que él había tomado parte, sus estudios y sus proyectos de escritor...

Pero toda esa correspondencia nos es desconocida. Al poco tiempo de morir Villamartín, falleció también su esposa, doña Clotilde Lagoanere; el hogar de la madrileña calle de San Vicente Alta, número 47, quedaba deshecho; no parece que quedasen deudos muy próximos que pudieran conservar de inmediato y con cariño —fundamentales condiciones— los papeles del malogrado escritor (2). Sin duda, la incuria consumió interesantes borradores, ya jamás encontrados, aunque de algunos nos lleguen, como hemos de ver, indirectas noticias. Al desaparecer tan rápidamente su corta familia, muchas intimidades de Villamartín, muchos de sus proyectos y aun algunos originales inéditos han quedado por conocer.

### **En «El Temido» y en «El Terror»**

El primer destino que el subteniente Villamartín tuvo fue en el Regimiento de Infantería de Gerona, que se hallaba de guarnición en Vitoria. Llevaba este Regimiento el sobrenombre de *El Temido*.

(1) Se conserva de ella una colección de cantares y seguidillas titulada *Horas crepusculares* (Madrid, 1865), en la que se revela, más que como poetisa, como mujer de fina sensibilidad.

(2) Doña Isabel de Villamartín no se hallaba en Madrid cuando falleció su primo, según consta por una carta que dirigió al director de *El Correo Militar* al organizarse la Comisión pro monumento a Villamartín. Seguramente se hallaría en Galicia, de donde parece que procedían los Villamartín y donde ella gustaba vivir, como afirma en la dedicatoria de su libro de la Reina de Portugal doña María Pía de Saboya.



De *El Temido* pasó a *El Terror*, que tal era el sobrenombre del Regimiento de Saboya. Mas pronto fue destinado nuevamente al de Gerona, que a la sazón estaba de guarnición en Madrid.

Este nuevo destino en Madrid coincide con una época turbulenta. Porque estamos por el año 1854. En el pueblo reina la inquietud y el malestar. Los contribuyentes protestan de cierto empréstito forzoso con que se les gravaban sus economías. Y, puesto que se trataba de algo perjudicial a los contribuyentes, no hemos de decir que las clases poderosas y aun la Grandeza compartían el descontento, solidarizándose con esa numerosa clase media que se sentía agobiada. La prensa está prácticamente amordazada, pero los libelos y anónimos se suceden. En tales circunstancias, una coalición, formada por los generales Concha, Messina, Zavala, Serrano, O'Donnell y San Miguel, se dispone a afrontar la situación, soñando a veces con derribar el trono y hasta trazando planes para conseguir la unidad ibérica.

Cundiendo el malestar por tan altas y delicadas esferas, fue menester amedrentar a quienes se mostraban insumisos a la política gubernamental, y se inició un periodo de violencias: se aleja de la capital a los jefes militares descontentos, destinándolos a las plazas insulares o a los puntos menos explosivos; algunos de ellos, por cierto, se resisten, como fue el caso del general O'Donnell, quien, en vez de trasladarse a su destino en Santa Cruz de Tenerife, quedó escondido varios meses en Madrid, sin que la policía pudiera dar con su paradero. A otros generales, sin usar de tales diplomacias para alejarlos de Madrid, se les destituye sencilla y llanamente, o se les encarcela. Por fin, O'Donnell determina sublevarse y, aunque tras varios aplazamientos e indecisiones —debidas a que el pueblo no se manifestaba muy a las claras a favor de la sublevación—, la revolución estalla. El Gobierno trata de fortificarse y, a su vez, los pronunciados mueven todos los hilos para no fracasar en el iniciado intento. Uno de esos hilos fue el célebre Manifiesto de Manzanares, obra de Cánovas del Castillo, que espoleó los ánimos populares y logró enrolar en el levantamiento a los progresistas.

El día 17 de julio, el Conde de San Luis se ve precisado a presentar la dimisión de su Gabinete. Las turbas amotinadas —dice Ballesteros (3)— recorrían las calles de Madrid, en tanto que los ministros dimisionarios trataban de ponerse a salvo. La gran masa de público que salía aquella tarde de una corrida de toros recorrió la calle de Alcalá turbulentamente, concentrándose en la Puerta del Sol. Algunos presos fueron libertados y

---

(3) BALLESTEROS: *Historia de España*, tomo VIII.



las turbas saquearon casas y palacios. No bastaban —dice también Ballesteros— los esfuerzos de Ríos Rosas, ministro de la Gobernación, ni los del Marqués de Perales, Gobernador civil de la capital, para sofocar la insurrección callejera.

Una revolución con tanto aparato motinesco, en la que se hallaban comprometidas facciones tan relevantes, llevó consigo también estupendos alardes militares. Villamartín, por sus avanzadas ideas, simpatizaría más bien con los sublevados. Sin embargo, en ésta como en posteriores ocasiones, supo mantenerse en el puesto que le imponía su deber militar: la defensa del poder constituido.

En semejantes ocasiones, los ascensos son premio y son estímulo. Con motivo de los sucesos que acabamos de anotar, fue concedida una gracia general que también alcanzó a Villamartín, y ascendió a teniente.

### Una herida y el ascenso a capitán

Recibió su Regimiento órdenes de trasladarse a Barcelona. Allí se encontraba Villamartín cuando los acontecimientos del 18 al 22 de julio de 1856. Hemos nombrado otra fecha importante. En 1856 están en germen varios de los decisivos factores que ocasionarán la caída de Isabel II. Uno de esos factores es el viraje que los progresistas empiezan a dar, aproximándose a los demócratas. A su vez, el bando reaccionario se siente afectado por el cariz que va tomando la situación. Entre moderados y progresistas se acentúan de día en día las diferencias.

El 14 de julio, de madrugada, se produjo la crisis. Nace un nuevo Gobierno, presidido por O'Donnell, y se hace cargo del Gobierno Civil de Madrid Alonso Martínez. La revolución estalla en las calles de Madrid, en las que se levantan barricadas; los milicianos toman las armas, y hasta en el Congreso se respira un aire de rebeldía. El General Serrano dirige las fuerzas gubernamentales —la Contrarrevolución—, constituidas por un ejército de siete mil hombres; pero los milicianos, que suman unos dieciocho mil, combaten con denuedo, y en las cercanías del Congreso y en el Retiro se libran verdaderas batallas. La revolución de 1856 alcanza, pues, considerables proporciones y, si tiene por epicentro la capital, sus sacudidas alcanzan a no pocas provincias, ya que los progresistas activan para que muchas capitales se alcen en armas. Así lo hicieron Jaén, Granada, Murcia y Teruel. ¿Y cómo no había de pronunciarse en semejante ocasión esa importante capital que se llama Barcelona? En Barcelona, donde se hallaba destinado Villamartín, el movimiento fue,



según afirma Ballesteros, más grave que en los demás puntos de la península. Como en Madrid, la lucha se entabló en las calles de Barcelona.

Villamartín tenía su puesto en el cuartel de San Pablo, contra el que los revolucionarios acometieron. Sólo tenía veinte soldados a sus órdenes para defender la posición; pero tan valerosamente supo actuar, aun a costa de recibir una herida de bala en la pierna derecha, que mereció ser recompensado con el empleo de capitán.

### Rumbo a Cuba, rumbo al estudio

El capitán Villamartín solicitó pasar al ejército de la isla de Cuba, y fue atendido su deseo. El 19 de abril de 1857 zarpó del puerto de Barcelona la fragata española *Margarita*, y en ella nuestro capitán. A La Habana arribaron el día 21 de mayo.

Durante los tres años que estuvo destinado en Cuba, prestó el servicio de guarnición en la ciudad de Santiago de las Vegas. Luis Aguirre Prado, que ha dedicado a Villamartín un breve, pero bien compuesto trabajo (4), parece conocer documentos y cartas de capitanes generales que testimonian la ejemplaridad y las altas cualidades que durante su estancia en las Antillas demostró el militar cartagenero.

Al cabo de los tres años de estancia en Cuba, hubo de regresar a la península. Aquel clima quebrantaba su salud, aunque opina Aguirre Prado que, tanto como el clima físico, era el clima social lo que se le hacía irresistible.

Parece, sin embargo, que aquella estancia en Cuba fue muy importante en la vida de Villamartín. Sin duda, la lejanía avivaría la nostalgia de la nunca olvidada España y, con la nostalgia y el sentimiento patriótico, nació un afán de contribuir a elevar el nivel de la milicia española. Carácter retraído y poco comunicativo, en vez de dejarse enrolar en franquichelas u ociosas camaraderías, Villamartín pasaba sus días en fecunda soledad. Muchos de sus proyectos, muchas notas para las obras que luego publicaría, nacieron allende el Atlántico. El regreso a la península tuvo para él el particular atractivo de su instalación en Madrid, donde frecuen-

---

(4) LUIS AGUIRRE PRADO: *Villamartín* (Cuadernos de Temas Españoles, núm. 175, Madrid, 1955).

Puede consultarse también FERNANDO DE SALAS LOPEZ: *Escritores Militares Contemporáneos* (Madrid, 1967).

La obra de base para la biografía de Villamartín es el opúsculo de su contemporáneo y amigo LUIS VIDART: *Noticias biográficas del Comandante Villamartín* (Madrid, 1877).



taría las bibliotecas, dedicaría todas sus horas libres al estudio en la paz hogareña y tendría a mano impresores y a'gún que otro cultivado amigo con quien comunicar sus preocupaciones y de quien recibir estímulos. Uno de estos raros amigos sería el poeta Núñez de Arce.

### Se alternan las Letras con las Armas

Tan pronto se encontró en Madrid, Villamartín se dispuso a acometer aquellos trabajos intelectuales con los que había soñado. Desde ese momento, en su vida se alternan las Armas con las Letras; las Armas le inspiran al escribir, y sus meditaciones de escritor dan, a su vez, inspiración a sus horas de milicia.

En los primeros meses del año 1861, es destinado al Regimiento de Infantería de Toledo, número 35. Fue por esta época cuando escribió y publicó sus *Nociones del Arte Militar*. Muy poco después de publicada esta obra, en marzo de 1863, va destinado al Batallón de Cazadores de Arapiles, y en enero del siguiente año, pasa a ocupar la plaza de oficial de negociado en el Consejo de redención y enganches. Mientras tanto, un acontecimiento ocurrido en Francia le inspira un nuevo libro. La Academia de Ciencias de París se había negado a establecer una sala de ciencia militar, alegando que no existía tal ciencia. Villamartín tuvo conocimiento del suceso por las escuetas noticias que el telégrafo había suministrado a los periódicos. Sin esperar a conocer mayores detalles, y aun dando por supuesto que un suceso tan carente «de fuerza y de razón» era inverosímil y que acaso las corresponsalías de la prensa hubieran interpretado mal lo acaecido, comenzó a redactar su trabajo sobre *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, bella disertación acerca de la ciencia militar como tal ciencia, y brioso alegato contra los exclusivismos de la mencionada Academia.

Fue también por esta época cuando el editor Dorregaray, planeando la publicación de una *Historia de las Ordenes de Caballería* —que salió a luz por el año 1864—, confió a la erudición de Villamartín la parte de la obra correspondiente a la *Historia de la Orden Militar de San Fernando*.

### Caballero de la Orden de Carlos III y el ascenso a Comandante

Villamartín no era hombre de mundanas apetencias. «Yo va'go poco para solicitar», decía en carta al coronel Casamayor. Si durante su estancia en las Antillas había visto a algunos de sus colegas aprovechar la propicia situación para obtener ascensos y honores, él no había caído en



tentación semejante; y volvió de Cuba con el mismo grado con que había partido. Si realmente los destinos que tuvo a su regreso no permitían, según consta, ocios ni holganza, él no ambicionó las horas libres para un merecido asueto, sino para trabajos de mayor empeño. Si había escrito, en fin, obras que debieron valerle estimación y recompensas, él ni las procuró ni las deseó; le producía decepción, pero no amargura la displicencia con que en los altos medios que debieron valorar su labor seguía ignorado.

Hay que decir, sin embargo, que si en mayo de 1865 fue nombrado Caballero de la Orden de Carlos III y ascendido a comandante, lo uno y lo otro se le otorgaba como recompensa al mérito de sus *Nociones del Arte Militar*. Pero lo curioso del caso son los peregrinos rodeos por los que la Reina Isabel II tuvo noticia del escritor y de sus méritos. Veamos cómo.

### Napoleón III elogia a Villamartín

El rey consorte, don Francisco de Asís, realizó un viaje a Francia y en la corte francesa visitó a Napoleón III. Llegado que hubo el momento de que el rey español presentara al francés al séquito que le acompañaba, Napoleón III les dijo: «Os felicito por la honra de contar en vuestras filas al escritor militar del siglo, al profeta de la guerra, al capitán Villamartín».

Dícese que los ayudantes de campo de don Francisco de Asís quedaron estupefactos, sin saber qué responder, pues acababan de tener, por boca del rey de Francia, la primera noticia de tal escritor militar español.

Al regresar a España quienes tales encomios habían escuchado de labios del monarca francés, hicieron saber a la Reina. El general Lemery influyó notablemente para que se le concediera la Cruz sencilla de la Orden de Carlos III, al mismo tiempo que se le ascendía a comandante.

Esto ocurría en mayo de 1865. Dos años hacía ya que Villamartín había publicado su importante obra, sin que durante esos dos años, y hasta que un egregio personaje extranjero llamase la atención, nadie se hubiera acordado del «escritor militar del siglo».

Villamartín, que sabía ser agradecido, habla en una carta —también a Casamayor— del «rasgo espontáneo y noble del general Lemery, a quien yo no conocía».



## De 1865 a 1868. Viajes a El Escorial

Al ascender a comandante, Villamartín quedó en situación de reemplazo. Así permaneció hasta febrero del año 1836, en que fue nombrado jefe del detall de la Escuela de Tiro, cargo que desempeñaría hasta mayo de 1868.

Sabemos en qué se ocupó durante ese periodo en que permaneció sin destino. En 1836 el impresor don Anselmo Santa Coloma saca a luz un nuevo libro escrito por Villamartín: *Manual de Viajeros. San Lorenzo del Escorial*.

Sin duda, aprovechando los tranquilos meses en que sólo se dedicaba al estudio, descansaría de sus trabajos científicos dedicando ratos y días a la preparación de ese *Manual de Viajeros*, en el que nos dejaría fehaciente muestra de su preparación humanística, de su sensibilidad, de su amor a la naturaleza y al arte. Todo hace suponer, incluso el mismo hilo de su narración, que nuestro escritor recorrería muchas veces aquel trayecto que, partiendo de la madrileña Estación del Norte, conducía al famoso Monasterio, en el cual debió hacer alguna estancia, más o menos prolongada, de la que guardaba grato recuerdo. Y es posible que recorriera así mismo otros parajes del contorno de Madrid para recrearse en aquel espectáculo de la agreste naturaleza que a él tanto le impresionaba.

Quiero suponer que a este periodo perteneciera la mayor parte de inéditos que dejó. El estado de su ánimo en aquellos meses de apacibilidad le invitaría a pergeñar nuevos trabajos; pero, sobre todo, a elaborar aquéllos que serían fruto de sus aficiones humanísticas. De haberse conservado los papeles de Villamartín, quizás tendríamos muestra de su laboriosidad durante esta época, y tal vez los inéditos que se han perdido nos revelaran más en particular sus preocupaciones y cualidades literarias.

## Junto al general Pavía

En mayo de 1868 es destinado Villamartín como ayudante de órdenes del capitán general don Manuel Pavía, marqués de Novaliches. De la estimación en que éste tuvo a su ayudante daremos luego noticia. Lo cierto es que, a su vez, Villamartín debió profesar muy gran estima a su nuevo jefe, con el que tuvo que compartir horas difíciles.

En 1868 se iba a desencadenar la revolución que derrumbaría del trono a Isabel II. Los años transcurridos desde el 1863 han sido agitados, agudizando la inquina entre progresistas y reaccionarios. De los varios ministerios que en ese corto periodo de tiempo se suceden, son reaccio-



narios la mayoría. La reina está rodeada de una camarilla —su favorito de turno, Carlos Marfori; Sor Patrocinio; el Padre Cirilo...— que la induce a manifestarse con excesivo absolutismo. En un momento en que el progresismo está ganando adeptos y granjeándose las simpatías populares, esa actitud de la reina resultaba impropia y hasta provocativa, y el grito de *¡Viva la soberanía nacional!*, con que el 18 de septiembre comenzó la insurrección, significaba todo lo contrario de un viva a la soberana.

La escuadra surta en Cádiz, mandada por Topete, dio la señal de la insurrección. El 17 de septiembre, día anterior al del alzamiento, el general Prim se unió a Topete, y el día 19 arribó a Cádiz el general Serrano. A ellos se fueron uniendo sin demora muchos otros jefes militares, entre los que se contaban varios generales de los que habían estado desterrados en Canarias. Un manifiesto redactado por López de Ayala bajo el título de *España con honra* agrupó al pueblo en torno a los cabecillas de la revolución.

El Marqués de La Habana, a quien la reina había nombrado presidente del Consejo al dimitir González Bravo, hubo de preparar un ejército que se enfrentara con los insurrectos. Al frente de éstos se había puesto el general Serrano; al frente del ejército gubernamental fue colocado Novales. Junto a éste estuvo su ayudante de órdenes, Villamartín. Una vez más, su sentido del deber y su pundonor de soldado le colocaban frente a quienes, en realidad, representaban su propio punto de vista, su concepto de la política y sus aspiraciones. El choque entre ambas fuerzas tuvo lugar el 28 de septiembre en el Puente de Alcolea, donde «la batalla ganó Prim», como canta una copla popular. Dos días más tarde la reina Isabel II, después de treinta y cinco años en el trono, tuvo que abandonar España. Partió llorando —según dicen unos, de pena; según dicen otros, de rabiosa indignación—; Madrid quedaba desbordante de júbilo y celebrando el triunfo de la Revolución con jolgorios de verbena. Desde Alcolea, el general Serrano había emprendido el camino hacia Madrid, donde sería recibido con entusiasmos populares. Tras el general victorioso, mezclados entre sus tropas, llegaban a la capital los soldados vencidos. Uno de ellos se llamaba Francisco Villamartín.

### En el Puente de Alcolea

Si la batalla de Alcolea fue decisiva para el Trono, también lo fue para la vida de Villamartín; si en el puente de Alcolea la historia de España da un viraje, también en aquel puente vira la historia de nuestro soldado. Por la intervención que en aquella batalla tuvo Villamartín y



por la decisiva fatalidad con que el triunfo de los revolucionarios dejó marcada o casi definitivamente malograda su carrera militar, conviene que por unos momentos nos acerquemos a aquel 28 de septiembre y a aquel puente de Alcolea.

El general Serrano, como queda dicho, se puso al frente del ejército de tierra revolucionario. Trasládese a Córdoba, donde se alojó en la residencia de sus buenos amigos los condes de Gavia. Cada mañana recorría en coche las cercanas posiciones, inspeccionaba los trabajos de fortificación, revistaba las tropas. Un buen día tuvo noticia de que Novaliches, al frente del ejército gubernamental que acudía a enfrentarse con los insurrectos, ya había franqueado Despeñaperros. Era vital impedirle la llegada a Córdoba, y el lugar más estratégico para detener su avance era Alcolea.

No muchos años antes de estos acontecimientos, don Pascual Madoz había publicado su célebre *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico*, en el que hallamos la descripción de Alcolea y su puente. A dos leguas de Córdoba, al filo del camino real que conduce a la Corte, se halla esta antigua y decaída población. Su puente, sobre el Guadalquivir, «es uno de los mejores que se conocen en la Península»; «todo él está construido de mármol negro extraído de las muchas canteras que de esta hermosa piedra se encuentran a sus alrededores; cuenta veinte grandes ojos, sostenidos por otros tantos cuchilletes de una solidez no común; su longitud es excesiva con una anchura proporcionada...».

De la privilegiada situación de este puente ya se habían apercebido, a lo largo de los siglos, algunos estrategas. En 1236 —nos recuerda Madoz—, el rey San Fernando sentó su campo junto al puente de Alcolea, cuando trataba de someter a los caballeros que habían acometido a Córdoba, y en 1808, el general francés Dupont sufrió en este puente una derrota muy cruenta, por haberse adelantado los españoles a ocupar tan estratégica posición.

Ahora son los insurrectos de 1868 quienes, para detener a Novaliches, deciden esperarlo en Alcolea. Sin pérdida de tiempo, comienzan los trabajos de atrincheramiento, tanto en la cabecera del puente como en la ladera de la cercana sierra. Junto al puente había un hostel muy aprovechable para la defensa, y en las inmediaciones había dos casas de labor cabe las cuales se emplazaría la artillería.

El día 27, Ayala deja a Serrano para partir a parlamentar con el enemigo. Al día siguiente se reintegra a los suyos y les da cuenta de la misión llevada a cabo. Dejemos que nos hable Pérez Galdós, a quien no



podemos regatear autoridad —sobre todo, después que Pedro Rojas Ferrer (5) ha dedicado una excelente tesis a la valoración histórica de los *Episodios Nacionales*—. Dice Galdós:

*La respuesta que trajo (Ayala) no se dio a conocer fuera del círculo íntimo del general en jefe. Corrió la voz de que en la contestación del caudillo de la Reina palpitaba el tesón caballeresco, el sentimiento del deber cumplido con leal firmeza, y una tristeza muy humana ante el espectáculo del sangriento inevitable choque entre dos esforzados grupos del ejército nacional (6).*

Es opinión muy admitida desde fechas inmediatas a estos acontecimientos que fue Villamartín quien redactó esa respuesta caballeresca, leal y humana del marqués de Novaliches (7).

No había, pues, tregua ni componenda. La batalla se inició, y el resultado fue desastroso para las tropas gubernamentales, que se vieron copadas por sorpresa, cuando precisamente intentaban sorprender. De Novaliches dice José Terrero (8) que estaba «quizás más habituado a los alfombrados salones que a las tiendas de campaña». En todo caso, parece cierto que cometió algún grave error táctico al iniciar la acción harto a destiempo y cuando sus hombres aún estaban fatigados de la marcha. Pero, con o sin error, su comportamiento es digno de admiración. Escuchemos nuevamente a Galdós:

*Nadie entendía los propósitos del general..., como no fuera el dar a la Historia un alarde de frío valor pasivo...*

*La tenacidad heroica de las tropas reales no tenía otra finalidad estratégica que llevar a un punto culminante la disciplina y el pundonor de los que hacían el último esfuerzo en pro de Isabel II...*

*Es indudable que Novaliches se lanzó al frenético tumulto del puente por delirio caballeresco, buscando una muerte que pusiera sello de gloria a su inquebrantable lealtad... (9).*

Junto a su general, Villamartín compartía aquel delirio de heroísmo, y estuvo dispuesto a morir también por pundonor militar.

Dejó la encarnizada batalla un rastro de muerte. Eran dos cuerpos

---

(5) PEDRO ROJAS FERRER: *Valoración histórica de los «Episodios Nacionales» de Pérez Galdós*, tesis doctoral en la Universidad de Murcia (Cartagena, 1965).

(6) PEREZ GALDOS: *Episodios Nacionales: La de los tristes destinos*.

(7) Así lo afirma Luis Vidart en la introducción a las *Obras selectas*, de Villamartín.

(8) JOSE TERRERO: *Historia de España*.

(9) PEREZ GALDOS: *Episodios Nacionales*, episodio citado.



de ejército muy valerosos —Cazadores de Madrid y Cazadores de Si-mancas— los que se habían enfrentado. Para transitar por el puente de Alcolea, vencedores y vencidos tuvieron que abrirse camino amontonando cadáveres a ambos lados y contemplando el triste espectáculo que Villamartín había profetizado al redactar la respuesta de Novaliches a Serrano.

### Ultimos años de Villamartín

Novaliches había quedado malherido en la acción de Alcolea. En pleno trance, Villamartín estuvo junto a él, y tampoco se apartó de su lado durante los largos meses en que, en un apacible pueblecillo, el general se restablecía. Con él estuvo hasta que éste fue privado de su grado al negarse a prestar el juramento político que decretaron las Constituyentes.

Para Díez-Alegría, la vida de Villamartín en esos sus últimos años fue «la más patética» de todas las de aquellos notables militares que se preciaron del deber y del honor. «Se cuenta —escribe Díez-Alegría (10)— que don Manuel Pavía y Lacy había consultado el caso con su ayudante, quien opinó existir tres personas, sólo tres, que no pueden jurar: el preceptor del príncipe Alfonso, el vencido en Alcolea y el general Novaliches. Ello sería una muestra más de la estatura moral de Villamartín, quien no moría de amores por el régimen derrocado, pero le había servido intachablemente hasta el fin, por juzgar con rectitud que éste era su deber de soldado. Sabía también que para él su consejo representaba quedar en situación de reemplazo en la que permaneció durante tres años, tras los que le llega la muerte en el ambiente de modestia y de pobreza que había caracterizado toda su vida».

Su comportamiento en Alcolea había sido tan notable, que en pleno campo de batalla y en medio del fragor, el general en jefe lo ascendió verbalmente al empleo de teniente coronel. Pero, como dice Vidart, «en las luchas civiles la razón y el derecho parece que están a merced del mudable viento de la fortuna». Aquel merecido ascenso no llegó a ser revalidado. La mala fortuna, con despiadada ironía, quiso que el pundonoroso militar no conociera recompensa. Con razón —en una carta a un familiar que Vidart pudo leer— manifestaba Villamartín sus dudas acerca de la revalidación de tal ascenso. Y lo triste del caso es que, si su sentido del honor militar le había obligado a luchar por el gobierno constituido, por el que «no moría de amores», sus convicciones y sus simpatías per-

(10) DIEZ-ALEGRIA: *La Escuela literaria militar de la Gloriosa y la Restauración* (Discurso de ingreso en la Real Academia Española), Madrid, 1980, págs. 27-28.



sonales le habían mantenido siempre al lado de quienes, habiendo finalmente vencido, le frustraban definitivamente su carrera. En la misma carta en que expresaba sus dudas acerca del problemático ascenso, se manifestaba satisfecho por el triunfo de las ideas liberales.

Sobre su débil salud, quebrantada desde sus tiempos en Cuba y mucho más por el fallecimiento de su única hija, esta nueva tristeza iba a actuar de modo decisivo.

Villamartín se recluye en el hogar. Le faltan ánimos para seguir escribiendo. La enfermedad y la melancolía le asedian y acometen con tenacidad. Y, por fin, le vencen. Eran las ocho de la mañana del 16 de julio de 1872.

**«Que la tumba es el trono del genio  
y su reino la memoria de los siglos»**

El de Villamartín fue uno de esos entierros de corta comitiva, que desfilaría por las calles de Madrid ante la indiferencia de los transeúntes. Pero las contadas personas que lo acompañaban sí sabían que era un hombre ilustre el que llevaban a enterrar. Algunos de esos acompañantes no se resignaban a que todo terminara en aquel día.

Quedó el cadáver en un modestísimo nicho de alquiler, en el cementerio de la Patriarcal. Algunos años después, en el de San Justo se erigiría un monumento que conservase dignamente sus restos y su memoria. «Honrando la memoria del insigne escritor, todos resultamos honrados», se decía en *El Correo Militar*. Fue precisamente esta revista la que, abriendo sus páginas a la feliz iniciativa, espoleó los ánimos para lograr que el monumento sepulcral se levantase. Varias plumas, entre las que desde luego destaca la de Luis Vidart, llevan a cabo una campaña pro-monumento. Esto ocurría en 1876.

Dicho año, pocos días antes de que se cumpliera el cuarto aniversario del fallecimiento, Vidart visitó la tumba donde yacían los restos de Villamartín. Redactó seguidamente unas cuartillas —muy retóricas, muy diccionónicas— describiendo esta visita y la impresión que le dejaba: «En un muro que forman simétricas líneas de mortuorios nichos, se ve una sencillísima lápida de mármol negro... Una corona negra, en cuyo centro se halla puesta una flor marchita... Cerca del modestísimo nicho de segunda clase, se hallan soberbios panteones familiares, decorados con blasones nobiliarios, en cuyas fastuosas lápidas se leen esos tratamientos oficiales de *ilustrísimo* y *excelentísimo*, que vanamente pretenden sustituir a las



calificaciones de *ilustre* y *excelente*, que en la tierra sólo puede conceder el tribunal de la historia...».

En el mismo cementerio de la Patriarcal se alza un monumento a Quintana, con fondos allegados por pública suscripción. «Si la España del siglo XVII dejó perder las cenizas del autor de *El Quijote*, la España del siglo XIX, honrando la memoria de Quintana, prueba que, a través de sus desventuras, sabe contribuir a la obra del progreso de la humanidad», añade Vidart.

Por otra parte, una especial circunstancia exigía que, sin demora alguna, se dispusiese un nuevo sepulcro para Villamartín. A mediados de aquel mes de julio expiraba el plazo de duración de la modesta sepultura que tenía; sus restos irían a perderse irremisiblemente en la fosa común.

Se lanza, pues, y con apremio, la iniciativa de una suscripción pública para tan noble fin. La cuota máxima de los donativos queda fijada en «un duro», al objeto de que la obra a realizar tenga carácter verdaderamente popular. Y la idea es tan bien acogida en amplios sectores, que pronto pudo empezarse a proyectar el monumento.

El rey don Alfonso XII, «enterado del levantado propósito» y deseando dar «un testimonio de simpatía a quien tanto se distinguió en la noble profesión de las armas», fue de los primeros en contribuir a la suscripción. En su nombre, el Intendente de Palacio envió un donativo de mil pesetas, acompañado de una carta en la que se expresaba la gran consideración del monarca a «tan esclarecido jefe», a su talento y a la gran reputación de que gozó en España y en el extranjero.

Mientras tanto, en *La Correspondencia de España* del día 13 de julio, se lee la siguiente noticia:

*El Sr. Marqués de Novaliches, al saber por los periódicos que estaban próximos a desaparecer en la fosa común los restos mortales del que fue su ayudante de campo, el comandante de Infantería don Francisco Villamartín, ha comprado a perpetuidad el nicho, abonando en el acto su importe. Este hecho en nada perjudica al elevado pensamiento de levantar un modesto mausoleo al honrado soldado y escritor insigne, tan apreciado por el Marqués de Novaliches.*

A su vez, doña Isabel de Villamartín había pensado también en adquirir la propiedad del nicho, pero, como explicó en carta dirigida al Director de *El Correo Militar*, surgida la idea de levantar un mausoleo digno, prefería no anular con su personal iniciativa «el alto y generoso pensamiento de reunir a todos los que han vestido y vistieron el uniforme del ejército español, para que honren la memoria del que fue su compañero de armas».



La prima de Villamartín dice también: «Este verdadero culto al talento, que raya en la exageración en los países más civilizados de Europa, en España, desgraciadamente, apenas es conocido», y aboga por la erección de monumentos en Madrid a algunos hombres insignes —Co'ón, Calderón de la Barca...— que aún no lo tenían.

Prestigiosos militares y relevantes personalidades en representación del elemento civil formaron la *Comisión-Villamartín*, y ésta designó un jurado para que eligiese, entre los diversos proyectos de mausoleo presentados a concurso, aquél que considerase más artístico. Recayó la elección en el que había presentado el joven escultor don Eugenio Duque.

Construida la bóveda sobre la que debía alzarse el monumento, en la mañana del 23 de junio de 1880 fueron exhumados los restos de Villamartín, depositados en hermética caja de zinc y trasladados a su nuevo reposo. En el acto estuvieron presentes seis generales y un compacto grupo de escritores. Los periodistas que a la ceremonia asistieron hicieron luego constar en sus crónicas que allí se habían congregado todos los hombres conocidos por su amor a las glorias intelectuales de la patria.

El ministro de la Guerra, don Francisco de Cevallos, ofreció al teniente general don José de Reina y Frías, presidente de la *Comisión-Villamartín*, dar las oportunas órdenes para que de cañones retirados de servicio se proveyese todo el bronce necesario para fundir la estatua que coronaría el monumento.

La Comisión concibió luego la idea de efectuar una edición de *Obras selectas* de Villamartín. Firmó la orden concediendo el presupuesto para tal edición el capitán general don Arsenio Martínez Campos, que en aquellas fechas desempeñaba la cartera de Guerra. El Marqués de Fuentefiel y el Marqués de Torrelavega, que le habían precedido en el cargo ministerial, también apoyaron a la Comisión en todo momento.

Ambos proyectos —el monumento y la edición de las *Obras selectas*— fueron llevados a feliz término. Si la Comisión merece nuestros plácemes por el tesón que puso en realizar su obra, más los merece todavía por el feliz acuerdo de plasmar su homenaje no sólo en bronce, sino también en libro. En una de sus odas, el poeta Horacio exige «un monumento más perenne que el bronce». Quizás quienes formaban la *Comisión-Villamartín* se preguntaron qué habría más perenne que el bronce. Y quizás se contestaran: el libro.



## Una sesión conmemorativa en el Ateneo del Ejército y de la Armada

Si por su carácter retraído y modesto, por sus achaques y por su mala fortuna, Villamartín había muerto en la oscuridad, esto no impidió que, entre quienes sabían apreciar sus raras cualidades y el mérito de sus obras, pronto corriera la noticia de su fallecimiento. *El Correo Militar* del 18 de julio contribuyó eficazmente a promover una inmediata ola de simpatía hacia quien, casi olvidado en vida, había muerto «joven, muy joven; pobre, muy pobre; digno, muy digno».

El Ateneo del Ejército y de la Armada organizó una sesión académica en memoria del ilustre militar desaparecido. Merece ser recordado este homenaje. Porque era aquel Ateneo una sociedad de elevado prestigio cultural, y porque fue el único organismo que organizó un acto público en recuerdo del ilustre militar desaparecido.

El Ateneo Militar había sido inaugurado el día 16 de julio de 1871, justamente un año antes —día por día— de la muerte de Villamartín. Lo había fundado un bien nutrido grupo de militares humanistas que deseaban «recordar y en lo posible seguir las gloriosas tradiciones científicas y literarias de nuestra milicia, tan fecunda en héroes de la guerra, como en ilustres poetas y escritores eminentes». No fue, por cierto, sostenida esta sociedad por tantos como debieron prestarle apoyo y, por más que el grupo de entusiastas hiciese llamamientos, quedó pronto ahogada por la indiferencia. Pero en aquellas fechas de la muerte de Villamartín el Ateneo se hallaba recién fundado y en su pleno esplendor. Por su tribuna iban desfilando muchísimos hombres eminentes, que cantaban a las Armas, disertaban sobre asuntos de la ciencia y de la historia militar, e iban fomentando un verdadero espíritu humanista en las clases militares. Todo respondía por entonces a los buenos augurios expresados por otro prestigioso escritor cartagenero, el brigadier don Juan Guillén Buzarán (11), quien en la *Revista de España* había publicado un concienzudo artículo con motivo de la inauguración del Ateneo.

En esta su época esplendorosa, y a los pocos días de morir Villamartín, organizó, pues, el Ateneo Militar un solemne acto para recordar sus méritos militares, científicos y literarios. El discurso estuvo a cargo de don Federico de Madariaga, culto oficial de Infantería, que dejó pruebas de sus inquietudes humanísticas al ocupar en otras diversas ocasiones la

---

(11) Sobre el brigadier cartagenero don Juan Guillén Buzarán, Cfr. VARELA HERVAS: *Don Juan Guillén Buzarán, escritor murciano*.



misma cátedra para desarrollar temas relativos a la influencia de la marina en la civilización de los pueblos, y a la elocuencia y literatura militar.

El discurso de Madariaga fue una brillante oración necrológica que impresionó al auditorio. Citando abundantemente pasajes de los escritos de Villamartín, puso de relieve la profundidad de su pensamiento y la belleza literaria de muchas de sus páginas. Mucho citó también, en apoyo de sus apoloéticos puntos de vista, las fervorosas frases con que el prestigioso don Antonio Vallecillo —el decano, a la sazón, de los escritores militares— saludó desde las columnas de *El Espíritu Público* —29 y 30 de septiembre de 1864— la aparición de las *Nociones del Arte Militar*.

### Homenaje Nacional a Villamartín

El más brillante homenaje tributado a la memoria de Villamartín fue, sin duda, el que tuvo lugar en Toledo el día 9 de mayo de 1925. Este homenaje tuvo carácter nacional y alcanzó la máxima brillantez por el espontáneo gesto del rey don Alfonso XIII, que quiso asistir a los actos e incluso pronunció un discurso.

Una Junta Organizadora había preparado cuidadosamente el programa de actos. Estaba compuesta dicha Junta por un nutrido grupo de generales, coroneles y jefes militares, presididos por el Teniente General don Francisco de Aguilera Egea. En ella, por cierto, encontramos, ya como General de División, a don Federico de Madariaga, gran admirador de Villamartín, quien muchos años antes ya había intervenido brillantemente en la sesión del Ateneo del Ejército que dejamos reseñada en el capítulo anterior.

Del homenaje conservamos amplia reseña —desde el menú del banquete hasta los discursos pronunciados—, merced a la pluma de un ilustre profesor de la Academia de Infantería, el comandante Martínez Leal. Este publicó, en efecto, un bastante completo opúsculo titulado *Recuerdo del Homenaje a Villamartín*, y a él debemos las noticias que estamos dando.

Los días 8 y 9 de aquel mes de mayo fueron de solemnísima fiesta en Toledo, cuya población se sumó con entusiasmo a todos los actos públicos. Numerosas representaciones de todas las Armas habían acudido a la imperial ciudad, encabezadas por prestigiosos generales. Y, por supuesto, junto a don Alfonso XIII se hallaba el presidente del Directorio, General Primo de Rivera.

El día 8 llegaron a Toledo y desfilaron entre la abigarrada multitud las banderas de las Academias Militares, acompañadas por los respectivos coroneles directores y escoltadas por grupos de profesores y alumnos.



El día 9 se celebró el acto más solemne: el descubrimiento del monumento a Villamartín, feliz realización del escultor Benlliure, que había elegido personalmente el emplazamiento más adecuado para su artística obra. Y la elección fue acertadísima: «dando frente al Hospital de Tavera, a fin de que le sirva de marco la imperial ciudad».

Las banderas de las academias se habían situado ante el monumento; el gentío era inmenso y las tribunas oficiales estaban no menos abigarradas de representaciones militares, civiles y religiosas. Dice Martínez Leal: «Tan pronto como el Soberano tomó el cordón de seda y descubrió la estatua de Villamartín, la música y bandas batieron la Marcha Real, y el público al contemplar la magnífica obra de Benlliure desbordó su entusiasmo en una estruendosa ovación con vivas a España, al rey, al ejército y a Benlliure».

Transcribimos también la descripción del monumento que hace Martínez Leal: «Se ha erigido sobre un pedestal de granito y lo componen tres soberbias figuras en tamaño natural y un bajo-relieve en bronce. La primera figura está colocada en el remate y representa con expresión tranquila y armoniosa al insigne Villamartín en pie, de uniforme de comandante de Infantería, con el clásico poncho, teniendo en la mano derecha su obra inmortal *Nociones del Arte Militar*. Es de continente aristocrático y de arrogante apostura, y en su semblante se refleja el espíritu de un profundo pensador, que el artista ha sabido infundir con supremo acierto. Las otras dos figuras están admirablemente situadas en plano inferior, a ambos lados de la piedra berroqueña, simbolizando a los antiguos soldados españoles; a la derecha hay un Almogávar, astuto, vigoroso y fiero; a la izquierda existe un soldado de Flandes, elegante, caballeroso y bravo. El bajo-relieve representa una compañía de alumnos, que presta escolta a la Bandera, como evocación del Arma; y encima se destaca una cartela con la inscripción siguiente: *Al comandante Villamartín la Infantería española*».

Por cierto, al terminar la última guerra civil española, este monumento se encontró muy afectado por la metralla.

Una vez descubierto el monumento, el monarca ocupó su tribuna y dieron comienzo los discursos. El primero estuvo a cargo del Teniente General Aguilera, quien hizo una completa evocación de Villamartín, recordando que, además de escribir sus propias obras, había sido colaborador en la mayoría de las que escribió el Capitán General Marqués del Duero, especialmente en la que alcanzó mundial renombre: la *Táctica de las tres Armas*.



Siguieron los discursos del General Primo de Rivera, del alcalde de Toledo y del representante del Ayuntamiento de Cartagena. Ostentaba esta representación el teniente coronel retirado don Simeón Sánchez Robles, a la sazón teniente de alcalde de Cartagena. Su discurso, según Martínez Leal, tuvo «emocionantes frases»; «hizo grandes elogios de la histórica ciudad que representaba»; «significó con verdadera elocuencia que Cartagena sentíase enorgullecida de ser la madre amorosa que, trémula y emocionada, veía cómo se enaltecía a uno de sus más precíaros hijos, ilustre por tantos méritos», y finalmente «expresó con cariñosos conceptos que consideraba como un timbre de gloria levantar la voz unánime de la ciudad querida, la que se honraba entregando a otra excelsa ciudad, como Toledo, la memoria del hijo predilecto y siempre amado».

En el banquete que se celebró en los salones del Alcázar, el rey honró al representante de Cartagena, sentándole a su derecha. Más de cuatrocientos comensales asistían. La ornamentación se había cuidado con todo detalle; resaltaba la maqueta del monumento, que Benlliure había donado para el Museo de la Infantería y que había sido colocada en el centro del salón.

Los discursos de sobremesa estuvieron a cargo del Teniente General Aguilera, del comandante Martínez Leal y del propio monarca. «Como rey y como español —empezó diciendo éste— recojo gustoso el espíritu que anima este hermoso acto de confraternidad del Ejército, de la Marina y del Pueblo para honrar a un español glorioso».

Como recuerdo de los actos, se acuñó una medalla conmemorativa. «Esta artística medalla —citamos a Martínez Leal— es de bronce. El anverso representa en relieve al monumento, y en el reverso aparece en su centro el emblema de la Infantería rodeado de la inscripción siguiente: *Recuerdo del homenaje a Villamartín, 9 mayo 1925*».

### **El recuerdo de Villamartín en Cartagena**

La ciudad de Cartagena, que honrando a sus hijos revalida su título de «muy noble y muy leal», ha guardado perennemente vivo el recuerdo de Villamartín. Es éste uno de los cartageneros ilustres más conocidos por la generalidad de sus paisanos; más precisa o más vaga, su figura es familiar a todos los cartageneros, que tienen idea de sus merecimientos y de su grandeza moral.

Sin embargo, cuando *El Correo Militar* publicó su crónica, con ocasión del traslado de los restos de Villamartín a su definitiva sepultura, señalaba que «alguien notó la ausencia de algunos»; que «hubo quien echó



de menos a los diputados del país donde nació y pasó los primeros años de la vida el infortunado Villamartín», y aun por el desdén con que subraya que tales «detalles insignificantes no afectaron, según puede suponerse, a la solemnidad del acto fúnebre», parece atribuir igualmente a desdén esa lamentable ausencia de una representación de Cartagena en dicho acto.

Al suspicaz cronistas debemos responderle que, aun sin investigar los motivos de lo ocurrido, ello no pudo obedecer a desdén, sino a alguna fortuita eventualidad. Porque lo que sí consta fehacientemente es que el Ayuntamiento de Cartagena se adhirió entusiasta a la Comisión-Villamartín tan pronto como ésta quedó constituida; acordó contribuir a la suscripción abierta para la erección del monumento y, como estimulada por los trabajos que la mencionada Comisión estaba llevando a efecto, acordó también que en el salón de sesiones fuese colocado el retrato del benemérito cartagenero. El alcalde de Cartagena, que a la sazón era don Cirilo Molina y Cros, hizo personalmente las gestiones en Madrid. El retrato estuvo concluido en 1879, y el día 23 de abril fue colocado en el salón de sesiones.

El día 29 de ese mismo mes de abril de 1879 el Ayuntamiento acordó también llamar calle de Villamartín a la que hasta entonces era nombrada de la Compañía. No es frecuente que el nuevo nombre dado a una calle que ya tiene otro nombre de solera haga fortuna y se imponga. En el caso de que nos ocupamos, el antiguo nombre de la calle fue rápidamente desplazado por el de Villamartín; sin duda, por la simpatía con que fue acogido por la población.

Dicho queda también cuán destacada fue la presencia de Cartagena en el homenaje nacional en Toledo.

En 1926, transcurrido ya más de medio siglo desde el fallecimiento de Villamartín, su ciudad natal no solamente guarda el recuerdo del hijo ilustre, sino que lo aviva y lo enaltece levantando un monumento en su memoria. Por esas fechas gozaba de gran predicamento en Cartagena un escultor de gran talento y marcada personalidad: José Capuz, que dejaría a la Semana Santa cartagenera las imágenes de mayor mérito que ésta tiene. Y a José Capuz encargó el Ayuntamiento el busto de Villamartín para el monumento. Sobre un austero pedestal de piedra, el bronce de Capuz nos ofrece no sólo un fiel retrato del personaje, sino también una glosa de su carácter y de su entereza, patentes en los rasgos vigorosos y limpios de esta obra de arte.

Se inauguró el monumento con toda solemnidad el día 4 de abril de 1926, y su emplazamiento está muy acertado: una de las plazas más



céntricas, más bonitas y de mayor solera, una de las plazas más entrañablemente cartageneras es la plaza de la Merced. En esta glorieta, en las pausas de nuestros juegos infantiles, muchos cartageneros hemos sabido desde muy niños quién era Villamartín. Y acaso este estudio se está escribiendo al dictado de aquella remota admiración infantil. Erigir monumentos merecidos es, sin duda, una obra de educación.

## EL ESCRITOR, SUS OBRAS Y SUS IDEAS

### Ambiente

Aunque Vidart haya escrito —y, por supuesto, no se lo discutimos— que «el corazón, el carácter de Villamartín valía tanto o más que su clarísima inteligencia», es esta clarísima inteligencia, su aplicación al estudio y sus frutos literarios lo que más nos cautiva. Lo que caracteriza a esta figura es su condición de intelectual y de escritor.

Pero el valor intrínseco de sus obras, con ser tan relevante, no nos daría cumplida idea de su mérito. Es menester considerar el ambiente en que Villamartín vive y trabaja, percatarnos del estado de postración y de retraso en que se hallan en aquella época las ciencias militares, comprender cómo ese ambiente, en vez de estimularle, le opone resistencia; es menester darse cuenta de la verdadera *singularidad* de Villamartín para apreciar su significación.

El ambiente de la época de Villamartín nos ha sido magníficamente descrito por otro militar escritor. Don Nicolás Estévanez, capitán de Infantería, publicó por el año 1870 cierto libro satírico titulado *La Milicia, tipos y costumbres militares*. Al poco tiempo de publicarse, hubo de reeditarse dos veces este libro, cuya enjundia está aliñada de sabrosísima ironía. Uno de sus capítulos presenta un «hecho histórico» planteado en los siguientes términos:

*Cuando un oficial joven se incorpora a un cuerpo, los antiguos le preguntan si tiene parientes generales o buenas relaciones en Madrid.*

*Si el oficial novel dice que no cuenta con más protección que su derecho, «no estudie usted», le responden; no estudie usted, porque es inútil. Usted no ascenderá aunque invente otra pólvora.*

*Pero si el joven oficial manifiesta que tiene protectores, «no estudie usted», le replican; no estudie usted, porque de todas maneras usted será pronto general.*



*El inexperto joven suele no dar fe a tales augurios; pero como la experiencia viene indefectiblemente a confirmarlos, sucede que los oficiales estudiosos, que son escasos, de todo entienden menos de milicia. Dedicánse los unos a las artes, los otros a las letras; quién estudia derecho, quién fabrica jabones y pomadas; escriben para el teatro algunos y para sí no pocos. Pero ninguno, por aplicado que sea, pierde el tiempo con libros militares. El que los estudia sólo consigue captarse el odio de sus jefes y la antipatía de sus compañeros. El coronel le llamará cabiloso, y el teniente coronel le dirá que se ocupa de majaderías.*

Sería yerro el tomar por retrato lo que es caricatura y sátira; pero no saber ver el realismo que los trazos de la sátira tienen sería igualmente yerro. Ni ignoraba el capitán Estévanez ni nosotros podemos ignorar muchos nombres de indiscutible prestigio que por aquellos días daban lustre a la profesión de las armas cultivando el estudio —incluido el de la ciencia y el de la historia militar— y ejercitándose en las palestras literarias. Estos nombres, muchos de los cuales resonarían en las cátedras del Ateneo Militar, por entonces fundado y muy boyante, no dejan de constituir minoría. De ahí, precisamente, que el Ateneo tuviera una existencia tan efímera, a falta del apoyo y de la comprensión de las clases militares. Lo cierto es que, como resonante eco de muchas decepciones y de muchas desganas, el ambiente que envuelve a Villamartín es ese ambiente del «no estudie usted».

Ei, sin embargo, estudia, y apenas si se permite diletantismos literarios; estudia la ciencia de su profesión, de su vocación. Si entre los escritores que comparten ese afán de dar progreso a la ciencia militar, Villamartín puede ser saludado por el más conspicuo crítico coetáneo, don Antonio Vallecillo, como «ingenio esclarecido», «autor originalísimo», «el primero que en metódico y ordenado cuerpo», «fundando el nuevo Arte en hechos significativos» y dando a sus estudios un enfoque filosófico, escribe una obra «única en su género» y «tan necesaria al militar como provechosa al político», justo es celebrar su visión certera y su entusiasmo a prueba de desdenes.

Una visión completa y justa de la «fisonomía social» del ejército en la época nos la ofrece magistralmente el profesor Jover Zamora (12).

---

(12) JOSE MARIA JOVER ZAMORA: *Política, Diplomacia y Humanismo popular en la España del siglo XIX* (Madrid, 1976).



## La literatura militar en la época de Villamartín

¿A qué libros podía recurrir, en la época de Villamartín, el militar que quisiera estar al día en los conocimientos de su profesión?

En España —y en toda Europa— las obras de renombre se titulan: *Mémoires militaires et politiques* (París, 1801), del general inglés Lloyd; *Consideraciones sobre el arte de la guerra*, del barón de Rogniat, que habían sido traducidas y anotadas por don Juan de la Carte (Madrid, 1827); *Compendio del arte de la guerra*, de Jomini, que por su gran interés había sido traducido por un grupo de jefes de Estado Mayor (Madrid, 1840); *Esprit des institutions militaires* (París, 1845), del mariscal Marmont; *Teoría de la gran guerra*, del alemán Willisen, que tradujo al español don Ambrosio Garcés de Marsilla (Barcelona, 1850); *Elementos da arte militar* (Lisboa, 1864), del portugués Luis da Camara Leme, y el tratado *De la Guerra*, que había quedado incompleto al morir su autor, el general Clausewitz, en 1831.

Aunque no de tanta monta, circulaban otras obras apreciables debidas a las plumas de Jacquinet de Presle, Lapierre y Rocquancourt.

Vidart, a quien debemos el recuento de esa sumaria bibliografía, afirma que la obra de Villamartín aventaja a todos los libros citados «tanto por la profundidad de las ideas..., cuanto por el espíritu ampliamente progresivo de la mayor parte de las apreciaciones que allí se formulan acerca de la política y de la vida de la sociedad contemporánea». «En resumen —termina diciendo—, sin dejarnos llevar por las exageraciones del amor propio nacional, creemos que fría y desapasionadamente podemos decir que, entre los tratados del arte de la guerra que han visto la luz pública en lo que va corrido del siglo XIX, sin excluir los que llevan en su portada los Jomini, Willisen, Marmont y Clausewitz, debe ocupar un puesto de preferencia las *Nociones del Arte Militar* de nuestro compatriota».

A este respecto, hemos de recordar que no pocos tratadistas extranjeros y el propio Napoleón III indicaron la conveniencia de que la obra de Villamartín fuese traducida al francés.

Para una comprensión más completa de la bibliografía militar de la época, hemos de remitir a las obras de Menéndez Pelayo, Francisco Barado, José Almirante, Juan Priego y Fernand Schneider, que nos parecen las más esenciales (13).

(13) MENENDEZ PELAYO: *La Ciencia Española*; FRANCISCO BARADO: *Literatura Militar Española*; JOSE ALMIRANTE, especialmente *Bibliografía Militar de España*; JUAN PRIEGO LOPEZ: *Literatura Militar Española y Universal*; FERNAND SCHNEIDER: *Histoire des Doctrines Militaires*.



## Los escritos de Villamartín

### Una obra teatral: «El Tuerto Rey»

Además de las *Nociones del Arte Militar* y de *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, obras que hemos de considerar con mayor detenimiento, ya que es en ellas donde el pensamiento del autor se remonta con mayores bríos; además de ese *Manual de Viajeros* en que, a propósito del Monasterio de El Escorial, el autor nos dará prueba de sus aficiones humanísticas y de su sensibilidad; además de la *Historia de la Orden militar de San Fernando*; además de cuanto, de mayor o menor envergadura, dejara escrito y se ha perdido, Villamartín publicó muchos artículos en la prensa periódica y escribió un drama titulado *El Tuerto Rey*.

*El Tuerto Rey* no se llegó a publicar ni fue representada. Si se tiene noticia de esta obra es por el testimonio de Núñez de Arce, gran amigo de Villamartín, a quien éste se la había dado a conocer. Según Núñez de Arce, se trataba de una obra de gran mérito. Por lo que al asunto respecta, parece que era de intención social y de carácter satírico.

No es de extrañar que Villamartín abordara una cuestión social o político-social. Las cuestiones sociales empezaban a preocupar, tanto como los problemas políticos, a muchos espíritus de la época, y en particular a algunas elites de las frecuentadas por Villamartín. Pienso, sobre todo, en aquella elite cuya cabeza visible se llamaba Pí y Margall. Pero si nuestro personaje se preocupaba de tales cuestiones, hay que decir que no era por afinidades más o menos sustanciales con quienes a ellas estaban dedicados. La preocupación social y, desde luego, los conceptos políticos de Villamartín le venían impuestos *ab intus*, desde aquellos sus adentros donde la historia, muy meditada, se iluminaba a ráfagas de filosofía. Como tratadista militar, es la historia militar la que él cultiva; pero pronto advirtió que en los ejércitos se reflejan las situaciones políticas; que existe relación de interdependencia entre la vida de la milicia y la vida de la sociedad; que el progreso social, las mejoras materiales, los adelantos científicos y el perfeccionamiento moral de los pueblos atañen decididamente a quien empuña las armas; en fin, que la moral militar está vinculada a la responsabilidad social.

No conocemos la sátira social de *El Tuerto Rey*. Podemos, sin embargo, presumir la enjundia de conceptos que encerraba esta obra, escrita por quien señala que «la guerra era para los romanos, no un oficio, sino un cargo municipal»; por quien denuncia «el horrible abuso que se hace de la pena de muerte»; por quien conoce «la fuerza de la opinión pública» y «la fuerza del odio del pueblo»; por quien reconoce en la palabra «el



principal elemento de dominio del hombre sobre el hombre»; por quien considera que «la guerra no es un hecho social, sino natural» y que la lucha se impone cuando las sociedades están podridas.

Conociendo el pensamiento de Villamartín, cabe pensar que *El Tuerto Rey*, en los entresijos de su anécdota teatral, encerraba una denuncia quizás pavorosa.

### En las lides periodísticas. Militando con Pi y Margall

Artículos de Villamartín aparecieron con frecuencia, no sólo en revistas militares, sino también en periódicos políticos. Será interesante rebuscar algún día esos artículos en que el escritor aborda temas del momento y se pronuncia sobre cuestiones debatidas con toda la candencia del periodismo de entonces. Una improvisación de este tipo puede decirse que fue su opúsculo sobre Napoleón III, y a tenor de éste podemos suponer que, por muy a vuela pluma que redactase sus colaboraciones, siempre se transparentaría en ellas el gran teórico que era Villamartín. Sin duda, la mayoría de sus artículos tendrían la densidad doctrinal que tiene cuanto él escribió, y serían gratos de leer por la llaneza de su estilo directo e incisivo, por la exposición lógica con que siempre desenvolvía sus ideas y aun por el atractivo de esa prosa que la inspiración salpica de imágenes.

Colaboró en muchos periódicos, pero fue especialmente asiduo de algunos. *El Correo Militar* fue uno de éstos.

Al hablar de *El Correo Militar*, se nos ha de permitir un inciso para mencionar a un gran amigo de Villamartín: Don Arturo Cotarelo, que desde la fundación de dicha revista fue su más fijo redactor y su verdadera alma. Cotarelo, capitán de Infantería, tenía grandes afinidades con Villamartín, pues no sólo era compañero de armas, sino que también cultivaba la ciencia militar y las humanidades; traducía libros, pronunciaba conferencias, escribía versos. Sin duda, la amistad con Cotarelo es la razón de que Villamartín colaborara tanto en *El Correo Militar*. Hemos de añadir que, muerto Villamartín, Cotarelo había de ser uno de los miembros más activos de la Comisión constituida para honrar su memoria, y que, al editarse las *Obras selectas*, fue el capitán Cotarelo quien complementó las *Nociones del Arte Militar* con un breve apéndice en el que, considerándose pigmeo junto al tratadista gigante, hace el elogio de la «imaginación brillante, talento sintético y alma templada» del autor.

Otro periódico en que Villamartín colaboró asiduamente fue *La Discusión*, órgano del Partido Demócrata. Dirigía este periódico don Fran-



cisco Pí y Margall, quien desde sus columnas discutía, en verdad, con Castelar en torno a la concepción de la democracia. El periódico de las réplicas castelaranas era el titulado precisamente *La Democracia*. La célebre polémica rebasa el interés puramente anecdótico, ya que contribuyó poderosamente a escindir a los demócratas, obligando a sus varias facciones a definirse matizadamente. Castelar mantenía una concepción individualista de la democracia; Pí y Margall sostuvo, más abiertamente cada día, una concepción socialista. Esto nos pone sobre la pista de las ideas políticas de Villamartín. Pero tampoco debemos exagerar y atribuirle mayores entusiasmos de los que realmente tuvo. Para puntualizar estos extremos, hagamos un nuevo inciso y hablemos de otro amigo de Villamartín.

Después de lo que queda dicho, nadie extrañará que encontremos como colaborador de *La Discusión* a don Fernando Garrido, «el primer socialista español, en orden al tiempo», según Azorín (14). Con Garrido mantuvo Villamartín una relación amistosa. Lo que por ahora nos interesa hacer notar es que Garrido era, como Villamartín, cartagenero. Sin duda, los lazos del paisanaje explican —tanto o más que las afinidades políticas— esa buena amistad.

Y algo semejante cabe decir respecto a su adhesión a Pí y Margall. Si Villamartín, que no era tan exaltado, ni siquiera tan político, como Fernando Garrido, colaboraba en *La Discusión*, esto significa ciertamente una compenetración de ideas; pero no hay que pensar que esa compenetración fuera absoluta, ni que se mantuviera sólo al nivel de las ideas políticas. Villamartín sentía por Pí y Margall una estimación respetuosa; admiraba en él la gran probidad que nadie ha podido negarle; admiraba sus virtudes, su claro talento, sus idealismos. Mas demos por seguro que no compartía muchos puntos de vista del político catalán; por ejemplo, algunas de sus ideas sobre el ejército, o algunas de sus apreciaciones sobre la religión. En cambio, a un nivel mucho más profundo del pensamiento, Villamartín concommitaba con Pí y Margall. Me refiero a ciertas posiciones filosóficas de principio, y concretamente a la concepción general del universo que uno y otro tenían. A título de muestra, examinemos sus ideas sobre la guerra, considerada como fenómeno natural.

En *La Reacción y la Revolución* (1854), Pí y Margall escribe:

*Todo es contradicción en el mundo, todo debe a la contradicción su vida. Es contradictorio el hecho, contradictoria la idea ¿Conce-*

(14) AZORÍN: *De un Transeúnte* (Madrid, 1958). Por su parte, GUMERSINDO TRUJILLO: *El Federalismo Español* (1967), estima a Garrido como «excelente conocedor de la democracia española».



*bimos algo? Vemos primero su tesis, su lado positivo; más tarde su antítesis, su lado negativo; y sólo después de otro tiempo dado, su síntesis; síntesis que da a su vez lugar a otra afirmación y a otra negación; et sic de caeteris...*

La mirada filosófica de Villamartín no ve diferentemente el panorama universal. La guerra es la vida del universo, un fenómeno natural, una necesidad fisiológica. Las guerras humanas vienen a ser una especie de fenómeno cosmológico inevitable.

### **Filosofía de la guerra.**

#### **La guerra, fenómeno natural y ley de progreso**

Las Nociones del Arte Militar se abren filosofando sobre la guerra.

*En el mundo moral, como en el mundo físico, es la lucha el principio constitutivo de todo lo creado. Al observar la vida sustentada por la muerte, al contemplar en los reinos de la Naturaleza el inmenso poder destructor que tiene todo en sí mismo, el cuerpo inerte con su inercia, el cuerpo en movimiento con su fuerza, el ser animado con su vida, sin que exista ninguna facultad creadora que no proceda inmediata y directamente de Dios se despierta en la mente una tempestad de ideas, que hace abatir la soberbia razón humana cuando considera, a pesar de esa destrucción incesante, o mejor tal vez a causa de esa misma destrucción, el equilibrio de tantos poderes en perpetua lucha.*

*El hombre, la criatura más perfecta, físicamente débil, de lento desarrollo, de necesidades tanto más imperiosas cuanto que su inteligencia se halla más cerca de la del Creador y comprende la felicidad, necesita también, para satisfacer sus deseos, de la lucha como único medio de vida. Corta los árboles, despedaza las rocas, mata los animales; así se proporciona albergue, vestidos, alimentos; y de día en día más altivo señor de la creación, cumple esa ley de progreso sin fin, que le distingue de los demás seres siempre estacionados.*

En esos términos asienta Villamartín la base filosófica de la guerra. La sociedad humana, para resolver las profundas cuestiones que atañen a sus intereses intelectuales, morales y materiales, ha de organizar la destrucción. «La guerra es el choque material de los elementos de daño y defensa de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposición de intereses». «Por consiguiente, es una de las manifestaciones



de esa ley a que está sujeta la Creación». «La guerra no es un hecho social, sino natural, condición fisiológica del hombre».

Con la mayor impavidez filosófica, aun horrorizándose «al ver que el incendio tala feracísimas campiñas y asola soberbias ciudades; que la muerte siega jóvenes y enérgicas cabezas destinadas a largos años de vigorosa vida», el tratadista afirma que «será impío suponer que la guerra, la destrucción, erigida en sistema, no reconoce otra causa que los odios de raza o de nación, ni da otro resultado que el exterminio y la muerte». «¿Será posible que tan ciega, tan insensata corra la humanidad la tempestuosa jornada de los siglos sin una mano benéfica que la señale rumbo? Si así fuera, el progreso humano no existiría», mientras que «la historia del mundo, escrita con la sangre de todas las generaciones y de todos los pueblos, es también la historia de un desarrollo rápido e incesante».

*Pueblos y razas han desaparecido para dar paso a nuevos pueblos y razas que se han abierto camino con los arietes y catapultas; las ideas no han dominado en el mundo de los hechos hasta recibir sanción de sangre, y no de otro modo que a punta de bayoneta se ha rasgado el velo de las tinieblas de siglo en siglo.*

*No presentamos una teoría; señalamos un hecho constante, universal, que no puede desaparecer, porque su causa no está en la sociedad, sino en la Naturaleza...*

Según las épocas, las leyes y las costumbres, el hecho bélico cobrará distintas fisonomías; pero se dará. La guerra es civilizadora, porque necesita siempre de todos los conocimientos humanos e impulsa la ciencia, y porque con su contacto rudo, con sus tempestades de odios, verifica un cambio recíproco de ideas y de costumbres entre los pueblos. «Así las naciones, aun en medio de sus peleas, se asocian, sin saberlo, para su desarrollo y perfección».

Pero nuestro impávido pensador no se deshumaniza:

*Mientras el hecho exista, deber es del hombre estudiarle, legislarle, dirigirle con sabiduría, de modo que el sufrimiento sea el estrictamente necesario para conseguir el bien que se busca.*

Nuevamente recordamos a Pí y Margall cuando en *Las Nacionalidades* escribía: «Alejemos de nosotros el monstruo de la guerra. Si pudo un día ser necesaria para acercar a las gentes, no lo es ya hoy que disponemos de mejores medios».

*Las Nacionalidades* se publicaron en 1877. En algunas de sus páginas me parece percibir resonancias de las elevadas chácharas mantenidas por



Pí y Margall y Villamartín en la animada tertulia de *La Discusión*. Acaso Villamartín insistiera:

*Sin amar la guerra, la creemos necesaria, como las tormentas para la vegetación, las epidemias para la salud de las razas, la muerte de los seres para la vida de los seres...*

*En el mundo de las ideas, para que la luz ilumine, es preciso que incendie...*

### **Más sobre el periodismo. Importancia de la prensa y de la opinión pública, según Villamartín**

Villamartín no sólo colaboró en los periódicos, sino que él mismo dirigió uno que se titulaba *La Fuerza Pública*. Debió de ser muy efímera la vida de este periódico, ya que ni el mismo Luis Vidart lo recuerda demasiado bien. Pero, en todo caso, esa probada dedicación de Villamartín a la labor periodística es prueba de la importancia que él atribuía a la prensa y de la atención que le merecía la opinión pública.

Al estudiar la influencia que el progreso general de la sociedad ejerce sobre el progreso de las artes militares, Villamartín hablará del vapor, de la telegrafía, del rayado de las armas, del nuevo tipo de relaciones entre las naciones; pero también tendrá muy en cuenta «la nueva y poderosa fuerza de la imprenta». De las «excitaciones de la prensa», así como de «los consejos aúlicos de café, de los diplomáticos y guerreros de plaza pública», se ocupará igualmente al exponer la especial índole de la guerra civil y sus «dificultades y escollos, tanto más insuperables cuanto que la opinión pública, obstinada en precipitar el curso de las operaciones, los presenta siempre como fáciles».

Desde el punto de vista militar, la prensa se valoriza a medida que aparecen nuevas necesidades para la ofensiva y se hacen necesarios nuevos medios materiales y morales para la resistencia. En las *Nociones del Arte Militar* leemos:

*El punto culminante, el rasgo peculiar que caracteriza todas las campañas modernas, es que la masa del país, las clases todas de la sociedad toman parte directa en la cuestión, haciéndola suya más que del gabinete; no sólo el soldado, sino su padre y su hermano, saben por qué se bate y cómo se bate...*

*Desde el momento en que un ejército invade un país, y ya no halla un pueblo pasivo espectador, sino un pueblo que le odia o le ama y toma parte en pro o en contra de la causa; desde el momento*



*en que la prensa y la tribuna condenan o elogian, hay que conducir las operaciones de las masas activas según la aptitud de las masas pasivas, con reglas muy distintas de las que seguiría un general que no viera ante sí sino un ejército enemigo y un pueblo cruzado de brazos.*

La prensa, pues, activa las masas, les da consciencia del momento y de la situación, las *rebela* —diríamos en la terminología de Ortega y Gasset— y, en resumen, las dignifica. Es, por lo tanto, razonable que se consagre atención a un medio de dignificación del pueblo y de estrategia militar y política.

En cuanto a las consideraciones de Villamartín en torno a la opinión pública, volvemos a hallar concomitancia entre su pensamiento y el de Pí y Margall. Escribe éste en *Las Nacionalidades*: «Es para mí hasta insensato poner en manos de un hombre la paz y la guerra. Es confiarle no sólo la suerte, sino también la libertad de los pueblos. Le arrastrarán a la guerra la ambición o el orgullo; y si la victoria le favorece, con los mismos laureles que recoja en los campos de batalla alfombrará el camino por donde lleve a la nación a la servidumbre». Villamartín, a su vez, había afirmado que es menester interesar al pueblo en la causa por la que se lucha; pero advierte que hay que proponer «causas que interesen a la masa del pueblo». No solamente «es preciso un profundo conocimiento de la opinión pública» por necesidades estratégicas, sino que también se requiere la sanción y el consenso de esa opinión pública para justificar la guerra —desde el ángulo del Derecho— y para garantizar su éxito —desde el ángulo de la estrategia—.

*La primera exigencia estratégica que hay que satisfacer es la sanción para la guerra de la opinión pública.*

Por no haber contado con dicha sanción, Napoleón se dio cuenta por primera vez en España de que su sistema era impotente, y así se inició en nuestro suelo la decadencia militar del astro francés:

*Su alta estrategia se estrelló ante una cosa mucho más elevada, que es la que quita o da fuerza a los ejércitos, el espíritu público.*

Pero difícil empresa es sondear la opinión pública. Al respecto, establece Villamartín las oportunas distinciones:

*La opinión pública ejerce una influencia decisiva en el éxito de la guerra; al decir opinión pública, queremos distinguir la verdadera, la sentida por los más, de la aparente: la que se manifiesta con vehemencia por determinadas clases y personas, y que, por la misma*



*fuerza con que se declara, alucina al hombre poco observador, haciéndole ver desfigurado el espíritu del país, tomando por legítimo deseo suyo lo que sólo es aspiración ruidosa de hombres turbulentos.*

La opinión pública es impaciente y «pide al general y al soldado la victoria pronta, a cualquier precio»; mas cuando «cada guerrero de salón y cada político de plaza pública presenta un plan estratégico, una constitución política, una receta, único remedio para la sociedad enferma», la patria pelagra. No hay que olvidar que, en la campaña de Napoleón en Rusia, «el águila imperial quedó herida de muerte, no tanto por el hierro enemigo, cuanto por el desvío de la opinión pública en Francia». En otra brillante página de las *Nociones*, Villamartín comenta el aleccionador hecho con estas frases:

*Cuando las últimas capas sociales se agitan, cuando ya no de los gobiernos, no de los gabinetes, sino de las plazas públicas, viene el grito de guerra contra Napoleón, su estrategia, su táctica, la constitución de sus ejércitos, todo sucumbe, y la corona imperial rueda en pedazos, y el hijo de las batallas, allá en el fondo de los mares, en un peñasco combatido por las olas, entretiene su agonía luchando con un carcelero cruel y estúpido,*

Las *Nociones del Arte Militar* tratan en varios pasajes acerca de la diplomacia, cuya delicada función se describe en términos de gran penetración psicológica. Una torpeza diplomática puede resultar desastrosa cuando, hiriendo el espíritu de la verdadera opinión pública, suscita la impopularidad. Pero no menos diplomacia que los diplomáticos han de usar los políticos y los jefes militares, a fin de que el país se asocie al pensamiento y a los planes del Gobierno. Si esto no se consigue —dice Villamartín—, la causa está perdida; por lo tanto, urge educar la opinión pública. Cerremos nuestro capítulo con algunas de sus reflexiones al respecto:

*El general moderno no debe jamás olvidar que es un hombre donde se fijan las miradas de todo un pueblo; que sus actos son examinados, analizados escrupulosamente, y el juicio que de ellos se forma es en el mismo día publicado por las mil bocas de la prensa, por todos los ámbitos del mundo, en todos los idiomas, a todas las clases de la sociedad. El debe prestarse espontáneamente a este juicio...*

*Cuando el espíritu del país está por la guerra, en contradicción con el Gobierno, es indudable que la guerra se hace, porque habrá provocaciones a despecho del mismo Gobierno, que se verá precisado a ceder, con tanto menos trabajo, cuanto que toda clase de re-*



*cursos, todos los elementos de victoria que necesita, los obtiene sin pedirlos.*

*A veces tal es la fuerza de la opinión pública, tal la ira contra el enemigo, que todo un país se levanta contra el odioso conquistador, todos coadyuvan con su riqueza, su valor, su talento...; los niños matan, los viejos espían, los jóvenes se batan, las mujeres hacen cartuchos y curan heridas; si no hay ejércitos se levantan partidas; si no hay cañones, se hacen de troncos; si no hay fusiles, hierros aguzados; si no hay baluartes, barricadas; cada cerca, cada barranco es una plaza de guerra; si no hay pan, se comen carnes inmundas, y luego se muere de hambre con la huesosa mano aferrada al arma. ¿Quién puede vencer al pueblo...?*

*No de otro modo este gran pueblo español pudo vencer al primer ejército del mundo, ejército que ya ocupaba todas las plazas, la corte, las vías de comunicación, todo el país, y que capituló con vergüenza en rasa campaña ante soldados reclutados quince días antes, armados y vestidos cada dos con las prendas de uno.*

### **Las «Nociones del Arte Militar»**

Sin embargo, y pese a su convencimiento de que había que educar esa poderosa fuerza que se llama opinión pública; pese a las muchas horas de su vida que consagró al periodismo, Villamartín era hombre nacido para las elites. Las elites, y particularmente, la elite militar son la natural audiencia de este pensador que discute con la Academia de Ciencias de París; que, en su modestia, llama «nociones» a un denso trabajo científico que rebasa en mucho a la mera noción, y que con sus facultades de claro expositor disimula la mucha erudición técnica e histórica que constituye el substratum de sus escritos.

La obra más importante de Villamartín son las *Nociones del Arte Militar*, vasto tratado en el que todos los aspectos de la vida militar son examinados y comentados. En el prólogo, empero, se nos advierte que «este libro es más bien un proyecto que un hecho consumado; es el índice, por así decirlo, de los estudios del autor». Con lo cual, dejaba éste entender que su propósito era dar en publicaciones sucesivas mayor desarrollo a las ideas, ilustrándolas con más abundancia de ejemplos históricos. Sus amarguras y su muerte frustraron tales planes.

Dos ediciones —muy raras de encontrar— existen de esta obra. La primera, impresa en Madrid el año 1862, hizo el autor a sus expensas. Esta edición le dejó tan quebrantado económicamente, que tiempo des-



pués aún podía escribir a Casamayor: «Veo mi pobreza, mis apuros, los atrasos que me ha proporcionado mi obra, la escasísima protección que se me ha dado...».

La segunda edición aparece en el tomo de *Obras selectas* que la Comisión-Villamartín, a expensas del Ministerio de la Guerra, publicó en 1883 como homenaje a su memoria.

Las *Nociones* se estructuran en cinco amplios estudios —muy rigurosamente divididos y subdivididos, a su vez— que abarcan un completo cuestionario de *Política militar, Historia del Arte militar, Elementos de Estrategia y Táctica, Teoría de las Fuerzas y Operaciones*.

De la acogida que la obra tuvo en los círculos cultos del ejército, ya dejamos citado el juicio, no sólo favorable, sino verdaderamente entusiasta de don Antonio Vallecillo, primera autoridad en la materia. Hemos de añadir que no menos celebrada fue entre los extranjeros. En Francia, el general Clauseret hizo encendidos elogios, y desde las columnas del *Spectateur militaire*, prestigiosa revista profesional, M. De Larclause abogaba porque la obra de Villamartín fuese traducida al francés y puesta al alcance de jefes y oficiales de aquel ejército.

En nuestros días, el erudito general Vigón, en su *Teoría del militarismo*, puede aún afirmar: «Las *Nociones del Arte Militar* han envejecido mucho menos de lo que ha progresado la técnica militar. Hoy todavía los magistrales aciertos de su genio poderosamente intuitivo, la tersura de su estilo y una limpieza idiomática raramente perfectas hacen de ellas un tratado clásico».

Eso es exactamente la obra de Villamartín: un libro clásico. Por mucho que se hayan transformado los ejércitos, por mucho que hayan cambiado las tácticas, por muchos inventos que hayan venido a metamorfosear el arte de la guerra, las *Nociones* siguen teniendo actualidad. Porque si en ellas se estudian elementos y métodos que la evolución de los tiempos ha superado, las más de sus páginas —y, desde luego, las más importantes— no son las dedicadas a una casuística superable, sino las que establecen principios de permanente validez. Lo hemos visto al seguir a Villamartín en sus aleteos filosóficos para explicar la *razón* de la guerra; lo hemos de ver al estudiar al Villamartín psicólogo, al acompañarle en sus recorridos por el vasto dominio de la historia, al admirar su genio previsor y sus claras intuiciones; lo hemos de ver también cada vez que, al acorde de sus patrióticos acentos, sus palabras nos hagan vibrar y nos den el calor de un fuego no extinto; y lo hemos de ver, en fin, cuando en su limpio estilo y en sus imágenes certeras sepamos comprender que aquellas palabras se han escrito para siempre.



Muy recientemente, el general Díez-Alegría, al ingresar en la Real Academia Española, ha dedicado elogios a la obra de Villamartín. «En realidad —dice— este libro inaugura y sirve de base al renacimiento del pensamiento bélico español que sigue a la convulsión que produce un cambio de época en nuestra historia. Su autor es el primero en elevarse sobre lo adocenado y perecedero para plantear con amplitud de vuelo el fundamento de esas graves cuestiones» (15).

### La inspiración patriótica

En la carta-dedicatoria y en el prólogo de las *Nociones del Arte Militar* ya aparece —como esas frases musicales de los conciertos, que insisten sobre su tema fundamental— la nota del patriotismo. El amor a la Patria, la exaltación de sus gestas y de sus grandezas, el canto a las virtudes del soldado español, el deseo de que España renazca y recupere su privilegiado puesto en el concierto de las naciones, son ideas y sentimientos que hallamos expresados por doquier en la obra de Villamartín.

Las *Nociones* están dedicadas al general Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero. «Yo quisiera —escribe Villamartín— que el mérito de esta obra fuera tan elevado como es ilustre el nombre del General que honra la primera página». El general Concha —que, como Novaliches, habría de hacer ímprobos esfuerzos por sostener en el trono a Isabel II— contaba ciertamente con la sincera admiración de Villamartín. Era un gran táctico. Parece que durante uno de los periodos en que Villamartín —siendo capitán— no prestaba servicio de armas, el Marqués del Duero lo tuvo a sus órdenes, como colaborador en sus trabajos de técnica militar. «Es lamentable —dice Aguirre Prado— que la conjunción de los dos grandes temperamentos no dejara una obra determinada, un trabajo en común, que no hubiera tenido par en la literatura castrense. Lo que cada uno de ellos produjo aisladamente, obra perfecta, es nuncio de lo que reunidos hubieran podido completar. Perfección de lo perfecto».

Nuestro escritor dedica, pues, al general Concha su obra, para la que «hubiera deseado la pluma de los eminentes literatos y la ciencia de los grandes capitanes». De la carta-dedicatoria extraemos los siguientes párrafos:

*Hoy que renace España a la vida de las naciones, y restañada la sangre de sus gloriosas heridas, se dispone a seguir su marcha de otros tiempos a la cabeza de la civilización de los pueblos; hoy*

(15) DIEZ-ALEGRIA: op. cit., pág. 40.



que nuestra política, nuestra literatura, nuestro comercio, nuestra industria recobran su vida propia, nacional e independiente; hoy que en todos los ramos del saber humano sacudimos la tutela extranjera, ese criterio prestado, esa civilización que nos han vendido a gran precio los pueblos que de nosotros la recibieron antes, esa tiranía literaria, la más dura de todas las tiranías, aparece en todas las clases del Estado el deseo de estudiar su deber según las necesidades y el carácter de nuestra raza, y de dar a las artes españolas el sello de nacionalidad que perdieron.

Aún falta mucho, sin embargo. En el arte sublime de la guerra, tan necesario para la independencia y la fuerza material de las naciones, sin la que no es posible el triunfo de la razón, como no es posible la inteligencia del hombre sin la salud física, no tenemos otra escuela que la de alemanes y franceses; sus obras aparecen por todas partes, en la maleta de campaña del oficial, en las bibliotecas, en los colegios. Estas obras, donde se nos deprime muchas veces y se nos olvida otras, plagadas de errores de escuela y de errores hijos del espíritu patrio, basadas en principios y reglas aplicables a esos países y esos ejércitos, pero de ningún modo a los nuestros, han traído a España en cambio de algunos bienes dos grandes males: uno, el exagerar nuestra debilidad y tener en mucho más de lo que vale la fuerza de otros países; otro, el hallarnos en una punible ignorancia bajo el punto de vista de nuestros hechos de armas. El vulgo de nuestros militares sabe con todos sus detalles las campañas de Francia, y cree, bajo la palabra de los autores franceses, que Waterloo no debió haberse perdido, que la campaña de Rusia no debió terminar con aquel horrible desastre, que los ataques en revuelto montón de turbas jadeantes de fatiga es el último progreso del arte, el único medio de victoria, a la vez que desconoce el paso del Garellano y niega el mérito de las operaciones que precedieron a la capitulación de Bailén.

Por estas razones se hace sentir más cada día, desde que se ha iniciado nuestro renacimiento, un curso completo de arte militar, pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con presencia de las cualidades físicas y morales de nuestro soldado, el carácter general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad.

El prólogo de la obra abunda en conceptos semejantes. Villamartín expone cuán ardua es la empresa que se ha propuesto al escribir un libro cuyo asunto está erizado de dificultades. A pesar de lo cual, él lo ha escrito por las razones siguientes:



*El despecho que nos han causado las apreciaciones que autores extranjeros hacen sobre nuestro país y nuestro ejército, nos ha impulsado a tomar la pluma. . . .*

*Cuando hemos visto olvidada la noción clásica de la artillería; cuando en obras que se pronuncian contra el azar no se da más razón que el azar para nuestro engrandecimiento durante los siglos XV y XVI; cuando nada se dice de nuestros mosqueteros; cuando ninguna razón se da para explicar esas victorias constantes de pocos contra muchos, esos catafractas vencidos, esos caballeros sin miedo ni tacha, estrellados contra nuestras líneas de piqueros; cuando se olvida el nombre del que supo ser buena lanza, caballero de proeza en Granada, táctico en Tarento, estratégico en el Garellano; cuando historiando el progreso del arte por el progreso en otras naciones, se deja un vacío de tres siglos que no se quiere llenar; cuando se ha vulgarizado la opinión de que no servimos para la gran guerra, y hasta se nos niega por alguno aptitud para la de montaña; en una palabra, cuando se nos deprime, se niegan nuestras glorias y se olvida nuestro progreso, y vemos que las obras que esto dicen corren de mano en mano, se ven por todas partes y son nuestro único texto, nos hemos conolido temiendo las consecuencias que esta torcida marcha en la instrucción militar puede producir en el espíritu de la juventud del ejército...*

Al publicar las *Nociones*, Villamartín afirma que «este libro es más bien un proyecto que un hecho consumado; es el índice, por así decirlo, de los estudios del autor», dejando entender que sus propósitos eran el dar en estudios sucesivos mayor desarrollo a las ideas, e ilustrarlas con mayor abundancia de ejemplos históricos.

En las *Nociones del Arte Militar* encontraremos, casi en cada página, ideas y consideraciones de marcado acento patriótico. Unas veces nos hablará el patriota conolido; otras veces, escucharemos al patriota entusiasmado.

### **Villamartín, psicólogo**

En el prólogo de su importante obra, dice Villamartín que «tres pensamientos capitales le han inspirado...; primero, señalar la influencia que en el arte tiene la forma de nuestra sociedad; segundo, ver la utilidad que ofrecen para la guerra los últimos adelantos de la industria; tercero, descubrir las buenas o malas condiciones de nuestro carácter nacional para dictar las leyes a que debe sujetarse la guerra española». Si bien se mira, esto es adoptar una actitud de psicólogo.



Si Vallecillo pudo afirmar, al publicarse las *Nociones*, que esta obra sería «tan necesaria al militar como provechosa al político», nosotros podemos añadir que el provecho que al político resulta depende fundamentalmente de la riqueza de observaciones psicológicas que Villamartín saca a consideración. La fina penetración psicológica del autor es lo que da a su libro un permanente interés. Más que el tratadista militar, es el psicólogo quien desgarrar los horizontes del futuro para prever la evolución del arte de la guerra y el desplazamiento de sus escenarios; más que el historiador, es el psicólogo quien, volviendo la mirada a los siglos pretéritos, esboza cuadros de la historia para interpretar los acontecimientos, inquirir sus verdaderas causas y extraer su lección. Es el psicólogo quien estudia la idiosincrasia de la nación o el carácter de los individuos, sean éstos personajes bien diferenciados —Aníbal, Gonzalo de Córdoba, Napoleón...—, o se trate de ese gran personaje anónimo que es *el soldado*. Más que el táctico y más que el estratega, es el psicólogo quien estudia las funciones que corresponden al político y al militar, al subalterno y al jefe, a un cuerpo o a otro; quien establece normas para la instrucción militar, estudiando la disciplina y las leyes militares, puntualizando el sentido que se debe dar a los premios y a los castigos, analizando las virtudes castrenses. Es, en fin, el psicólogo quien, entre el rígido armazón de sus teorías, está exigiendo una auténtica humanización del arte de la guerra y de los hombres de la guerra.

Vamos a examinar brevemente algunos puntos de vista del Villamartín psicólogo.

### Que el hombre no se haga máquina

Villamartín admiraba en Gonzalo de Córdoba al gran capitán que reúne «las cualidades físicas y morales del guerrero antiguo con el genio y la libertad de inteligencia del hombre que presiente otras épocas, que mira de frente su siglo, y lucha con él, y llama en su ayuda con voz potente los siglos del porvenir». Dicho de otro modo, Villamartín admiraba en Gonzalo de Córdoba al hombre avanzado. Y el hombre avanzado tiene siempre buena cuenta de los mecanismos psicológicos del soldado:

*(Gonzalo de Córdoba) conocía las cualidades del soldado que mandaba, y era digno de su atención todo lo que contribuyese a exaltar las virtudes: por eso llegó a fanatizar de tal modo sus tropas, que las pudo exigir fatigas y penalidades superiores a la organización humana. Toleraba el vino y aborrecía los licores, y hasta en este detalle, al parecer insignificante, demostraba el estudio que de todas*



*las necesidades del soldado había hecho, notando la enervación que producen los licores después del primer momento de ficticio vigor exagerado que causan y que el vino no produce.*

Los poderosos resortes de la psicología logran, pues, un rendimiento superior al que cabe esperar de la mera organización. Por el contrario, cuando la comprensión psicológica falta, la vida se desarmoniza y se hace ficticia, y la unidad se compromete, sustituida por una mera agrupación informe. Tal fue el caso de «aquellos bravos granaderos de Federico (que) eran castigados cruelmente por la más mínima falta, y el lazo que les unía a la bandera no podía ser el amor a la gloria, que no comprendían, ni el entusiasmo, que está reñido con la dureza de mando, ni el amor a la patria, ni, en fin, ningún otro resorte moral, sino únicamente el miedo a la vara del cabo. La policía se llevó hasta el ridículo; el orden, el silencio y la inmovilidad hasta el tormento; a la voz de *a formar* el soldado temblaba de miedo, y a la voz de *firmes* se petrificaba; el hombre desaparecía para dar lugar a la máquina, el ser moral quedaba muerto, ya no había más que un aparato mecánico complemento del gatillo de un fusil».

Un capítulo de las *Nociones* está dedicado a estudiar las bases de la organización del ejército. Villamartín dista mucho de desear soldados-máquinas; antes bien, quiere que en el soldado no se sofoque lo humano. Es nuevamente el psicólogo quien escribe:

*Todo cambio repentino de costumbres, toda brusca transición en la vida del hombre sacude y altera su naturaleza física y sus condiciones morales. Cuando el recluta, abandonando el hogar paterno y dejando el arado por el fusil, ingresa en las filas, se efectúa en su vida una transición tan rápida, un cambio tan radical, tan súbito, en alimentos, en traje, en habitación, en clima, en deberes, en costumbres, en leyes, en todo, por decirlo de una vez, que aturde, aflige y casi perturba las facultades de un hombre que se ve de repente lejos de todo lo que él ha querido desde su infancia, inaugurando una vida de la que no sabe otra cosa sino que está expuesta a mil azares y sujeta a leyes y obligaciones muy severas. Esta transición afecta de tal modo a ciertos caracteres que, minados por la nostalgia, llegan a sucumbir...*

*...Por todo esto es preciso tener con los reclutas un trato bondadoso, que podría casi calificarse de débil si se tratase con soldados veteranos; dispensarles muchas faltas hijas de la ignorancia, pero comentárselas explicando su gravedad; proporcionarles algunos goces que atenúen en lo posible el recuerdo de su país, de su familia, de*



*sus compañeros de infancia, y de todo lo que tanto han amado desde sus primeros años...*

En cuanto a la instrucción propiamente dicha, que «tanto molesta» cuando se trata de ejercicios físicos, debe hacerse «lenta y progresivamente», mediante «lecciones cortas y variadas»; a su vez, la instrucción teórica se debe *amenizar* con ejemplos y explicaciones agradables a la imaginación, para que pueda «servir de semilla al entusiasmo».

También aconseja Villamartín que se concedan a los reclutas los pequeños favores que soliciten; que se manifieste por los enfermos un vivo interés, y que se haga comprender a todos «que no se verán abandonados a sí mismos en el mundo extraño y nuevo donde acaban de entrar».

Esta manera de enfocar los asuntos, tan humana, tan profundamente psicológica, tan realista y tan idealista a la vez, está tan fuera de lo usual, que constituye una de las genialidades de Villamartín. Y vamos a ver cómo, a partir de esa comprensión psicológica, nuestro original tratadista abre nuevas perspectivas de índole educacional y social.

#### **«Unir el arma del soldado con la herramienta del obrero»**

Villamartín reconoce que ese ideal de instrucción militar que él propone es difícil de implantar «en la vida agitada del ejército activo». Precisamente por eso sueña con ciertas reformas de las instituciones militares. Bien mirado, lo que tiene en perspectiva es la modernización de esas instituciones. «Quisiéramos —escribe— más sencillez, más gusto moderno, menos espíritu feudal y de Edad Media»; eso es lo conveniente a las necesidades tácticas de la guerra moderna y al «espíritu de nuestro progreso social».

Lo social y lo pedagógico se aúnan cuando habla de «unir el arma del soldado con la herramienta del obrero»; porque no se trata solamente de orientar hacia la eficacia social la misión del soldado, sino también —y fundamentalmente— de que éste no se sienta desencajado de su habitual medio social. De aquí surge la idea de los «batallones de milicia joven».

*En nuestro concepto se debe inaugurar la vida militar de un modo gradual y suave, que se conseguiría creando en cada provincia batallones de milicia joven donde los reclutas, sujetos a leyes y disciplina menos severa, conservando cierta dependencia de sus familias, recibiesen su primera educación progresivamente, guiados por cuadros de veteranos respetables por sus canas y por sus servicios. Estos batallones serían, por decirlo así, el embrión del ejército.*



Este sistema de educación militar permitiría acortar el tiempo del servicio de cada quinta; porque «allí donde más adelantada esté la instrucción militar y el espíritu belicoso de la juventud es donde se puede limitar el tiempo del servicio, porque siempre se tienen buenos soldados». Razones de tipo psicológico y social aconsejan esa limitación: «La edad para ingresar ni debe ser tan tierna que haga muy penosas las fatigas militares, ni tan madura que los hombres reciban difícilmente la impresión de nuevos hábitos, y que además se les exija el sacrificio de sus mejores años, haciéndoles regresar tarde a la vista laboriosa y tranquila del padre de familia».

El servicio militar no debe significar una ruptura ni una enajenación respecto a la sociedad civil:

*...El ejército, en cuanto sea compatible con su misión principal, debe dedicarse a trabajos de utilidad pública y productivos para sus individuos.*

*...Según el espíritu de asociación que domina a nuestra época, es preciso dar a los ejércitos permanentes la fuerza y las condiciones de vida de una sociedad de capitales y trabajos, y no olvidemos que si los romanos ocupaban sus tropas, tanto en pelear como en erigir monumentos de utilidad pública, en un siglo como el nuestro daría resultados más brillantes unir el arma del soldado con la herramienta del obrero.*

Del gran sentido social que caracteriza el pensamiento de Villamartín quedan también otras muestras en las *Nociones del Arte Militar*. Tales son sus sugerencias relativas a las pensiones de retiro para los militares licenciados y a la creación y sostenimiento de «cuarteles de inválidos».

«Es esencial que al ser licenciado cada individuo cuente con algunos fondos no expuestos a las contingencias que hoy tiene la masita». Villamartín estima que debía establecerse, con carácter *forzoso*, una cotización mensual que constituyese una caja, de la que percibiría una pensión cada militar al quedar licenciado. El capital resultante de tantas aportaciones individuales produciría réditos, y una parte de estos réditos se destinaría al sostenimiento de cuarteles de inválidos, «donde cada uno se dedicaría al trabajo que le permitiese su aptitud física, asociándose al trabajo de los compañeros».

Hemos de recordar que estas ideas de previsión social eran sugeridas por Villamartín hace más de un siglo. Desde entonces se han logrado importantes avances en este sentido; pero en los días de Villamartín soñar con tales adelantos sociales era un auténtico vanguardismo, y acaso quien



los proponía pueda ser considerado todavía un avanzado en lo que respecta a la integración de los inválidos en las tareas de la sociedad.

**«En el gran taller de la Historia,  
cada nación es un obrero»**

El autor de las *Nociones* piensa que el militar debe tener una amplia visión de su misión profesional, pero también del vasto contexto histórico, político y social en que ésta se desenvuelve. Es decir, que además de considerar la misión propiamente militar del ejército, subraya su importancia política y social, su condición de miembro de ese obrero colectivo que es cada nación en el gran taller de la historia.

Las *Nociones del Arte Militar* ofrecen —y muy interesante, incluso para el profano— una visión global de lo que es el ejército y de lo que, dentro de éste, es la específica función de cada cuerpo. El tratadista se nos muestra erudito y perspicaz, y entre las sutilezas del táctico descubrimos, una vez más, al psicólogo. Por ejemplo, el artillero, conforme a su concreto cometido, no debe hacer alardes de audacia, pues su fuerza consiste en la posición y su valor ha de ser la tenacidad del soldado de parapeto. Del mismo modo, las tropas de ingenieros comprometerían su particular cometido si, actuando con impetuosidad y con arrebatada valentía, no mantuviesen el «valor frío y filosófico», el «valor estoico» que su especialidad exige.

La orientación política y social que en última instancia ha de tener la empresa militar estriba principalmente en el hecho de que «en las guerras de nuestro tiempo hay otros problemas que resolver, además de los problemas militares». Sólo teniendo en consideración esos otros problemas el ejército cumplirá su misión *nacional*. La estrategia ha de trazar sus planes estudiando todos los elementos de la fuerza propia y los del enemigo: su organización, su política, sus leyes, sus costumbres, sus virtudes y sus vicios, sus medios de lucha y «todo cuanto se pueda saber sobre el ejército, el pueblo y el territorio amigo y enemigo»; pero al trazar sus planes, el estratega ha de satisfacer tanto las exigencias políticas como las conveniencias tácticas, y como éstas y aquéllas, «por desgracia, no siempre están acordes», el buen militar ha de preferir las conveniencias políticas a las conveniencias tácticas.

Ese sentido fundamentalmente nacional que Villamartín da a la misión del ejército sólo es posible conseguirlo si se tiene clara idea de la nación como obrero del gran taller de la historia.



*En el gran taller de la historia, cada nación es un obrero al que le está designada una tarea que él mismo ignora y que, sin embargo, cumple en beneficio de la civilización, a veces sin darse cuenta de ello.*

Sea, por ejemplo, el caso de Francia, expuesto por Villamartín en brillante párrafo:

*Existe un pueblo que se halla en el centro del mundo civilizado y en el centro de los climas, que habla un idioma fácil por sus vocales a los hombres del Mediodía y por sus consonantes a los del Norte; si se pudiera dividir el mundo en pueblos de sentimiento y de inteligencia, en pensadores o artistas, diríamos que éste se halla a la mitad del camino entre alemanes y españoles, entre italianos e ingleses. El es el intermediario entre todos ellos; realiza por el arte el pensamiento de los unos, y embellece con la filosofía el arte de los otros; materializa las ideas y espiritualiza las cosas; no es cuna de ninguna filosofía, pero a él afluyen todas para cobrar vida práctica las teorías; no inventa nada, pero da tal impulso a los inventos, que parece que todos brotan del seno de ese pueblo; en él han tomado cuerpo y forma tangible todas las ideas, a veces exagerándose en principio, a veces perturbándose, y todos los grandes movimientos de la humanidad ni de él han partido ni han terminado en él, pero él ha fijado los ejes del movimiento. El sol de Italia ha dado brillante colorido a las obras de los genios; de Alemania han brotado cien escuelas filosóficas; de las húmedas y lóbregas casas de los arrabales de Londres han salido los banqueros y los diplomáticos; a orillas del Tajo han nacido los grandes capitanes; pero sólo Francia ha tenido, uno en pos de otro, el delirio de las artes, el de las filosofías, el de la banca, el de la guerra, el de la diplomacia. En el mundo de la inteligencia, como en el material, hay pueblos que producen y otros que elaboran, y la Francia es de éstos el primero; difícil y penosa es su misión; si alguna vez la extravía, si alguna vez se rinde a la fatiga, tengamos en cuenta que debemos a la Francia los ensayos en todo, y que ella, antes que las demás naciones, lucha con los obstáculos, prueba las amargas y sufre los males que no se tocan hasta que se llega a la realización práctica de las ideas.*

## **Historia y Filosofía de la Historia**

Villamartín exige al militar «un gran conocimiento de la historia»; lo exige reiteradamente. El estudio de ciertas operaciones, «más que en los



libros de arte militar, debe hacerse en la historia de nuestras guerras». La geografía, la estadística y la historia son para él «las tres antorchas de la guerra». Sin esa antorcha que es la historia, la empresa militar, a ciegas, erraría; las naciones, a la deriva, no descubrirían su específica vocación.

Requisito esencial para alumbrarse con esa flamante antorcha es estudiar la historia con la mayor objetividad, «sobreponerse a pasiones de escuela y pasiones nacionales», «colocados muy por encima de las pasiones del momento».

No faltan tales requisitos en las *Nociones del Arte Militar*. Una extensa parte de la obra —sin duda, la verdaderamente imperecedera— está consagrada a la historia. El autor emplea un método analítico, examinando con sagacidad episodios concretos y personajes significativos. Pero tampoco faltan páginas de síntesis, en que se nos ofrecen amplias visiones de conjunto, como es el caso cuando se estudia el progreso del arte militar en sus analogías con el progreso de la sociedad, extenso capítulo con que se abre la segunda parte de las *Nociones*. Otra de las síntesis mejor pergeñadas es este sobrio esquema en que toda la historia de la humanidad se reduce a tres grandes periodos:

*Comenzada la marcha del progreso, tres evoluciones distintas le encaminan, tres jornadas difíciles señala el dedo de la Providencia al hombre en su penoso camino, y bajo la faz de cada una de estas evoluciones se presentan los siglos con distinto carácter y los pueblos con distinta misión. En la primera, el hombre, sorprendido por la vida, se postra ante la Naturaleza y la admira; en la segunda, la estudia; en la tercera, la utiliza. Pertenecen a la primera los siglos en que predomina el sentimiento sobre la razón; el hombre es entonces niño, cree y ama como el niño, juega con el peligro y retrocede ante fantasmas, necesita oráculos y revelaciones, juegos y cantares. En la segunda vence la razón al sentimiento; el poeta hace plaza al filósofo, y el sacerdote al político; el hombre ha salido de la pubertad; independiente en su razón, pero esclavo de sus pasiones, revuelve los oráculos, como el niño los juguetes, para ver su misterio; rompe sus antiguos ídolos, investiga, juzga y resuelve; los Estados pugnan por constituirse; las ciencias, por desarrollarse; se hacen grandes descubrimientos que no se saben aplicar, se plantean grandes problemas sociales que no se llegan a resolver, las teogonías y la filosofía se chocan; los cultos pierden en poesía lo que ganan en fuerza, y en medio del estruendo de la guerra, hay navegantes que buscan mundos, soldados que buscan coronas; el astrólogo se*



*hace astrónomo; el alquimista, químico, y las ciencias ganan en verdadero lo que pierden de maravilloso. La primera época es el progreso del hombre como individuo, y la segunda, el progreso de la sociedad; en pos de ellas tiene que venir el progreso simultáneo y armónico de la sociedad y el individuo en sus relaciones. En la primera, domina el arte; en la segunda, la ciencia descarnada y fría; en la tercera, la aplicación práctica de la ciencia por medio del arte; la razón y el sentimiento se ponen en armonía; ya no se habla ni con la una ni con el otro exclusivamente, y la poesía y la filosofía, el sacerdote y el político acaban por entenderse. Es la época práctica, así como la primera es instintiva y la segunda especulativa; si la segunda es la de los estudios especiales, si en ella el hombre se detiene ante cada tronco del árbol múltiple de la ciencia, la tercera es enciclopédica; el hombre estudia las relaciones de cada una de las cosas con todas las demás, sintetiza el progreso de los siglos anteriores, encauza en una sola las mil corrientes por donde se dirigían los progresos respectivos de las muertas civilizaciones.*

Como vemos, al pasar del análisis a la síntesis, de la observación a la inducción, Villamartín levanta su mirada desde los hechos hasta las leyes que los rigen; esto es, se adentra en la filosofía de la historia. Y, desde el punto de vista de la filosofía de la historia, se declara *fatalista*:

*Fatalistas en historia, creemos que todo lo que ha sucedido ha debido suceder.*

Tal es realmente la postura que corresponde a quien, con toda coherencia, considera la guerra como un fenómeno natural, también fatal. Sin embargo, hemos de advertir que el *fatum* de Villamartín no excluye la Providencia. «El mundo ha necesitado muchos siglos para saber la razón divina» de innumerables hechos; es «el dedo de la Providencia» el que señala al hombre las jornadas de su penoso camino; los términos *Dios, Creador, Providencia* y el sentimiento religioso aparecen en los escritos de nuestro autor, que no ignora la «luz del Gólgota» ni la decisiva influencia del Cristianismo en la historia de la humanidad. En el pensamiento de Villamartín, la fatalidad no excluye la Providencia, pero sí el azar, y no es el azar el que rige la historia con una arbitrariedad de la que sea imposible extraer una enseñanza para dominar y dirigir la nueva historia, la que se va haciendo; ésta obedece fatalmente a la inexorable razón divina. Si «la historia es un libro que el hombre no escribe»; si los hechos suceden inexorablemente a los síntomas que los presagian, sin que sea posible alterar el ciclo del devenir histórico, también Villamartín da una bella definición de la historia: «la corriente de los sucesos impulsados por la mano de Dios».



## La Revolución Francesa, ejemplo de fatalismo histórico

Son muchos los pasajes de las *Nociones* en que podemos estudiar concretamente al Villamartín fatalista; pero las no pocas páginas en que, acá y acullá, trata de la Revolución Francesa sirven de buena muestra. En una de esas páginas leemos:

*Desoyendo la voz de las pasiones políticas, y sin detenernos a juzgar la revolución francesa en su periodo álgido, sin bendecirla ni anatematizarla, porque eso sería ajeno al objeto de este libro, no podemos menos de aceptarla, como aceptamos en historia todo, convencidos de que, porque ha sucedido, ha debido suceder...*

Y es que Villamartín, estudiando el carácter de la célebre Revolución, examinando su contexto histórico, constatando cómo «de ella ha brotado la gran guerra moderna en toda su imponente majestad, y el arte táctico ha sufrido por ella una revolución mucho más radical y violenta que la causada por el descubrimiento de la pólvora», se da cuenta de que la Revolución Francesa tiene una dimensión que sobrepasa al mero litigio entre los contendientes y que escapa incluso a la voluntad y al control de éstos: «Era un siglo enfrente de otros, una idea que brotaba sangre, el porvenir y el pasado en guerra material, acero con acero; todos los intereses del viejo mundo en batalla con los de un mundo todavía desconocido».

## Edades y pueblos

En las páginas de historia de las *Nociones del Arte Militar* se nos habla de las grandes edades y de los grandes pueblos del mundo.

Los siglos de la Edad Media son de los que «mucho enseñan», si bien «para sacar fruto de su estudio sería preciso penetrar con ánimo resuelto y corazón endurecido en esa tenebrosa noche de los tiempos, revolver lagos de sangre y sondear profundas heridas, aún no cicatrizadas en la humanidad». Veamos cómo describe Villamartín estos siglos:

*Hay algo de terrible en esa frase «Edad Media», que no parece sino que los labios se resisten a pronunciarla. Cae de las manos la historia cuando se llega al siglo V; la imaginación calenturienta no ve ante sí sino un revuelto remolino de ideas, de pasiones, de costumbres, de razas que se chocan, de familias que luchan a muerte, de Estados rotos en mil pedazos. Vense cruzar a escape en sus bridas, con sangre hasta las cinchas, misteriosos caballeros, visera calada, el acero desnudo; si los despojáis de esa ruda corteza de*



guerrero, no queda otra cosa que un hombre feroz, ignorante y fanático; y sin embargo, estos hombres son los jefes de la sociedad, si es que sociedad hay constituida.

*Veis a la mujer, esclava y reina, adorada por los hombres y tiranizada brutalmente por ellos; veis leyes y costumbres que la razón repugna; la propiedad, la honra y la vida de cada uno sin otra defensa que el hierro; allí donde hay más vigor físico, más temple en las armas, allí está justicia que se comete la blasfemia de llamar «justicia de Dios». El hambre, la lepra y la peste son las reinas en estas generaciones de mendigos y homicidas; la ciudad no existe, el hombre huye del hombre; el que no sabe matar, en lo más escabroso de una montaña levanta una ermita para adorar allí, lejos del mundo, a un Dios cuya ira santa el mundo desafía; el que sabe matar levanta un castillo, como el ave de rapiña su nido, y desde allí lanza la desolación y la muerte a las comarcas que dominan las almenadas torres de su mansión.*

*Fortuna fue, en medio de tanto horror, que hubiera un odio sobre todos los odios, una creencia sobre todas las creencias, que ligara todos los fragmentos de aquella tan despedazada sociedad, y que fuera un principio de alianza entre tantos bandos enemigos: este odio era a las razas de Africa; esta creencia, la fe cristiana, acaso extraviada por la moral social de entonces, opuesta a la del Evangelio, pero ardiente, fuerte en sí misma para triunfar por fin sobre las inteligencias tan pronto como cesara la ofuscación producida por la vista de la sangre.*

Los grandes pueblos que han protagonizado la historia también desfilan sucesivamente por el libro de Villamartín, cada uno de ellos con su particular psicología, con sus virtudes y con sus defectos, con su significación.

Egipto es «pueblo de civilización gigante, pero en estado de feto, civilización que murió abrumada por su misterioso culto, deshecha por la violenta separación de las tres castas, en las que la fuerza, la ciencia y el arte se aislaban cada una en sí misma, sin establecer jamás entre sí corrientes de vida».

En cuanto al pueblo de Roma, es magnífico el estudio que le dedica Villamartín:

*Los romanos antes de ser nación eran ejército. Mil aventureros, con un hombre de genio a la cabeza, establecen un campamento fijo en el corazón de Italia, y al poco tiempo sus barracas se convierten*



*en una ciudad que crece y se desarrolla, robando a las ciudades vecinas la vida que a ella le falta. Hijos de la guerra, sólo la guerra podía darles patria y familia, y precisados a combatir para tener lo uno y lo otro, fueron desde un principio para los pacíficos pueblos de Italia unos terribles huéspedes, con los que no había medio de transigir sino cediendo a todas sus exigencias o apelando a la razón del más fuerte.*

Al tenerse que establecer, con tantas dificultades, entre pueblos que, si no eran más sabios que ellos, al menos estaban mejor constituidos, los romanos hubieron de valerse tanto de la astucia como de la fuerza, ya para conjurar odios, ya para conseguir por la astucia lo que no podían obtener por las armas. «Esto hizo de los romanos un pueblo hábil en su política y temible en sus guerras». Era, además, «pueblo virgen, sin historia ni tradiciones que respetar, cera blanda donde podía imprimirse todo lo nuevo y darle la forma más conveniente a sus fines»; por eso tuvo una fuerza atractiva que ningún otro pueblo ha podido tener, y por eso fue el más apto para representar el progreso de su tiempo.

*Patria, familia, culto, armas, ciencias, artes, política, nada era suyo; todo debían tomarlo o imitarlo de los pueblos con los que se ponían en contacto, y todo se aceptaba sin esfuerzo, porque nada luchaba con preocupaciones de origen o con costumbres tradicionales, y todo, al ser admitido, recibía la modificación que exigía el modo de ser de un pueblo que por tan penosa infancia pasaba. Este carácter siguió en el curso de toda su historia, y en el auge de su grandeza no se desdeñaban los romanos de aprender y copiar de los mismos pueblos que vencían; así aprendieron de los griegos el arte de la guerra, o mejor dicho, los griegos les inspiraron la idea para crear ellos el arte de la guerra; así de los cartagineses la marina, de Pirro la castramentación y la ciencia de las posiciones; de Aníbal la estrategia, y de los númidas la caballería; así tomaron la lanza de los catafractas, la espada de los españoles; de los cartagineses la galera, que perfeccionaron con el cuervo.*

Al revés que Grecia, y con una misión providencial distinta, Roma estaba constituida para la acción exterior, tanto como Grecia para la interior; su vida social consistía en adquirir; sin adquirir hubiera muerto, porque nada suyo tenía, y Grecia, por el contrario, debía conservar; Roma había de penetrar en el corazón de todos los pueblos para ser entre ellos una corriente de vida; así como Grecia era el manantial de esa corriente y todos los pueblos habían de ir a ella; Roma, por lo tanto, había de ser activa y ofensiva en política



*y guerra; Grecia, pasiva, defendiendo sus hogares y custodiando el fuego sagrado que debía legar a otras generaciones.*

Junto a Grecia y junto a Roma, otro pueblo de la antigüedad interesa a Villamartín: Cartago, cuya lucha con Roma abre una era nueva. Tras un elogio al joven Scipión por su calidad de soldado, por sus virtudes y por su tacto político, Villamartín comenta la célebre batalla de Zama, en la que «el porvenir del mundo iba a decidirse».

*Allí el viejo guerrero encanecido de las victorias, y el vélite que hacía su aprendizaje de guerra conquistando naciones iban a luchar, representando cada uno una era distinta, una civilización, un grupo de pueblos opuestos en naturaleza: no eran Cartago y Roma; eran el comercio y la guerra disputándose el mundo, las colonias y las conquistas, el oro y la sangre, los dos polos de todo progreso.*

Al nacer esa nueva era, son los bárbaros quienes ocupan el escenario de la historia. Sin organización y sin concierto, esos pueblos tumultuosos que son los hunos, los francos, los suevos, los alanos, los vándalos, los borgoñones y los longobardos, apenas si dejan rastro aleccionador para el estudioso de la historia militar. De los hunos, escribe Villamartín con feliz expresión: «Eran una inmensa caballería irregular, semejante a los gauchos, a los tártaros, a los cosacos, a todas esas razas belicosas y bárbaras, semi-nómadas, donde el hombre y el caballo forman un solo ser físico, y estamos por decir que moral».

Empero hay un pueblo que representa el progreso de su tiempo y que, en sus armas y en sus métodos, lleva la fuerza necesaria para constituir la naciente sociedad: el pueblo godo.

*Los godos llevaban en sí una civilización naciente, que, al contacto con la romana, precipitó su desarrollo. El godo era hermoso de cuerpo y alma, magnánimo, valiente, de elevada inteligencia, de creencias puras, amante de lo bello, apasionado por la justicia.*

*Al bajar a Occidente, el pueblo godo se presentó más como liberador que como enemigo; expulsó de España a los feroces tiranos que la afligían, los vándalos y los alanos, y dominó en poco tiempo todo el país, siendo en un principio un amo generoso y compasivo y, por último, un hermano cariñoso del español.*

*Así los restos de la deshecha civilización romana tuvieron en España el mejor asilo, y en esta nación se pudieron fundir más pronto que en otra los elementos nuevos con los que del naufragio del viejo mundo se habían de salvar.*



El lector de las *Nociones del Arte Militar* hallará en otras muchas de sus páginas los juicios de Villamartín acerca de algunos Estados modernos, sus timbres de gloria y sus desaciertos. Y hay momentos en que las *Nociones* nos presentan con singular vivacidad el sugestivo mosaico de la bullente Europa. En la época del imperio de Napoleón, cuando Francia está representando la imposición de la voluntad de un hombre, Inglaterra representa el pensamiento, Alemania la espada... ¿Y España? «España representó la pasión de Europa».

### Personajes. «Con tales ejemplos se despierta la sed de gloria»

En todos sus escritos, Villamartín ha rendido culto a los grandes personajes de la historia, y no sólo porque es imprescindible hallar en los factores humanos la razón de los grandes hechos, sino porque sus virtudes, sus genialidades y sus rasgos de ingenio «deben ser conocidos por todos los militares; porque con tales ejemplos se despierta la sed de gloria, se estimula el talento y se hacen aplicaciones nuevas cuando llega la ocasión».

*¿Quién, al contemplar en las heladas márgenes del turbio Beresina aquel ejército, antes terror de Europa, ya débil y postrado, luchar con los elementos y con los hombres, y como el jabalí herido, más terrible en el estertor de su agonía que en su pujanza, abrirse paso a través de témpanos de hielo y de gruesos batallones, no siente en su alma algo de grande que le haga saludar con respeto al ángel caído?*

*¿Quién, al ver en el Garellano el león de Castilla salvar de repente, en noche tempestuosa, el obstáculo que le separa de su enemigo, romper su ejército en cien pedazos y abatir los muros de Gaeta como desplomados por un terremoto, no siente orgullo de llevar el nombre español?*

*El entusiasmo es la única fuerza militar; él engendra el talento en el jefe y el valor en el soldado, y él sólo puede inspirarse con el estudio de estos grandes héroes y de estos grandes hechos de las naciones; que lo comprendan así nuestros jóvenes oficiales, y arrojen de una vez para siempre esas novelas que sólo inspiran sensualidad y codicia, y que no dicen nada al espíritu generoso del hombre, ni a los elevados sentimientos de gloria y de la patria.*

En las *Nociones del Arte Militar* son muchos los personajes que desfilan, marcando otros tantos hitos del progreso. En los periodos difíciles de la historia del mundo, «cuando los pueblos se chocan y confunden



arrastrados por una fuerza que desconocen para dar uno de esos pasos adelante en la vía de un progreso que presienten sin comprenderle, aparecen siempre hombres que representan la época y que son la personificación de esas aspiraciones desconocidas».

*Así tuvo Italia a Maquiavelo, y España a Gonzalo de Córdoba. Ambos vivían mucho más allá de su siglo; el uno advirtió la guerra del porvenir, el otro la preparó prácticamente; el uno era el profundo político, el otro el eminente capitán; si aquél pudo brillar más porque era el hombre de la teoría y no luchaba con obstáculos materiales, éste tuvo que romper la espesa masa de errores y preocupaciones de época, y trazar la senda no trazada aún.*

Las páginas que Villamartín dedica al estudio del Gran Capitán han sido celebradas desde el primer momento por los críticos como obra maestra de la literatura militar. La sabiduría de Gonzalo de Córdoba como general y como político, el «carácter homérico» de algunos de sus hechos, «aquella prodigiosa actividad que era la base de su carácter», sus rasgos de generosidad y sus rasgos de elocuencia, sus campañas modelo y su condición de iniciador del arte moderno de la guerra suscitan el entusiasmo de Villamartín, cuya prosa fluye encendida.

Pero estimamos que tan admirable como el estudio del Gran Capitán es el que consagra a Aníbal, «el más acabado tipo de general de todos los tiempos por su hábil política, por su profunda y nueva estrategia y por su irresistible táctica».

*...Su genio descuella por encima de todos, porque sus victorias son producto de la ciencia y nada más que de la ciencia; jamás la fortuna las ha decidido.*

*Hijo de la desgracia, era su estrella la estrella funesta de Cartago, que precipitaba su ocaso sobre un montón de escombros calcinados y de ruinas remojadas en sangre;*

*el destino había grabado en una misma página de su terrible libro la muerte del gran pueblo, la derrota del maestro de la guerra y el triunfo de nuestra raquílica civilización sobre la potente Africa.*

Con el de Aníbal, son los de Fabio y Scipión «los nombres que bastan por sí solos para llenar la historia del mundo; las bases que estos capitanes sentaron nadie las ha movido impunemente; rivales en mérito, y en la causa enemigos, las victorias de cada uno de ellos son hijas de su inteligencia y no de su fortuna, y en sus batallas no se sabe qué admirar más, si los planes del vencedor o los del vencido».



Otra figura estudiada por Villamartín, si no con extensión, sí con trazos magistrales, es Atila, «mañoso a la vez que valiente, jefe del pueblo que menos se parecía a los otros pueblos, de la raza más única y menos mezclada de las que entonces se revolvían y luchaban»; «era el caudillo que más en condiciones se hallaba de aspirar al dominio de Europa».

Pero Villamartín, que estudiaba la historia muy por su cuenta, formándose con absoluta independencia su propio juicio, no posa su atención tan sólo en aquellos personajes que el consenso general de los historiadores ha situado en las altas cimas; también se fija en otros hombres señeros en los que apenas se ha parado la atención, no porque fueran menos admirables, sino porque sus vidas y sus éxitos han sido menos fulgurantes. Epaminondas es uno de estos casos:

*En otro siglo y en otro teatro la figura de Epaminondas hubiera llenado el mundo; pero no son los héroes de las guerras civiles los llamados a gozar de la gloria imperecedera y a vivir en el recuerdo de remotos tiempos: su nombre muere cuando su patria o cuando se funden dentro de ella los poderes que antes luchaban.*

Por eso, aunque Epaminondas no sea personaje demasiado refulgente en los libros de historia, Villamartín ve en él a un genio creador, que poseía el instinto de la gran táctica, era rápido en sus concepciones, enérgico en sus movimientos y comprendió, antes que ningún otro general, lo que es el secreto de la victoria: «que, para vencer, basta vencer en el punto capital».

Gran admiración sentía Villamartín por el archiduque Carlos de Austria, «príncipe ilustre, alma de genio encerrada en un cuerpo débil, digno rival de Napoleón, más prudente sin ser menos enérgico; ese general vencido, sí, pero jamás derrotado; ese general que, si como Napoleón, hubiera reunido en su mano cetro y espada, aparecería hoy más grande que Napoleón mismo».

En cuanto a Napoleón, es extenso el estudio que Villamartín le dedica. Pero hemos de advertir que, más que el personaje mismo, es su momento, su época lo que parece interesarle. O más exactamente, es el personaje como personificación de su época lo que atrae su atención. Sin duda, Villamartín habla de Napoleón con noble respeto; mas es muy parco en elogios. Napoleón estaba demasiado reciente, y Villamartín era demasiado patriota.

De otro Napoleón sí se muestra nuestro escritor fervoroso devoto, y de ello hemos de tratar cuando, capítulos más adelante, examinemos su libro *Napoleón III y la Academia de Ciencias*.



Finalmente, asombrémonos al sorprender al liberal Villamartín haciendo encomios de Felipe II.

### Felipe II, «grande alma»

Es en el *Manual de Viajeros*, dedicado a San Lorenzo de El Escorial, donde Villamartín nos ofrece su opinión sobre este monarca tan discutido y tan discutible.

En las primeras páginas del *Manual* se nos describe la impresión del viajero al contemplar desde la lejanía el imponente escenario de la sierra en la que el célebre monasterio —que «tanto es palacio, como templo, como tumba, como eterno museo»— se levanta. Contemplando aquella maravilla, vuela el recuerdo al hombre que la concibió.

*Este sitio agreste y solitario, donde se desencadenan los vientos que bajan de la sierra y donde la naturaleza se envuelve en un manto impenetrable de jarales y nieve, era el que debía agradar más al genio melancólico, perseverante, poderoso y terrible de Felipe II, para dar allí a la asombrada Europa una muestra de la energía y de la altura de sus pensamientos. Necesitaba aquella grande alma una inmensa base para sus gigantescos deseos, y sólo entre torrentes y ásperas gargantas, al pie de empinadas cumbres, podía levantar de un golpe y en un solo monumento un templo católico que mirase de frente al protestantismo, que se extendía osado por toda Europa, un palacio donde el gabinete del monarca y el tabernáculo de Cristo fueran de una sola hilada de piedras, casi una misma habitación, un museo donde se postrara a los pies de Dios y del Rey el genio de las artes con todo lo más bello de los siglos que vendrían, y por debajo de esto, con el altar por losa, una tumba para aquel monarca.*

*¿Estó es soberbia? No nos toca a nosotros, hombres de una generación que no rinde culto sino al sentimiento utilitario, penetrar en el abismo de aquella conciencia; si el Rey quiso partir su morada con Dios, por amor pudo ser o por orgullo, y cuentas son que Dios puede pedir al Rey, pero no la historia ni la crítica humana.*

A propósito de este juicio de Villamartín, hemos de advertir que nuestro escritor se adelantó en mucho a Unamuno cuando, quejándose éste de que «apenas hay quien se llegue a visitar El Escorial con ánimo prevenido y sereno», afirma que «casi todos van con antojeras, con prejuicios políticos y religiosos... Van a buscar la sombra de Felipe II, mal conocido y peor comprendido».



## La Religión, fuerza moral

Muy en militar, Villamartín considera que la religión es una fuerza. Tan es así, que de esta fuerza habla, no en sus momentos de vuelo filosófico, sino en un capítulo de las *Nociones* que trata de las operaciones y, concretamente, de la teoría del combate. No es ése, por supuesto, el único pasaje que trate de la religión, como tampoco es solamente en las *Nociones* donde se aborda el tema; pero es pertinente comenzar citando unas frases de la *Teoría del combate*:

*La religión, de la que nunca prescinden en sus máximas los militares antiguos como Santa Cruz o Montecuculli, está muy olvidada por los modernos, y nosotros no queremos ser de ese número, porque ella, cualquiera que sea el estado de las conciencias en un país, es la única fuerza moral del mayor número.*

*Hay peligros en que no basta para afrontarlos el amor a la gloria o el amor a la patria, y se necesita despertar la fe dormida. No es esto decir que en un día de batalla se le presente al soldado la idea de la muerte, o se le imponga con alguna solemnidad del culto, entonces extemporánea, pero sí que deben elevarse por todos preces por la victoria, y consagrar un corto momento de la mañana a levantar el espíritu religioso, al que, como en los antiguos hebreos, debe ir siempre unido el espíritu patrio.*

En otro lugar de las *Nociones*, tratando de las cualidades que deben adornar al buen militar, escribe:

*Además de las virtudes del ciudadano, necesita el soldado otras que den vigor a la organización moral de los ejércitos; unas y otras, basadas en la fe religiosa, fe que debe ser tanto más ardiente, cuanto que la vida del soldado se halla erizada de constantes peligros, de amargas privaciones, de fatigas superiores a las fuerzas humanas, y es preciso robustecer el espíritu para disponer la materia al sufrimiento.*

En tales términos expone Villamartín cuál es la base de dos grandes virtudes militares: la disciplina y la subordinación.

Cuando en otro lugar de la misma obra estudia las diferencias entre la guerra de los antiguos y la guerra moderna, empieza por afirmar:

*...No siendo la guerra otra que la sociedad en desequilibrio, todos los elementos de vida de la sociedad en reposo han de contribuir a dar carácter a ese periodo de lucha, y según sean estos elementos*



*distintos en la paz, así la guerra cambia de esencia y forma, como la diferente naturaleza de los mares del Polo y los de la Línea, en bonanza, hace que sus tempestades sean también diferentes en todo.*

Partiendo luego de las diferencias existentes entre los siglos de Roma y la época contemporánea, en sus momentos de equilibrio y paz, Villamartín estudia las diferencias que median entre las antiguas guerras y las modernas. «La religión de aquellos pueblos había sido bastardeada y corrompida desde su cuna en Asia»; la idea de la Divinidad estaba confusa, ni menos se habían confundido los atributos divinos con la esencia divina; el caos en el Olimpo, donde unos dioses reprobaban lo que a otros era grato, se reflejó en un caos en la tierra. Pero «después del cristianismo, aun las falsas religiones han sido influidas por él, y los cultos más absurdos han humillado la cabeza ante el de la Cruz»; influencia decisiva del cristianismo ha sido el monoteísmo y una elevada moral que todo hombre religioso quiere imitar. Con ello, se aproximan los hombres unos a otros y surgen lazos de afecto y caridad, desapareciendo de día en día las rivalidades y los antagonismos. De ahí que «la causa del cristianismo es la de la civilización», y gracias al cristianismo la guerra moderna se halla sujeta a leyes de una moral más perfecta. «Esto ha quitado algo de salvaje energía en las lides».

Hay algo «ya imposible después del Evangelio»: matar las aspiraciones del hombre y privarle de su libre acción; someterlo tiránicamente a un sistema social absurdo.

De la virtud que la fe cristiana tiene para ligar a los hombres, ya dejamos citado en un capítulo anterior el pensamiento de Villamartín. En la misma ocasión —es decir, hablando de la Edad Media—, nos recordará que el catastrófico hundimiento del poder romano se debió a que el hombre, «desconocido todavía el Dios que llegaba, y negados los dioses que se iban», se encontró «sin guía, sin una doctrina que cumplir, sin una moral», y el progreso se encontró sin rumbo. Fue una «catástrofe social de que la Providencia se valió para triturar el viejo mundo antes de fundir el nuevo, como se había valido en tiempo de la raza de Caín de un cataclismo en la Naturaleza».

En cuanto a los bárbaros, «el cristianismo se pudo apoderar más fácilmente de sus almas vírgenes que de las corrompidas de los romanos», y respecto a los godos, la influencia cristiana no fue menos vigorosa ni menos saludable: «Iluminados por el Evangelio..., empezaron a constituir la sociedad sobre una base de leyes discutidas en Concilio», creando el *Fuero Juzgo*, «cuerpo de leyes que marca el periodo constituyente de



nuestra sociedad», al cual tienen que recurrir todavía nuestros legisladores.

¿Y qué decir de la verdadera revolución que la fe cristiana hizo experimentar al derecho de gentes? Al estudiar en las *Nociones de la Moral militar*, Villamartín escribe frases como éstas:

*Antes del cristianismo, este derecho, desconocido como ciencia, no obedecía en su aplicación a otra regla que al violento antagonismo que separaba las razas y los pueblos...*

*...Cicerón quiso crear la fuente de un derecho público internacional... La voz de Cicerón fue desoída, y la civilizada Roma era el pueblo más injusto y más desleal...*

*...Apareció la luz en la cumbre del Gólgota, luz que la degenerada ramera no estaba preparada a recibir, y fue preciso que del Norte se arrojara como un torrente razas vírgenes para dar nuevo cauce a la torcida marcha de la civilización. Dos elementos empezaron a constituir la sociedad: el cristianismo y el derecho romano, legado por el vencido...; dos piedras fundamentales sirvieron de base al edificio que se levantaba: la Iglesia y el castillo; en la primera se encerró la ciencia y la justicia; en el segundo, la fuerza; preciso era, por lo tanto, que la Iglesia dictase leyes al castillo. Así fue; una religión que decía: «Amaos como hijos de un mismo padre» creó en la fuerza el sentimiento caballeresco, la santidad de la promesa.*

Hemos visto cómo Villamartín, que a veces maneja conceptos religiosos demasiado genéricos —la idea de Dios, de la Creación, de la Providencia...—, se define en muchas ocasiones por el cristianismo, cuyos valores teológicos e históricos conoce y en los que da muestras de haber meditado. Pero no se define tan sólo como cristiano, sino también y específicamente como católico. Si en las primeras páginas del *Manual de Viajeros* se habla de la osadía con que el protestantismo se extiende por Europa, y se considera El Escorial como el monumento de una sociedad católica luchadora, la última página de dicha obra insiste en esos mismos conceptos: Felipe II quiso levantar «un monumento que fuera a la vez templo católico, museo y palacio, dando así en el rostro al protestantismo, que nos acusaba de ignorantes y supersticiosos».

## El Federalismo

Algún escritor de los que se han ocupado de Villamartín ha dejado escapar, entre fervidos elogios, alguna prudente salvedad respecto a sus



ideas avanzadas. Se refiere, sin duda, a sus ideas políticas y sociales. No creemos, sin embargo, que éstas deban ser consideradas peligrosas: por la misma evolución que el tiempo ha impuesto; porque apenas si ocupan lugar en las obras fundamentales de Villamartín, y porque éste fue siempre más militar que político, aunque, como buen militar, tenía muy despierto su sentido de la ciudadanía y, en consecuencia, tenía sus puntos de vista en materia político-social. Por otra parte, como hemos de ver, él mismo se nos adelanta en hacer salvedades.

En realidad, la única idea exclusivamente política desarrollada en las *Nociones del Arte Militar* es la del Federalismo. A título de muestra vamos a comentar brevemente su pensamiento. Pero no sin adelantar nuestra extrañeza de que, en tiempos en que se están publicando serios estudios (16) acerca del Federalismo, ningún autor cite a Villamartín, cuyo punto de enfoque es verdaderamente original.

Trátase de lo que se trate, Villamartín enfoca todos los problemas desde su punto de vista genuinamente militar, y es federalista, más que por influencia de políticos, porque considera la nación como una gran base, escenario de posibles guerras. Piensa él que una organización federal sería la más adecuada para mantener a la patria siempre segura, siempre bien apercibida.

En dos ocasiones se nos habla del Federalismo en las *Nociones*: cuando al estudiar el imperio de Napoleón señala las nuevas necesidades que se dejan sentir para la ofensiva, y cuando, al exponer los elementos de la estrategia y de la táctica, estudia en general los puntos estratégicos.

Al federalismo —dice—, aunque «sea por otros motivos una mala forma política» —y ya tenemos aquí su primera salvedad—, se le ha de reconocer que concede a la provincia y a la ciudad su vida propia, «sin que otra provincia o ciudad se la robe». La provincia y las ciudades de provincias son interesantes puntos estratégicos; sobre todo para la defensiva, en caso de invasión.

*Las capitales no han de tener importancia militar, porque si a ella se añade la política, que nadie puede disputarlas, se hace de la capital el único centro de vida de un país, y un ejército dueño de ella es dueño de la nación. Esos monstruos de enorme cabeza, esas Cortes de dos o tres millones de habitantes, esas plazas de guerra*

---

(16) Son de gran interés varios estudios de GUMERSINDO TRUJILLO: *Pi y Margall y los orígenes del Federalismo español* (1962); *Las primeras manifestaciones del federalismo español* (1964), y, sobre todo, *El Federalismo español* (1967). Hemos de citar también el excelente *Ideario de Pi y Margall*, de ISIDRO MOLAS (1966).



*con un ejército por guarnición, esos mercados donde circulan millones de millones, esos puertos donde acuden todos los pabellones del mundo, esas ciudades que cada una por sí sola constituye una gran nación, y en las que por un movimiento de sus arrabales se decide la política europea, son, por la lucha de tantos intereses opuestos como hay dentro de sus muros, débiles ante un invasor, y tomadas por éste, la suerte de todo un Imperio está perdida. ¿Qué haría París ante un ejército que llamase a sus puertas? Allí donde tienen forma y vida propia todas las ideas, todas las industrias, todas las escuelas políticas, todos los cultos, hasta todas las nacionalidades, ¿se podrían unir todos estos elementos heterogéneos, estos intereses enemigos, y organizar resistencia? De ningún modo. Y cayendo París en poder del invasor, ¿de quién recibiría la Francia movimiento y vida? ¿Qué ciudad hay que tenga con relación a París la importancia que Cádiz, Barcelona, Sevilla, Zaragoza con relación a Madrid?...*

*...Es necesario en todos los frentes del teatro de la guerra presentar al enemigo varios puntos de igual interés para que dude en la elección del objetivo, y el arte consiste en dar a los que se ocupan una importancia relativa, superior a la absoluta que en sí tengan...*

El otro pasaje a que hemos hecho alusión es éste, también con una importante salvedad, que subrayamos:

*El sistema federal, ya sea la forma política de un país, ya un accidente producido por un rompimiento súbito del Estado, es el más a propósito para la resistencia, siempre que cada una de las fracciones se halle impulsada por los mismos intereses que las otras. La ocupación de España en paz por los franceses como aliados, fue funesta a éstos el día que se rompió la lucha, porque sin gobierno y sin vida política, la nación, hecha pedazos, se aprestó a la defensa, no obedeciendo al impulso de una fuerza central que, anulada, hubiera comprometido el éxito, sino al impulso de cien fuerzas de distinto centro, que era preciso dominar una a una y todas juntas. Si desde el otro lado del Pirineo, con un grueso ejército, y con todas las leyes de la guerra y los respetos internacionales, Napoleón hubiera roto con España, acaso no habría logrado tampoco la victoria, pero llevaba más probabilidades en favor suyo; mas entrando a traición y por medios infames, y sustituyendo a un gobierno más o menos digno, pero al fin gobierno, la bárbara dictadura de campamento de hombres como Joaquín Murat, excitando con la insolencia del soldado el odio del pueblo, y asesinando al Estado por la espalda, nada consiguió sino despertar catorce millones de odios, que no es-*



*peraban sino el momento de aunarse, y en auxilio de la nación muerta vino la provincia llena de vigor propio, el federalismo, que es la vida robusta de cada una de las partes cuando el todo ha perecido...*

*...Napoleón no había querido batirse con España de bueno a bueno, y se veía precisado a batirse con cuarenta Españas a todo trance, a espada y a puñal. Los franceses acudían a la vez a cien puntos; aquí saqueaban, allá fusilaban; pero como no es el carácter español el más a propósito para doblegarse al imperio del terror, no conseguían sino triunfos aislados, y cuando por fortuna eran vencidos, sufrían una derrota humillante y terrible.*

### **La justicia militar, etiqueta militar.**

#### **Las cuestiones de forma, tan interesantes como la cuestión de esencia**

Nuestro tratadista, que conoce a los grandes filósofos del Derecho y que a menudo corrobora con el testimonio de éstos muchas de sus afirmaciones, especialmente al tratar del derecho de la guerra y de los principios a que ésta debe ajustarse, no hace tal cuando dedica un enjundioso capítulo de las *Nociones a la Justicia militar*. Lo que se nos ofrece entonces es —otra vez— la reflexión del psicólogo.

*Es imprescindible dar a la justicia militar un carácter muy distinto que el de la justicia civil, y ha de administrarse por jueces nacidos de su seno, influidos por la misma vida, sujetos a la misma ley, bajo la presión de las mismas costumbres del hombre que van a juzgar y del ejército en general; lo contrario sería anómalo, sería llamar a un extranjero a ser juez bajo leyes que no son de su país.*

*Nunca son tan respetables los tribunales como cuando se hallan dentro de su esfera de acción de un modo incuestionable; así nos parece tan peligroso un tribunal civil juzgando a un soldado, como un consejo de guerra ante cuya barra se presenta un paisano, porque el delito del soldado, cualquiera que sea, ha de influir más en la vida de la sociedad militar y en la moral del ejército, que el delito del paisano, por mucho que haya penetrado dentro de la constitución militar.*

Las reglas establecidas por las leyes y por los reglamentos constituyen, según Villamartín, algo así como una «etiqueta militar», y «deben conservarse siempre puras, porque las cuestiones de forma son en todo de tanto interés como la cuestión de esencia».

Tener que recurrir a alardes de carácter y de autoridad es muy expuesto —afirma—; el jefe que se ve precisado a hacerlo es porque ante-



riormente ha incurrido en familiaridades, y «nada más desorganizador que este vaivén violento entre la debilidad y el abuso de mando».

Cuanto en el capítulo sobre la Justicia militar se dice está compendiado en este a modo de aforismo:

*La justicia militar debe ser pronta y severa.*

En cuanto a la severidad, el argumento de Villamartín es claro: «No se debe dispensar nada de lo pequeño, para no verse precisado a castigar lo grave: he aquí en qué estriba la buena educación de las clases».

Al llegar a este punto, nuestro tratadista expresa un pleno asenso a «esa diferencia marcada que existe de empleo a empleo» en el ejército francés, «diferencia que nosotros no tenemos, en razón al carácter nacional, altivo sin vanidad, y en razón a la existencia de los grados», a la «muy poco marcada» línea divisoria entre las clases inmediatas. Villamartín aconseja:

*Vigílese, repréndase, castíguese en secreto toda falta de tacto en el mando, toda familiaridad, todo lo que sea mendigar humildemente un poco de aura popular de las clases inferiores; exíjase que cada uno ocupe el puesto de su jerarquía militar sin rebajarle jamás, pero sin permitirle que se eleve; no se confunda nunca la falta de intención con la falta de torpeza; que se respete siempre la personalidad; que se tengan presente las formas de buena sociedad, justicia y prontitud en los castigos, sin ser jamás humillantes ni violentas las reprensiones, y la organización moral de los ejércitos será una roca irresistible.*

Y por lo que respecta a la prontitud con que debe ejecutarse la justicia militar, las razones son estas: Todas las circunstancias del delito han de tenerse en cuenta; y aún más, hay que «estar bajo su impresión lo mismo el día que se impone el castigo que el día que se cometió la culpa, por cuya razón hay que apresurarse a imponerle pronto».

*De otro modo, ¿qué efecto saludable ha de esperarse si por dilatar la pena se llega a imponer cuando las condiciones morales de la tropa son distintas? Y por otra parte, los castigos tardíos llevan en sí algo de cruel, una frialdad que hiela el corazón del que los presencia y le hace odiosa la justicia.*

Por todo lo cual, tenida en cuenta la diferencia existente entre la sociedad militar y la sociedad civil, la Justicia militar ha de tener una organización distinta y propia y, sin ser precipitada, ha de evitar los trámites



nimios y los procesos prolijos, «efecto del deseo de imitar formas de enjuiciamiento que no pueden ser aplicables a las leyes militares».

Si nuestro autor es breve al tratar de esta materia, declara que lo hace «porque su inmensa gravedad exige tratarse en otras obras y por otros autores más competentes». Sin embargo, las cortas páginas que al asunto dedica están llenas de sabiduría y los principios que en ellas se establecen, así como algunas iniciativas que allí se sugieren —la de establecer correccionales, por ejemplo— ofrecen materia de meditación.

### Del carácter español

Habla Villamartín en múltiples ocasiones del carácter español en general, aunque se fija más en concreto en las cualidades —y en los defectos— que son notables en nuestros soldados.

*Condiciones opuestas ha dado la Naturaleza y la historia a nuestro territorio y a nuestra raza, que compensándose unas veces y en unas comarcas, en otras predominando alguna de ellas, han creado una gran variedad de cualidades físicas y morales entre los hijos de España, según su provincia respectiva; y combinadas en una sola acción estas diferencias por la unidad histórica, cimentada por la unidad de intereses en la lucha contra los árabes, han dado resultados extraños y distintos, imprevistos casi siempre, dotándonos de vicios y virtudes que nos distinguen de todos los demás países, y que hacen de nuestra historia la más inexplicable de todas. Por esta razón, ni el político más profundo, ni el más fiel historiador, han sabido juzgarnos, ni medir nuestra fuerza intelectual y material, ni adivinar jamás en un momento dado cuál será la suerte de España en el momento siguiente.*

La indolencia es el «defecto capital» del soldado español. Haber conocido y tenido en cuenta este defecto es una verdadera genialidad que Villamartín admira en Gonzalo de Córdoba. Y también escribe, como resumen de una extensa disertación:

*El enemigo mayor que debemos combatir, el enemigo que tantas sorpresas nos ha causado y que nos ha hecho caer en tantas emboscadas, es la indolencia. Para combatirla necesitamos en la paz trabajo variado; en la guerra, la doble táctica, las emociones opuestas y frecuentes, los extremos.*

Indolente y extremista, el español es también altivo. La altivez no «puede sufrir nunca» esos males que son los privilegios; los privilegios matan al ejército.



La altivez, «bien dirigida, es un estímulo entre los individuos, entre las armas, entre las provincias del reino, y violentada, es la anarquía entre las clases, la colisión entre los cuerpos».

Primer fruto de la altivez es «el no fanatizarse fácilmente por los hombres», pero aceptar tan religiosamente el deber, que aunque quien manda no inspire entusiasmo, no por eso sea menos obedecido. Pero la altivez también produce desconfianza, y esta desconfianza puede degenerar en sospecha de traición y engaños. De ahí que quien manda no deba aspirar a una vana popularidad, «que en España, más que en ninguna parte, es casi siempre precursora del menosprecio».

El entusiasmo, la imaginación y el ingenio son otras cualidades notables del soldado español. Cuanto impresiona vivamente la imaginación de los hombres del Mediodía suscita en ellos el entusiasmo, hasta impulsarlos a realizar hechos de carácter homérico, cual fue el original asalto a Tarento, planeado por el Gran Capitán.

La astucia, compañera del ingenio, ha sido en toda la historia un admirable recurso del español. Recordando las tretas de «los ingeniosos partidarios españoles», Villamartín ha de reconocer que

*en guerra vale más el ingenio que la fortuna, la inteligencia que las armas; con fe y talento el hombre no está nunca desarmado, todo le ayuda a su empresa.*

Otra de las constantes psicológicas del español es «el sello de la independencia más absoluta»:

*En revolución cuando Europa está tranquila; tranquilos cuando Europa se conmueve; progresando a la cabeza, si las demás naciones se detienen; siguiendo rezagados cuando ellas adelantan; viviendo de una vida propia y no de la vida de los demás pueblos; desconcertando siempre los cálculos más prudentes y fundados de hombres y gobiernos, caemos de repente sin explicarnos casi nuestra caída, y luego, humillados, pobres, en la mayor postración, una sacudida violenta nos hace levantar la cabeza ensangrentada, y hundimos un imperio más poderoso él solo que el resto del mundo, asombrándonos de conservar tanta fuerza en la agonía.*

El psicólogo encuentra una explicación, que queremos transcribir porque constituye un canto a la varia geografía de España:

*Así tiene que ser: un país con el mar por frontera, bajo un paralelo templado, cortado por altísimas cordilleras que elevan en sus brazos como sobre el pavés llanuras inmensas y fértiles, más altas*



*sobre el nivel del mar que las empinadas cumbres de otras cordilleras; por otra parte, llanuras bajas y secas; esas diferencias de nivel produciendo todos los climas en un solo clima, todos los cultivos, los frutos del Ecuador y los del Polo; haciendo que vivan los animales de Africa y, una legua más acá, los del Norte; un territorio en unas partes seco y en otras húmedo, aquí montañoso, llano allí, feraz y árido, frío, templado y cálido, y todo esto con exceso, preciso era que la raza que le ocupara tuviese las mismas diferencias de ser, y así como hay plantas de todos los países, hubiera en la misma nación provincias con caracteres tan extremos como los de las naciones opuestas.*

La circunstancia geográfica explica también «otra condición rara de nuestro carácter nacional; provincialistas en la paz, españoles en la guerra».

*Tenemos un amor patrio tibio al parecer, si no se excita por los sucesos; violento, como todas las reacciones, cuando los sucesos le despiertan. Por eso, al oír la facilidad con que decimos «¡cosas de España!» en épocas normales, nadie creería la fuerza, la fe con que gritamos «¡viva España!» en épocas de peligro.*

Y todavía explica más nuestra geografía:

*Hijo de esa misma variedad de su múltiple naturaleza, el español, poco entusiasta por los hombres y por las ideas, ni concede a los primeros fácilmente la popularidad, ni da a las segundas un prematuro y repentino desarrollo; he aquí por qué todas nuestras revoluciones se han hecho por pequeñas sacudidas, en las que han tomado parte sucesivamente distintos hombres, hasta distinta generación, y las teorías han sido realizadas sin exagerarlas, a veces hasta sin completarias. Mas esa misma frialdad de carácter hace que si un hombre o una idea llega a producir entusiasmo, ese entusiasmo sea potente, continuo, duradero y tenaz.*

Al decir *tenaz*, Villamartín ha nombrado una de las cualidades que más alaba en el español. La obstinada tenacidad española, que en múltiples ocasiones él contrasta con la falta de tenacidad del francés, ha decidido muchas veces nuestro éxito. Tenaz y resignado, el español sabe aguardar pacientemente los momentos en que, aun con fuerzas menguadas, logrará superar las situaciones. «Son los españoles los soldados que más resisten». Esto hace que en nuestra historia militar lo primero que destaca es «una tendencia a las largas y difíciles expediciones, que nos ha dado una reputación de aventureros». Las tropas españolas que acom-



pañaron a Aníbal desde los Alpes hasta Zama; los españoles que, con su idioma y con sus costumbres, caracterizaron la guerra de los tránsfugas en Cartago; la homérica expedición de catalanes y aragoneses a Grecia; el descubrimiento y conquista de América; las imprudentes campañas de Italia, y tantos otros ejemplos han merecido a los españoles tal reputación.

Y cerramos nuestro capítulo con una última observación de Villamartín:

*¿En qué consiste que los españoles, este pueblo caracterizado de taciturno, de grave y de indolente, tiene tropas conocidas en todo el mundo por las más alegres, más decidoras, de espíritu más ingenioso y festivo, y las más sufridas, las que soportan por más tiempo más dura fatiga? Nosotros mismos lo contestamos: Son alegres porque son sufridas; son sufridas porque su organización se reacciona por ese contraste de cualidades que hemos descubierto en ellas.*

#### **La Ciencia. «Por los difíciles senderos de ese bosque»**

Villamartín es un teórico. Su obra fundamental es pura teoría. Sabe él que las teorías son casi siempre abstractas y, muchas veces, confusas. Reconoce también que, en la ciencia de la guerra, no conviene pasarse de cierto límite ni enfrascarse en discusiones escolásticas o brillantes elucubraciones. Pero está seguro, por encima de todo, de que la teoría es la base más práctica de la práctica, pues «el talento y el estudio vence al genio, que no es al fin otra cosa que el talento sublimado por la soberbia». En otro lugar de sus *Nociones* llamará a la inteligencia «señora del valor». Sin duda, es esta persuasión la que hizo de Villamartín un verdadero intelectual y un militar valeroso.

De suyo, la ciencia es complicada:

*A la manera que el árbol de la fábula india, al tocar al suelo con sus ramas, hacía brotar nuevos árboles, y éstos otros y otros, hasta el bosque infinito, así la ciencia, una en su esencia, infinita en sus manifestaciones, se presenta a los ojos del hombre adornada con mil trajes que hacen aparecer ciencias distintas, sin que se pueda señalar cuál de ellas es el verdadero tronco de ese enmarañado bosque del saber humano.*

*Entonces la humanidad, frente a frente del problema de su vida, penetra por los difíciles senderos de ese bosque, sin más guía que su razón y su sentimiento en lucha, ya predominando la una, ya los otros, como atributos del espíritu humano y de la materia.*



A esta esencial complicación de la ciencia se ha de añadir la complicación que su propio desarrollo origina. Concretamente, «se ha elevado hoy la ciencia bélica a una altura a que no pudo llegar entre los antiguos, y se ha relacionado de un modo tan directo con todos los demás conocimientos humanos, que no es posible ya estudiarla sino eslabonando su estudio con el de las ciencias políticas, las artes y las ciencias de la cantidad». «Sabia complicación» llama Villamartín a ese moderno desarrollo originado por el progreso múltiple de todos los conocimientos enlazados entre sí.

El corolario es evidente: necesidad de la especialización. Es menester que los militares tengan una esmerada instrucción en lo profesional, desde la táctica a las minuciosidades de la organización y economía del ejército; pero también se necesitan «hombres de ciencias y conocimientos extraños a la milicia, versados en idiomas, familiarizados con la geografía y la estadística y, sobre todo, matemáticos profundos».

Una instrucción tan vasta, «por lo muy enciclopédica, tiene que ser precisamente poco profunda, y hoy, que por la extensión de los conocimientos humanos aparecen y son precisos en todo talentos especialistas», se debe procurar la especialización. «Cada individuo no lo ha de saber todo, sino una sola cosa, pero hasta el fondo». De no ser así, «el Estado Mayor no será más que una brillante corte del ejército y una oficina de tramitación de expedientes».

Villamartín deseaba que cada Arma tuviese sus escuelas verdaderamente especiales; aunque también expresaba su deseo —que se ha cumplido— de que, para evitar «pequeñas rivalidades de cuerpo», se estableciese en España una escuela central preparatoria, por la que fueran pasando cuantos habían de ingresar luego en las escuelas especializadas.

Para bien conocer al Villamartín teórico, hay que leer con curiosidad sus estudios sobre Táctica y Estrategia, empezando por observar las sutilidades con que distingue la una de la otra, cuestión «de absoluto interés para la inteligencia del arte de la guerra».

*En el arte bélico, como en todos, el artista ha de tener sentimiento y ejecución, y el sentimiento es aquí la estrategia; la ejecución, la táctica.*

Por supuesto, nos ofrece definiciones más estrictas; pero no es nuestro objeto examinarlas. Diremos, sí, que aun a los profanos en esta ciencia estupenda nos cautiva observar el rigor con que las definiciones de Villamartín responden a las exigencias de los maestros de la lógica. Como nos cautiva, por poco que la materia nos interese, el seguir con él la



evolución histórica de ambas disciplinas y ver, por ejemplo, cómo «la estrategia brotó del caos de la Edad Media».

Hay momentos en que este teórico, que en sus fórmulas es sobrio y escueto, deja que el entusiasmo le arrebate. Son momentos en que escribe páginas veraderamente literarias. Entonces le vemos absorto ante el maravilloso mecanismo con que los cánones de la teoría se realizan en la práctica; y nos hablará de «una de las batallas más clásicas que el mundo ha visto» —la de Wagram—, incluso llamándola «acaso la más artística de todas» las batallas.

### La cuna de la civilización, cuna del arte de la guerra

El científico se remonta en filósofo; Villamartín propende a inquirir las últimas causas de los asuntos que estudia. De estos aleteos filosóficos ya dimos muestra en el capítulo dedicado a su concepción de la guerra como fenómeno natural. Vamos a detenernos todavía a considerar algunas de sus ideas al respecto.

*(La guerra es) un hecho universal y constante, tan hijo del sentimiento como de la razón.*

Este hecho descuella sobre todos en la historia del mundo; en él se concentra toda la historia, toda la vida social; es un hecho resultante de todas las fuerzas de los individuos y de los Estados;

*por lo tanto, debe tomar la fisonomía del progreso según los tiempos; es el desequilibrio de las relaciones del hombre que buscan su nivel, y el progreso no es otra cosa que el equilibrio hallado. Por eso la historia de las guerras es la historia de los pasos adelante que el mundo ha dado.*

En efecto, Villamartín advierte que «siempre que un gran problema debe resolver la humanidad, la nación que le plantea se enlaza con las otras por una serie de guerras que no termina hasta la solución del problema». La guerra es, pues, —teleológicamente, al menos— civilizadora. No es de extrañar, por tanto, que allí donde se halle la cuna de la civilización se halle la cuna del arte de la guerra. He aquí un canto de Villamartín a Grecia, cuna de la una y del otro:

*Hay en todos los siglos un pueblo que lleva la bandera de la civilización; un pueblo que por sus condiciones morales, es el que puede representar el progreso, según el génesis de ese progreso, según las aspiraciones de la humanidad en aquel siglo...*



*...He aquí la Grecia artista, la Grecia de los poetas y los oráculos; la Grecia que admira e imita la Naturaleza, y sondea los abismos del alma humana hasta perderse en el laberinto de sus mil escuelas filosóficas. Aquí está la cuna de nuestra civilización, y aquí se inicia el arte militar.*

Por lo demás, esa necesidad natural y biológica de la humanidad que se llama guerra se ha ido humanizando en el transcurso de los siglos; sobre todo, por la influencia del Cristianismo. «La guerra moderna se halla sujeta a leyes de naturaleza distinta que la antigua, y está «presidida por una moral más perfecta».

*Hoy las batallas son el fallo de un proceso instruido a un Estado por otro.*

En los tiempos antiguos, las guerras eran «un desahogo del odio siempre vivo de pueblo a pueblo, de gobierno a gobierno»; ahora cumplen la dicha función de justicia, «y se llora la sangre vertida del enemigo».

La guerra, por lo tanto, va evolucionando y cambia no sólo de forma, sino también de esencia. Por lo que atañe a la forma, Villamartín subraya que la máquina, al atrofiar el esfuerzo personal del soldado, marca la decadencia de los ejércitos y es síntoma de la muerte del poder militar de un país.

Pero, por otra parte, la guerra se ha universalizado. Esta universalización es síntoma de progreso, pues que la hace servir a intereses de la sociedad, y no a intereses de persona.

También es síntoma de progreso la complicación y las dificultades que en sí tiene la guerra moderna: porque su progreso está en conexión con el multiforme progreso de todos los demás conocimientos humanos.

Tres formas distintas ha tenido el arte militar en tres periodos bien diferenciados de la historia: En un primer periodo, los feudos estaban en toda su fuerza; las guerras se hacían de señor a señor; «no hay más que la pequeña guerra, el combate singular, el duelo; el valor del individuo lo es todo». En un segundo periodo, cuando el rey y los señores se ven amenazados por un enemigo común, cuando hay que partir a las Cruzadas o resistir a los infieles que invaden a Europa, «se verifica un agrupamiento informe y tumultuoso alrededor del rey», y aunque se siente la necesidad de un orden y una unidad, los intereses de cada señor, que trata de mantener su independencia, la obstaculizan. Por fin, en un tercer periodo, «cuando se vigoriza el poder real, pierden privilegios los señores, gana el pueblo franquicias y libertades, cobran fuerza los municipios, la



ciudad crece y la provincia se deslinda», aparecen las tropas reales y las milicias comunales, «alborada de los ejércitos permanentes», y así «termina la noche de los siglos feudales».

Los dos primeros periodos —dice Villamartín— no nos importan a nosotros, «soldados de la civilización, individualidades absorbidas por la masa táctica». El rudo batallar del caballero antiguo era desafío, no guerra, «y muchos desafíos simultáneos no son una batalla». Bien es verdad que el cuadro desconsolador de la Edad Media no es del todo exacto refiriéndose a España; aquí el arte militar sigue en los siglos medios un progreso «acaso lento y difícil, pero incesante; nunca entre nosotros acaba por desaparecer como ciencia la guerra, porque nunca nuestra sociedad llega a descomponerse y desquiciarse del todo, como en las otras naciones». «En España es donde únicamente puede hallarse algo de arte militar en la Edad Media».

De siglo en siglo, la guerra se hace, pues, más científica. Por eso nuestro tratadista puede escribir: «... nuestro siglo, que es el que más enseña».

### El crepúsculo matutino de nuestra civilización

Fue el Gran Capitán quien inició el arte moderno de la guerra. La época del Gran Capitán es, para Villamartín, «el crepúsculo matutino de nuestra civilización». Merece leerse literalmente la descripción que nuestro autor hace de ese crepúsculo, en cuyos caracteres descubrimos, ciertamente, el sello del progreso:

*Cesa el imperio de la fuerza, derribado por el de la sabiduría, y este sello reciben todos los grandes sucesos y descubrimientos de aquel tiempo. Era un despertar de la inteligencia, dormida desde la muerte de Roma, y la humanidad buscaba ya el secreto de su vida y su poder en otra cosa más elevada que la fuerza material: en la ciencia.*

*El arte bélico había de sufrir la misma revolución. Era preciso dominar la fuerza con el ingenio, el número con la astucia, sustituir la guerra de castillo a castillo con la de nación a nación; la guerra brutal, a muerte, sin política ni motivo, con la humana y civilizada, que empieza en el gabinete del hombre de Estado y termina, por la armonía de intereses nacionales, con el abrazo de pueblos que se hacen hermanos.*

Se comprenderá así esta otra afirmación que hace Villamartín: «La guerra moderna está más sujeta al talento que la antigua, casi siempre hija del azar».



En efecto, si los descubrimientos modernos no alteran los principios fundamentales del arte militar, al menos influyen poderosamente en el desarrollo y en la aplicación de esos principios. La abundancia de medios bélicos confunde y entorpece a las medianías, mientras que el talento hace de esos mismos medios combinaciones sabias. Los adelantos e invenciones de la época moderna, «que son en manos del genio un precioso instrumento de victoria, son para el ignorante un obstáculo más que vencer».

### «Nunca es caro un buen espionaje»

Veamos ahora, en un caso concreto, cómo se haya de «dominar la fuerza con el ingenio, el número con la astucia». En diversos pasajes de las *Nociones* habla Villamartín del espionaje. He aquí algo en lo que nuestro autor no ha perdido actualidad; he aquí una de las razones por las que nos parece que acertó Napoleón III al llamarlo «profeta de la guerra».

*El alma de la guerra es el secreto de las operaciones. Saber siempre lo que piensa el enemigo y ocultarle el propio pensamiento, llevar a cabo las empresas en el instante más inesperado para él, y tener espacio y tiempo para oponerse a las suyas robándole su espacio y su tiempo, es en resumen todo el arte militar.*

Es natural, por lo tanto, que las naciones estén interesadas en conocerse unas a otras: «Para imitarse en lo que sea digno, para ilustrarse, para seguir aquella política más justa y conforme con los intereses generales de la humanidad y particulares de cada pueblo, y para conocer dónde tiene cada una su flanco, débil o fuerte, así en la paz como en la guerra».

El progreso de la civilización, la facilidad de comunicaciones, el conocimiento cada día más extendido de los idiomas y el mismo espíritu de las sociedades modernas dejan al descubierto casi todos los «misterios» de la organización de cada Estado. Hay, sin embargo, cuestiones que cualquier gobierno está interesado en mantener secretas, y con mayor razón si hay peligro de guerra. Aquí tiene que empezar a jugar la astucia.

*A veces será preciso pagar a peso de oro la infidelidad de uno de los servidores del país que se trata de sorprender, y otras arriesgar la vida de inteligentes y dignos oficiales que con disfraces y mañas adquieran con arte noticias, que de otro modo no podrían adquirir...*



Todos los recursos técnicos —la topografía, la fotografía...— se han de utilizar para combinar con las armas la ciencia y la astucia. Villamartín opina que se ha de disponer de «un buen servicio de espías», insistiendo siempre en que «nunca es caro un buen espionaje».

Como ejemplo ilustre de habilidoso organizador del espionaje propone a su admirado Gonzalo de Córdoba. La regla militar que el Gran Capitán siguió siempre fue el no dar ni aceptar batalla si no tenía seguridad en la victoria o de que se evitaban mayores males, aunque se perdiese. Para tener estas seguridades, «el espionaje mejor organizado, aunque derramase oro para conseguirlo, lo consideraba barato», con tal de «tener siempre un exacto conocimiento del terreno, una opinión ventajosa del enemigo, sin menospreciarle nunca».

En ocasiones vemos a Villamartín zigzaguear a diestra y a siniestra sobre la línea delgada y sutil que constituye la frontera entre la prudencia y la astucia, entre la perspicacia psicológica y el maquiavelismo. Hay prudencia de psicólogo cuando, al tratar de las guerras de conquista, Villamartín aconseja al conquistador que se procure cuanto antes las simpatías del pueblo conquistado, que son el más fuerte apoyo moral. Administrar con justicia lo conquistado, ofrecer garantías de respeto a la propiedad y a las preocupaciones nacionales, afianzar el orden público y hacer a los pueblos el menor daño posible son aspectos de la «política halagadora» que en todo momento se debe seguir. Hasta aquí, el psicólogo previsor.

Pero hay otros momentos en que nuestro tratadista pasa de la previsión al ardid, como es el caso cuando escribe acerca de las *intervenciones* y acerca del espionaje.

En cuanto a las intervenciones, a las que deben muchos pueblos el secreto de su grandeza, consisten en «presentarse de repente ante un enemigo que, empeñado en otra lucha, ni está organizado para oponerse a nuestra marcha, ni ocupa las líneas estratégicas que debiera ocupar». Y el punto de vista de Villamartín es este:

*En las intervenciones es preciso no olvidar que, para el partido en contra del que se interviene, se presenta el que invade con toda la odiosidad de conquistador, y que para el partido que se favorece es, por lo menos, sospechoso, si no odiado. Partiendo de este dato, todos los actos políticos y militares son encaminados a destruir esta idea, apareciendo como verdadero amigo para los unos, demostrando pesar en hacer la guerra a los otros, y para todos haciendo alarde de un afecto grande a los usos, costumbres y preocupaciones nacionales.*



Nos hemos adentrado así, por la ancha puerta del maquiavelismo, en plena táctica no sólo de las guerras de intervención, sino también de la guerra fría; esto es, en la táctica de las guerras de nuestro tiempo, bien previstas por el «profeta de la guerra».

Ni menos tintados de maquiavelismo están los siguientes párrafos relativos a la organización del espionaje:

*A los espías es preciso convencerles de que se les fusila si hacen traición; conviene hacerles creer que se les aprecia y se confía en ellos; hay que tomarles su declaración con cautela, demostrando mucho interés en saber lo que menos importa, y al mismo tiempo, como al descuido, enterándose de lo que se desea...*

A este tenor sigue Villamartín dando normas y criterios sobre el valor que las declaraciones de los prisioneros, de los desertores o de los mercaderes puedan tener. Con todos ellos hay que emplear «unas veces el rigor y otras la dulzura»; pero todo ello ha de obedecer a las reglas que impone el buen sentido en cada circunstancia. Lo que hay que procurar a todo trance es elegir para las misiones de espionaje a personas de sagacidad y talento.

### **Consideraciones sobre la guerra civil.**

#### **Y que el germen de las guerras civiles está en las leyes**

Si de la guerra en general habla Villamartín con verdadera impavidez, al hablar de las guerras civiles nos aparece menos frío, menos filosófico y más humano. Acaso porque él conocía las guerras civiles no sólo por estudio, sino por experiencia.

*¿Es lo mismo luchar provincia contra provincia, ejército contra ejército, que sostener la guerra en cada una y en todas las ciudades, y en cada una y en todas las familias?*

*¿Es lo mismo tener al enemigo enfrente, que tenerle sentado a la misma mesa y partiendo el mismo pan?*

*Y no es ésa la única circunstancia que hace penosas las guerras civiles.*

*Una guerra nacional tiene que ser a muerte. Es muy triste sentar esto como principio teórico; pero si no se hace al conquistador todo el daño que quepa dentro de los límites de la justicia humana, el espíritu público decae, la lucha se hace más larga y arrastra mayores perjuicios al país...*



*Esto quita al enemigo toda esperanza de victoria; pierde su fuerza moral, es batido una vez, y en las guerras nacionales ser una vez batido es la muerte.*

Y otra grave circunstancia: «En todas estas luchas hay siempre el mismo vencido, la patria».

Por otra parte, como nuestro autor ha dicho al ocuparse de Epaminondas, «no son los héroes de las guerras civiles los llamados a gozar de la gloria imperecedera y a vivir en el recuerdo de remotos tiempos».

Todo concurre, pues, a hacer penosa la guerra civil. Estallan éstas como por fatalidad. Una torpeza política, una intriga de cancillería, la rebelión de un puñado de hombres, «el grito lanzado tal vez en una miserable aldea», bastan para desencadenar una guerra civil. En un principio, los acontecimientos apenas si llaman la atención; mas poco a poco van cobrando volumen, hasta llegar a conmover a los Estados.

Villamartín estudia la génesis de estas guerras.

*En toda guerra, mientras no estudiemos su razón de ser, su esencia, las causas morales de la fuerza del enemigo, la influencia de la opinión, el espíritu que anima al país y a la época, de nada nos sirve la clásica aplicación de las reglas, el arte de mover las columnas, la superioridad numérica en hombres y cañones.*

Y la razón de ser de toda guerra civil está expuesta por Villamartín en estos párrafos de ambición filosófica:

*Nada existe en el mundo absolutamente bueno o absolutamente malo; la verdad y el error se hallan en revuelta mezcla en todos los principios; el bien y el mal, en todos los hechos. El progreso de los tiempos se desarrolla como una serie algebraica convergente; nunca se puede llegar al límite, pero sí aproximarse a él cuanto se quiera; así, de término en término, el principio malo pierde algo de su fuerza, sin desaparecer del todo, porque la perfección absoluta es imposible.*

*En nada descuella tanto esta verdad como en los sistemas políticos de los pueblos, por lo mucho que esto afecta a la vida de relación, que es el único modo de ser del hombre.*

*Cualquiera que sea el origen, historia y naturaleza de un país, siempre hay en su forma política algo de contradictorio al resto del sistema, algo que obedece al principio malo, si predomina el bueno. Unas veces es importado de otras naciones; otras, residuos de mé-*



*todos de gobierno ya caducos; otras, efecto de la violencia con que fue constituido el vigente; algunas, está en el antagonismo de las razas que contribuyeron a la población; muchas, en la desarmonía entre leyes y costumbres; de cualquier modo, la cohesión entre todas las partes del sistema no puede ser íntima y constante mientras exista la causa que determina esta desarmonía.*

*Sostenido por lazos débiles este consorcio entre dos principios opuestos, apuntalado artificiosamente todo el edificio social por apoyos que se quitan de un lado para fijarlos en otro, pasan tal vez muchos años; pero llega un momento en que la marcha natural de los sucesos, la mayor extensión de las relaciones da más valor a las consecuencias desprendidas de los dos principios, y la vida social se ve rudamente combatida por ellos, impulsada alternativamente hacia dos caminos por fuerzas que proceden de distinto origen. Entonces los intereses creados por las causas opuestas se ven robustecidos por el desarrollo natural de ellas en el curso de los tiempos, y con fuerzas para la lucha...*

Tal es el momento en que la guerra civil estalla. Los términos en que Villamartín nos ha descrito el proceso de génesis de una guerra civil nos permiten atisbar cómo, en su mente, las guerras civiles se producen también como fenómeno natural, como una fatalidad histórica más o menos periódica. En cuanto a la génesis de estas guerras, tiene agudeza la siguiente observación:

*Si nos fijamos con reflexión en el estudio de las leyes de un pueblo, se puede señalar qué artículo encierra en sí el germen de una guerra civil; será aquél que se destaque del conjunto como rechazado por los otros, y que sólo por medios ingeniosos y violentos, aplicados un día y otro sin cesar, sostiene su fuerza.*

*Unas veces este artículo representa la aspiración del progreso en un grado distinto que los demás, otras, se opone a él en lucha con las otras leyes; si la fuerza del Estado consiste en la riqueza, él será contrario a ella; si consiste en la organización guerrera, en él se ve debilitada; si la forma política es represiva, él entrañará tolerancia; si el sistema de gobierno está basado en la tolerancia, en él se establecerá algún privilegio en lucha con el derecho. De todos modos, la institución, base de la sociedad, aquélla a que las otras se refieran, lleva en sí el germen de la muerte inoculado por esa ley, por esa costumbre, por esa otra institución en contacto con ella.*

Poco le falta a Villamartín para, remontándose de la reflexión filosó-



fica, adentrarse en los ámbitos teológicos. En efecto, tras las consideraciones que acabamos de transcribir, nuestro autor continúa:

*Todo esto procede de una causa fundamental. Obedeciendo el hombre por un lado a lo que en sí tiene de divino, y por otro a lo que hay en él de efímero y perecedero, se obstina en dar a todas sus creaciones un carácter de eterno e inmutable, que se halla en oposición con su naturaleza, esencialmente móvil, y con su corta vida.*

Así como el hombre —sigue explicando Villamartín—, para eternizar sus obras de arte se vale de medios materiales, permaneciendo luego el granito de las tumbas mientras que las cenizas y la memoria de una familia desaparecen, así también para eternizar sus instituciones se vale de leyes, de pactos, de juramentos: «formas que se oponen a la naturaleza fugitiva y pasajera que precisamente ha de tener toda creación humana»; y luego,

*ante la evolución de los tiempos, estas instituciones, combatidas en su esencia y respetadas en su forma, pierden su naturaleza primitiva, y se rompe la armonía del conjunto.*

Ahora bien, «de esta lucha brota el progreso que, sin obstáculo para su desarrollo, dejaría de ser progreso».

### **Fatalista, pero no pesimista**

Esta apostilla es necesaria. No se debe pensar que Villamartín sea pesimista, por muy convencido que se nos muestre de la fatalidad de la guerra, de su inevitabilidad, de su necesidad *natural*. El sabe que, si no toda guerra, muchas guerras sí se pueden evitar; aunque sabe también que, a medida que los siglos avanzan, cualquier acontecimiento bélico será más complicado y alcanzará mayor extensión. La guerra del porvenir —dice— no será ya de frontera a frontera o de Estado a Estado, sino *continental*. Prevé también que esa futura guerra tendrá «el mar por base», pues los nuevos descubrimientos, como el de la navegación submarina, vendrán a auxiliar la ofensiva contra las costas.

*La guerra del porvenir presentará lo que todavía no se ha visto, grandes desembarcos; y la lucha entre los dos continentes, necesaria para cumplir los destinos de las nacionalidades modernas, y para poner en armonía los intereses de los dos mundos, será entonces fácil y pronta. Y esto tiene que suceder, porque es providencial, sin duda, el hecho de que la ofensiva crezca en la guerra naval hoy que decrece en la de tierra.*



Desde la época en que Villamartín escribía hasta nuestros días, la historia del mundo se ha desarrollado en una línea y ha quedado tan suficientemente ilustrada con sucesivas guerras, que estamos en condiciones de reconocer cuán lúcidas eran todas esas previsiones de Villamartín.

El, sin embargo, no incurrió en pesimismo al otear esas lontananzas sombrías. En primer lugar, porque tenía la sabiduría de no rebelarse contra leyes que, naturales y providenciales, son inexorables. En segundo lugar, porque en la guerra veía un estadio de la evolución y un medio de progreso. Y además, porque era un militar enamorado de su vocación y, en este sentido, amaba el arte de la guerra.

Cuando en otros espíritus dominados por las mismas reflexiones filosóficas que Villamartín hallaríamos pesimismo, en él advertimos entusiasmo. Las *Nociones del Arte Militar* están escritas con entusiasmo; con entusiasmo se nos habla en ellas de la necesidad de los ejércitos permanentes, de una sabia preparación para la guerra, de unos cuadros de mando bien dispuestos para guerrear, de unos soldados y de unas virtudes cuya finalidad inmediata es la guerra y la victoria.

En algunos momentos ese entusiasmo, desbordando optimismo, delata a un Villamartín que sobrepasa el idealismo y se hace soñador. En cierta página de las *Nociones*, por ejemplo, leemos: «Gibraltar, cuando sea nuestro...».

### La fuerza de la palabra

En las *Nociones del Arte Militar* hallamos un capítulo acerca de la elocuencia. La palabra es, para Villamartín, «el principal elemento de dominio del hombre sobre el hombre». Toda su breve teoría de la elocuencia militar estriba en este razonamiento: La inteligencia es el primer atributo, la primera fuerza del espíritu humano; pero la manifestación material de ese atributo es la palabra, único medio de poner en contacto las inteligencias. Único intermediario entre el espíritu de un hombre y el espíritu de otro, la palabra es «el único agente que puede agitar, conmover y dirigir las pasiones, los sentimientos, el pensamiento de unos hombres según la voluntad de otro».

*Y si esto es así en tesis general, si por eso la elocuencia es la primera palanca que mueve el sacerdote para inflamar en santo fervor las almas, el tribuno para imponer sus teorías políticas, el juez para hacer brillar la justicia, ¿cómo no acudiremos a la elocuencia también para fanatizar esas masas y vigorizarlas de modo que afron-*



*ten el peligro, que corran a la muerte, que soporten amargas privaciones y duras fatigas?*

*La simple enunciación de esta idea nos hace comprender qué dificultades no tiene que dominar el orador de guerra para conseguir que el hombre posponga todas sus afecciones, todos sus intereses, hasta la vida, al amor de la gloria.*

En contraposición con esas dificultades que acechan al orador militar, señala Villamartín la grandeza de los asuntos, arrebatadoramente bellos: el anuncio de una gran batalla, la confianza en la victoria, el recuerdo de las pasadas glorias, el amor a la patria y los faustos agüeros que presagian el triunfo.

Es imposible —dice— establecer reglas fijas para la oratoria militar.

*¡Qué formas tan caprichosas, qué reglas tan especiales, qué giros tan extraños ha de tener el discurso pronunciado sobre un montón de ruinas por tribuna, con un suelo alfombrado de cadáveres, ante un auditorio armado, agitado por las pasiones más opuestas, y que reúne en sí todas las jerarquías sociales, todos los grados de inteligencia!*

Sin embargo, puede establecerse una regla general, aplicable a todos los momentos. Esa regla se resume en tres palabras: laconismo, sencillez y vehemencia.

*La oratoria militar debe ser clara, lacónica, vehemente desde la primera palabra; se debe usar el idioma de las pasiones y no el de la fría razón; se debe conmover y no aspirar a convencer; hablar con cierto fatalismo, porque la multitud es siempre fatalista; ser más poeta que filósofo, sin lógica a veces y sin verdad, pero con metáforas brillantes que hieran con fuerza la imaginación, que despierten el orgullo, el amor patrio, la sed de gloria; y todo esto en un estilo que nada tenga que tachar de los hombres de vasta instrucción que forman en los primeros puestos, siendo a la vez claro, sencillo y comprensible para el rústico pastor que dejó el día antes el cayado por el fusil.*

En cuanto a la figura misma del orador, Villamartín también puntualiza:

*Si para toda oratoria se necesita actitud física, para ésta mucho más. Una ridícula figura, una voz pobre y desagradable, necesita la lira de Tirteo para fanatizar a una multitud que debe ser conducida a la muerte.*



En los ejércitos antiguos —recuerda nuestro autor—, todo era verbal, hasta la orden; en los ejércitos modernos se toca el extremo opuesto, «y se escribe tal vez más de lo que conviene». Mas, pues que así están las cosas, aplíquense las reglas dichas a los boletines, los partes y las órdenes del día que hay que escribir. «Los boletines deben ser veraces en el fondo de los hechos, pero la forma debe modificarse siempre que lo contrario produjera desconfianza en el país o temores en el ejército». Los partes han de ser «claros y veraces», y las órdenes del día, «concisas, terminantes y elocuentes».

A pesar de todo lo cual, la oratoria, el arte de la viva voz, ha de seguir cultivándose en la milicia: cuando los partes o las órdenes del día sean de especial interés, «serán leídas por los capitanes, que antes las habrán oído de los jefes, para trasladar, en lo posible, hasta la intención y la fuerza de las frases de efecto».

### **Breve consideración sobre el estilo de Villamarín**

Los principios que Villamartín establece para la elocuencia reflejan perfectamente su —digámoslo así— preceptiva literaria. Laconismo, sencillez y vehemencia son notas dominantes en su estilo.

Presume Villamartín que la crítica podrá considerar como un defecto de sus *Nociones del Arte Militar* «el deseo de sujetar el arte de la guerra a muy pocas y determinadas fórmulas». El quiere dejar amplia libertad para la aplicación de los principios; mas precisamente por eso quiere que los principios queden perfectamente grabados, fácilmente retenidos. Alia-do con una claridad que mana evidencia, su laconismo modela fórmulas de tipo axiomático:

*En guerra, lo más inesperado es casi siempre lo mejor.*

*Nunca sobran los reconocimientos, ni antes, ni en el acto, ni después de la batalla.*

*El uso prematuro de la caballería es más funesto que el uso tardío.*

*El último que emplea las reservas es casi siempre el que vence.  
Tan malo es el mucho fondo como el mucho frente.*

A veces, empero, la vehemencia rompe los moldes de la sobriedad y dicta a nuestro autor párrafos henchidos y brillantes, en que aletean estupendas imágenes y bellas metáforas. En las profusas citas que venimos haciendo, se han hallado y aún se hallarán esas frases vehementes



que están dictadas por el entusiasmo de las convicciones, y esas metáforas acertadísimas en que una analogía inunda de luz el pensamiento.

Hemos de advertir, sin embargo, que Villamartín no es el literato puro para quien el esplendor de la expresión constituya un fin en sí mismo. Los recursos literarios son para él un medio del que se vale para dar acabamiento a su exposición científica. En este sentido, la brillantez literaria está subordinada y sirve a esa claridad y sencillez que es el ideal de nuestro escritor.

Tan espontáneas y tan por verdadera inspiración le nacen las metáforas, que jamás le sorprendemos en trance de provocarlas. Villamartín no busca el artificio literario; pero su caudal ideológico es tan denso y está tan bien tramado, que para darle mejor perceptibilidad recurre a todas las bondades del lenguaje.

Mérito muy destacable del Villamartín escritor es la pureza de su castellano. En una época en que hasta los literatos, por snobismo, incurren en barbarismos —que serían, por cierto, severamente censurados por el eminente Don Juan Valera—, la prosa de Villamartín no delata las constantes lecturas en lenguas extranjeras con que, a falta de bibliografía española, él cultivaba los estudios de su profesión. Alguna que otra vez, el artículo antepuesto al nombre de una nación es el único indicio de sus muchas lecturas en francés; pero, por lo demás, su lenguaje es siempre limpio, y se le lee tanto más gustosamente cuanto que advertimos cuán poco se cuidaba de puntillos y primores literarios.

El estilo de Villamartín es muy directo. Dijérase que, más que leerle, le oímos hablar. Adivinamos en sus escritos hasta el tono de su voz y el énfasis con que comunica sus ideas. Adivinamos también cómo hubiera actuado Villamartín en una cátedra: pues acaso la cátedra era su verdadera vocación.

### «Napoleón III y la Academia de Ciencias»

Napoleón III instaba a la Academia de Ciencias de París para que estableciese una sala de ciencia militar; pero la Academia, por una mayoría de treinta y cuatro votos contra catorce, desaprobó la propuesta. Y la razón que se alegó fue esta: tal ciencia no existe.

Esto ocurría en 1864, apenas transcurrido un año de la publicación de las *Nociones del Arte Militar*. El autor de este tratado, en el que se demuestra y se evidencia que el estudio del arte de la guerra es rigurosamente científico, tenía que reaccionar. Y reaccionó con un libro breve, pero muy enjundioso, titulado *Napoleón III y la Academia de Ciencias*.



*Al decidirnos en este litigio por Napoleón III, debemos consignar que no nos extravía ni el sentimiento de la admiración, ni ningún otro afecto: el Emperador de los franceses no inspira para nosotros otra cosa que el respeto al soberano de un pueblo amigo, cuyos talentos y virtudes no se hallan fuera de discusión ni están exentos de crítica.*

Es presumible que, en efecto, la razón fundamental que tuvo Villamartín para alzarse en polémica fuese el desprecio mostrado por los académicos hacia la ciencia militar. Pero tal vez tendría también hacia Napoleón III algo más que el respeto debido al soberano de un pueblo amigo. Conociendo a Napoleón III, nos parece natural que Villamartín le profesara una espontánea simpatía. La figura del Emperador francés no estaba, en realidad, ni fuera de discusión ni exenta de crítica. Bástanos recordar la semblanza de él trazada por Don Emilio Castelar (17). Afirma éste que, en sus continuas correrías por París, había visto a Napoleón III muchas veces y muy de cerca. «Yo he buscado en aquellos ojos, en aquella fisonomía —dice—, en la sonrisa de sus labios descoloridos, en la vaguedad de su mirar muerto, en las arrugas de su frente marmórea, algo que me revelara una centella de ingenio o de espíritu francés, algo que me recordara la cantidad de sangre meridional, cuyo fuego debiera discurrir por sus venas». Sin embargo, Castelar lo encuentra frío, pálido, con «algo de glacial» en sus ojos, y su hablar le parece «el soplo de un invierno», una especie de «sonambulismo íntimo y continuo». «Hay en sus ojos —añade— la vaguedad de las olas oceánicas, esa vaguedad que es copia de la vaguedad no menor de sus pensamientos».

De haberse establecido una sala de ciencia militar en la Academia, Napoleón III hubiera sido, ciertamente, académico. Pero los académicos se mostraron reticentes y tuvieron escrúpulo de admitir entre ellos a quien era susceptible del duro juicio que acabamos de transcribir de Castelar. La gravedad de la situación ante quien, más que cortesía, merecía sumisión, les inspiró las razones alegadas, más aparentes y especiosas que sinceras.

Pero es grave que una Academia de Ciencias vilipendie a una ciencia por no mostrar desprecio a una persona. Villamartín, una vez más con claridad y vehemencia, resume en breves páginas una sólida argumentación de protesta.

*No faltará quien censure nuestra osada protesta contra ese no ha lugar con que los representantes de la sabiduría han contestado a la*

(17) CASTELAR: *Napoleón III* (La Habana, 1872).



*ciencia de la guerra; pero no importa; aunque tuviéramos la certeza de salir vencidos en el debate, nos lanzaríamos a él con gusto, porque este problema es de más importancia social que a primera vista parece, y en su resolución se interesa mucho el progreso de los pueblos y la robustez de los Estados.*

Por lo demás, ¿qué inconveniente podía ver Villamartín en que el Emperador francés fuese académico? Varios años antes, Mariano Cubí —entre científico y mágico— había examinado la testa del augusto personaje y lo había calificado de «genio portentoso de este siglo» (18). Pero no recurramos a magos. Se ha publicado recientemente una biografía (19) del enigmático Napoleón III. Corley, su autor, escribe: «Hoy en día se nos presenta al Emperador como un discreto discípulo del Conde de Saint-Simon —padre del socialismo francés—, con unas ideas socialistas fuertemente enraizadas... Utilizó sus extraordinarias dotes de persuasión para poner de moda en el continente un nuevo orden político y social; trabajó siempre por objetivos similares a los del actual Mercado Común; estableció una serie de convenios comerciales destinados a transformar Europa en una zona de libre cambio, y propulsó —aunque no llegó a realizarse— la Unión Monetaria Latina.

El Emperador dedicaba varias horas del día al estudio, y escribía obras históricas, de intención social y hasta nove'as, mostrándose, como dice Corley, «escritor demasiado honesto». En 1836 publicó un *Manual de Artillería*. ¿No había de admirar Villamartín a un monarca que estudia y escribe y que, para colmo, tiene preocupaciones e ideas que el modesto capitán español comparte plenamente?

Veamos, pues, con qué claridad aborda nuestro autor la cuestión y discute a los académicos franceses su ligereza.

### **La ciencia militar es verdaderamente ciencia**

El libro *Napoleón III y la Academia de Ciencias* está construido sobre un esquema muy simple y muy coherente. Villamartín va a indagar «la raíz filosófica» de los conocimientos específicos del arte militar, «y si nos equivocamos —dice—, nos queda el consuelo de habernos equivocado con los más eminentes filósofos y con los historiógrafos y políticos de más profunda vista». Se trata, pues, de un asunto que él tiene bien meditado y contrastado con pensadores de autoridad. El resumen de todas sus

(18) RAMON CARNICER: *Entre la ciencia y la magia Mariano Cubí*, cap. XXIV (Barcelona, 1969).

(19) T. A. B. CORLEY: *Napoleón III*.



reflexiones queda expuesto en tres series de argumentaciones: «¿Qué es la ciencia?»; tal es su primera cuestión. Un maestro escolástico no hallaría base más nítida para plantear una tesis. Segunda cuestión: ¿Responde al concepto de *ciencia* la investigación de ese fenómeno físico y social que se llama guerra? Y una última cuestión: ¿El cuerpo de conocimientos que tal investigación constituye ha de tener contacto con otros conocimientos de los que están representados en la sabia asamblea de la Academia?

Examinemos sus razonamientos de base. Según unos, ciencia es «el conocimiento de las cosas por principios», o «el desarrollo de un principio»; según otros, es «la investigación de las propiedades y funciones de todo lo que existe», o «la fórmula de una ley de la Creación». Aceptando estas definiciones, Villamartín prefiere, sin embargo, definir la ciencia como «una de las irradiaciones de la inteligencia infinita». Y afirma:

*Allí donde aparece un hecho primitivo que no sea producto de las fuerzas del hombre; allí donde se verifique un fenómeno natural o moral en los cuerpos o en las ideas, cuyo génesis no sea la inteligencia y la voluntad humana, allí está el principio, de allí parte una ciencia, faceta de ese inmenso brillante que se llama Filosofía.*

Villamartín empieza, pues, filosofando, situando a la ciencia en un amplio contexto.

Para Villamartín, principio es «cada rayo de luz que atraviesa el caos del saber humano», cada fenómeno físico o psicológico, el axioma de la razón o el axioma del sentimiento, cada causa segunda, ya que «la causa primera de todo lo que existe no se halla sometida a la inspección del hombre».

*El hombre, primero ve con asombro, luego contempla con análisis, después compone por la síntesis y, por último, imita y utiliza en beneficio suyo las fuerzas de la Naturaleza.*

*Al levantarse ante la vista de los primeros hombres el prodigioso conjunto del Universo, debió producirse en ellos asombro y deslumbramiento al principio, luego sensaciones desconocidas y, por último, ideas en tropel y mal contorneadas. El efecto de las leyes de la materia; las fuerzas y los movimientos engendrados; la forma y la propiedad de cada objeto; la armonía de todos los principios; la luz, las tinieblas, el fuego, los sonidos, la vida orgánica; toda la Naturaleza, y todo lo que de Dios se vislumbra en ella, conmovió aquellas vírgenes inteligencias que se lanzaron con ansia a la fuente del saber. Auxiliadas o no por la revelación, que eso nada importa para lo que queremos probar, dieron fundamento a la Filosofía, la*



*ciencia de las ciencias, la única, la infinita, la absoluta, la que busca el conocimiento de la ley creadora fundamental; pero a los primeros pasos se convencieron de que la inteligencia finita no puede comprender el infinito; que el ser relativo jamás llegará a la idea de lo absoluto; que el deslumbramiento había de seguir si no se descendía al análisis; y la ciencia tuvo que dividirse en tres grandes grupos de conocimientos.*

El primero de estos grupos está constituido por la Teología y la Filosofía, y «quiso investigar el arcano de las potencias creadoras»; en segundo lugar, la Cosmología quiso investigar las leyes del mundo material; en fin, la Antropología quiso estudiar al hombre.

Pero esta división del saber «era confusa todavía; fue preciso subdividir más», y surgieron sucesivamente las Matemáticas, las ciencias de la observación, las ciencias morales, las ciencias políticas y sociales. Todas éstas se manifiestan a veces obedeciendo a principios antinómicos; pero si tan oscuras y difíciles son para la inteligencia del hombre, para la de Dios son ciencias exactas, y su ley es tan sencilla como la ley de la cantidad.

«Partiendo de un solo tronco», se siguieron ramificando las ciencias: Física, Psicología, Derecho... y ciencia militar. Tan espeso es el bosque de las ciencias, que «cada una se cree el fundamento de las otras, con la misma razón que cada punto de una circunferencia puede creerse el principio de ella».

Villamartín empieza, pues, filosofando, y no sólo bosqueja la historia de la preocupación científica del hombre, sino que aborda la cuestión del origen de la ciencia, de su naturaleza y de su esencia, dejando establecido que cualquier fenómeno natural y social es objeto de la ciencia.

Si hay aún un grupo de ciencias que, «en este oscuro fondo del saber humano», todavía aparece *nebuloso*, y si en este grupo se ha de contar la ciencia militar, también es cierto que sólo la intolerancia y el exclusivismo de escuela pueden negar un puesto a estas ciencias en la escala de la Filosofía.

Y es que —aquí comienza la segunda premisa de los razonamientos de Villamartín— «la guerra es un fenómeno natural a la vez que social»; es «consecuencia de un principio del Cosmos», «una ley de la Creación».

*Si no existiera lucha entre los elementos de la Naturaleza, uno sólo dominaría y absorbería en sí todas las moléculas del Universo; los otros quedarían anulados, y la Naturaleza dejaría de ser.*



*Esto mismo sucede con las fuerzas sociales: buscan su equilibrio por sacudidas; porque, ¿dónde no las hay? ¿Hay algo que se desarrolle y funcione si no es por medios violentos? ¿Cuál es el progreso que no se verifica por transiciones bruscas?*

*En la atmósfera, la calma trae el huracán, y la tempestad es una ecuación de equilibrio... En la vida orgánica, se nace y se muere de repente, de un modo violento; al nacer, sufre la madre, y al respirar por primera vez se conmueve y se lastima todo el ser. Nada, absolutamente nada, es gradual y suave; todo desciende o sube a saltos; todo vive por la acción y la reacción repetida.*

*Los que creen en la paz perpetua no han querido contemplar la armonía que existe entre todos los principios constitutivos del Universo por la compensación y la lucha de ellos. La paz perpetua sería un viceversa absurdo, una antinomia viva en la ley creadora; sería el sol fijo eternamente en el cénit, el mismo grado de calor y de luz, ni la más diáfana nube, ni la brisa más suave; la paz perpetua sería Octavio eterno, la sociedad en el estado de fósil.*

*La guerra es ruda, es violenta, es superior al hombre; ¿y qué no lo es? Suprimid las tormentas, las enfermedades, las epidemias, el calor del estío, los hielos de diciembre; suprimid la muerte misma, porque todo esto es superior al hombre, y entonces habréis levantado otro mundo con otra síntesis.*

Villamartín llega a su primera conclusión: «El conocimiento de la ley a que obedece ese fenómeno material y social, si no es ciencia, ¿qué es?». Igualmente pertenece a la ciencia el estudio del agente visible de esa fuerza, que es el ejército, «considerado en sí mismo como hecho coexistente con la guerra». La ley de su composición moral y política y el análisis de su poder son también el desarrollo de un principio, la observación de un fenómeno, «una eslabonada serie de verdades filosóficas». De ahí que todo pensador profundo que de la guerra haya escrito hablará con naturalidad de *filosofía* de la guerra, de *metafísica* de la guerra, de *ciencia* militar. Y al hablar de esta ciencia, todos esos profundos pensadores —dice Villamartín— «alejan de sí la idea de *arte*».

En efecto, cuando se hace funcionar al ejército conforme a su organización, cuando se da una batalla o se verifica una maniobra, «esto podrá ser arte, un arte sublime que vive de todos los conocimientos humanos, pero al fin arte»; mas «cuando se aprecia filosóficamente este fenómeno y se le sigue paso a paso con la historia por guía, y se estudia la relación entre los efectos y las causas, esto es ciencia, porque es una



serie de principios fijos, unos observados, otros presentidos por la razón humana».

La última parte del libro que estamos comentando reafirma la tesis sostenida. Había de negarse el nombre de ciencia a los conocimientos militares, y habría que reconocer que éstos han de mantenerse en relación estrecha con todos los demás conocimientos científicos; porque, si se mantienen aislados, el progreso del mundo se desenvolvería con una lentitud peligrosa, y sobre los pueblos caerían grandes males.

Villamartín se anticipa a responder a una posible objeción. La ciencia militar, es cierto, no tiene parangón con las ciencias exactas y naturales. Aquélla, sobre ser demasiado abstracta, no tiene sistema fijo; en ella «hay mucho de convención humana; hay errores; hay tantos desarrollos de la misma idea, que las escuelas se chocan y se revuelven en una lucha sin fin».

La respuesta de nuestro autor es contundente y bella:

*La ciencia, que para Dios es una, se manifiesta para el hombre en modos infinitos, porque infinitos son los fenómenos observables. Tal como el hombre la puede comprender, tiene mucho de falso, de incompleto y torpe, como lo es la inteligencia humana: por eso en las ciencias exactas se discute el método, y en las observaciones el principio, y las escuelas y los sistemas luchan en todas ellas con el mismo calor. Mas porque no se sepa de un modo cierto si la Tierra es de creación ígnea o neptuniana, ¿dejará de existir la Cosmogonía y la Cosmología? Porque se ignore si el agente de vida es un espíritu o un flúido, ¿dejará de existir la Fisiología? Pues del mismo modo hay Legislación, aunque se dude si la moral es absoluta o relativa, y hay Política, aunque no esté averiguado si existe contrato social.*

*La ciencia se remonta a las causas hasta deslumbrarse, y desciende a los efectos hasta confundirse; pero por ambos caminos parte de un hecho simple, conocido y necesario, y la guerra lo es. Es un fenómeno social, como la electricidad lo es natural; y de todo fenómeno brota una corriente de filosofía. Si no hay método claro ni está bien determinada la serie de manifestaciones del fenómeno, no por eso deja de existir la ciencia; la duda y la comparación la desarrollará.*

Aún responde Villamartín a otra posible objeción —de menos envergadura, pero afiladamente irónica—, de la que alguien ya se había hecho portavoz: Si los conocimientos militares son ciencia, ¿qué cuerpo de doc-



trina tienen creado, qué cuestiones han resuelto? Y en una sala de la Academia, ¿qué debates ha de tener y, sobre todo, quiénes habrán de ser los académicos? El objetor pregunta si acaso habrá que nombrar académicos a los generales victoriosos, o a Juana de Arco, o a Viriato, o a los escritores que han debatido sobre el color que deban tener los uniformes.

La réplica es sensata: Para contestar cumplidamente, «sería preciso un curso completo de ciencia y bibliografía militar». A Villamartín le basta recordar que los *Comentarios* de César, *las Reflexiones militares* del Marqués de Santa Cruz y los *Discursos* de Luis Blan, «pueden abrir, cada obra en su tiempo, las puertas de una Academia».

Existe —sigue afirmando nuestro autor— una *fisiología* de la guerra y una *psicología* aplicada a la guerra; existe una *moral* de la guerra y una *filosofía de la historia* militar.

*La ciencia militar estudia al hombre como ser físico, apto para la guerra; al hombre como ser moral, por la parte que su alma toma en la lucha; al pueblo, como origen del ejército; y al ejército, en su forma social y en su organismo de lucha; y, como resultado de todo esto, a la guerra en sus modos de ser con relación a los modos de ser del pueblo, del ejército y del individuo.*

Termina, por fin, definiendo la ciencia militar en estos términos:

*Es la que trata de la guerra en su causa y en sus manifestaciones sociales, y del ejército en la constitución política de sus elementos y en su aptitud como agente de victoria; y su fin práctico, puesto que toda ciencia lo tiene, es fijar los principios a que debe someterse esa constitución, y conducir tanto como se pueda la serie de esas manifestaciones, de modo que en cada caso particular, teniendo como datos el pueblo, el estado de la civilización y la idea que se quiere que triunfe, se consiga la mayor suma de bien social con los menores esfuerzos posibles, y economizando sangre, trabajos y sufrimientos al individuo.*

Puntualiza Villamartín que, si en la anterior definición ha incluido el término *ejército*, «es porque, siendo la guerra un fenómeno natural, el ejército, en su idea abstracta, lo es también». La voluntad humana —el hombre, el Estado— podrá afectar al ejército en su forma, en sus leyes y sus métodos; «pero la esencia, esto es, la asociación de hombres para la lucha, jamás podrá destruirse en tanto que Dios no suprima el artículo guerra de la ley de la Creación.



## **Función de la ciencia militar en una Academia de Ciencias**

*Napoleón III y la Academia de Ciencias* termina abriendo perspectivas a lo que puede constituir la función de la ciencia militar en el seno de una Academia General de Ciencias.

En primer lugar, «podría establecer y fijar la armonía y el enlace de todas ellas con la ciencia militar»,

*y esto sería un inmenso progreso en el saber humano. Si el mecánico no estudiase más que los cuerpos en reposo, y el médico los cuerpos en el estado de salud perfecta, y el político la sociedad en calma, ninguno hubiera conocido los principios vitales y orgánicos del mundo, del hombre y de la sociedad. Para conocer el equilibrio de ellos ha sido preciso estudiar su desequilibrio; para saber la potencia de las fuerzas hemos necesitado ver el choque de los cuerpos; para averiguar la función del estómago ha sido preciso examinar los efectos de sus dolencias; para distinguir los principios que constituyen la atmósfera hemos estudiado las tempestades; y del mismo modo, si queremos comprender las fuerzas sociales, es necesario sorprender a la sociedad en su calentura, en la guerra.*

Una sala de ciencia militar en la Academia metodizaría los muchos principios que se hallan esparcidos en los autores militares y en los filósofos que de la guerra han hablado, «desde Hobbes hasta Saint-Pierre, desde Vegecio hasta Luis Blan, desde el Marqués de Santa Cruz hasta la flamante escuela alemana», y guiada por estos principios podría descender a cuestiones concretas, aunque no a casos prácticos. Al expresarse así, Villamartín mantiene la distinción entre lo que es objeto de la ciencia y lo que es objeto del arte. Los *casos prácticos*, casos de aplicación de los principios, atañen al arte. «Cuando el arte funciona, la ciencia ha salido de las Academias y está en el Gobierno». Pero toca a los científicos discutir —y he aquí *cuestiones concretas*— «qué guerras convienen a ese pueblo, según su misión histórica y su forma social; cuáles deben evitarse y por qué medios; cómo se ha de conseguir por la paz lo que por la guerra se desea; qué fuerzas militares debe tener cada Estado, según su forma política, sus hábitos y costumbres; cómo se han de constituir esas fuerzas en vista de sus propiedades, de las armas que las ciencias hayan dado, y de las ideas que dominen en la sociedad, y qué relaciones han de tener entre sí en armonía con la clase de lucha que se va a emprender y con la causa que se defiende, y según las condiciones del pueblo y del ejército enemigo».



*En una palabra, a tal sala corresponderían todas las cuestiones relativas a la guerra como hecho absoluto, universal y constante, y a la guerra en sus manifestaciones, en sus accidentes, en sus causas y en sus efectos; y además todas las relativas al ejército como entidad de vida propia, en sus caracteres permanentes, y en el mecanismo de sus fuerzas morales.*

En cuanto al «íntimo enlace» de la ciencia militar con todas las demás —razón para que aquélla esté representada donde éstas lo están—, Villamartín insiste:

*La filosofía de la historia es la filosofía de la guerra, porque la historia es la guerra; el adelantamiento de las ciencias naturales es el de las armas; el de las ciencias morales nos da el conocimiento del hombre de guerra, y el progreso en las ciencias político-sociales es el progreso en los órdenes, en los sistemas de combate, en la constitución de las masas armadas; es, en una palabra, el señalamiento de la armonía de los poderes públicos con las fuerzas militares.*

Villamartín proyectaba volver a tratar este sugestivo tema —*tesis*, dice él— de la ciencia militar con mayor extensión y más en concreto. Parte de esa nueva obra, que no llegó a escribir, estaría dedicada a demostrar cómo hay ciencias —la geografía y la navegación, por ejemplo— que «no pueden desarrollarse sin el contacto íntimo con la ciencia militar».

#### «Manual de Viajeros. San Lorenzo del Escorial»

En 1866, Villamartín publicó un «manual de viajeros» titulado *San Lorenzo del Escorial*. Apenas es conocido o citado por nadie este manual, ya se hable de El Escorial, ya se hable de Villamartín.

En el mismo año y en la misma imprenta —de Don Anselmo Santa Coloma— se editó, con igual formato y las mismas ilustraciones, una versión francesa de esta obra. Quizás fue vertida al francés por el propio autor, pues algún término menos feliz, algún que otro giro y, sobre todo, la general corrección de la traducción delatan la mano de un escritor no francés, que fía más de la gramática que del lenguaje vivo y usual.

Como guía, el libro es detallado, detallista. En él se da cuenta del acto de la fundación del Monasterio, se reproducen en grabados sus partes y sus hombres —monjes o artistas— más notables, y no se desprecian minucias curiosas.



Villamartín escribió este manual «en presencia de cuanto se ha escrito sobre la materia»; pero también con un estudio y conocimiento directo, habiéndole quedado muy grato recuerdo de su convivencia con los moradores del Monasterio.

El libro analiza el conjunto arquitectónico y cada una de sus dependencias, así como su riqueza ornamental: pinturas, esculturas, maderas nobles... Y —¿cómo no?— se da noticia de la Biblioteca y de sus avatares. En la época de Villamartín, «son importantes las obras que se han hecho para volver a dar espíritu a este coloso, que parecía como muerto o dormido»; de todas estas obras da cumplida cuenta, incluso con cifras y presupuestos. Pero vamos a lo más destacable.

En su descripción, el autor se nos muestra gustoso conocedor de las Artes. Emplea en todo momento los términos adecuados y, al ofrecer sus apreciaciones personales, manifiesta tan buen gusto como sentido crítico. La bóveda del Coro, por ejemplo, que generalmente merece la censura de los críticos por sus pinturas monótonas, para Villamartín tiene «detalles de gran mérito» y «revela una facilidad de ejecución casi excesiva». Igualmente, al ocuparse del Patio de los Reyes, se fija en sus dos torres gemelas: «Hubieran lucido más si hubieran estado con independencia de las obras del patio».

A este tenor podríamos citar toda una serie de observaciones críticas nada banales; mas limitemos nuestra atención a otro aspecto del libro: la sensibilidad de Villamartín. Sensibilidad moral, que capta certeramente la significación de El Escorial, y sensibilidad estética, que se revela, más aún que en la glosa del Monasterio mismo, en la fruición con que describe el paisaje escurialense, ese paisaje grave que se extiende bajo el «cielo de nubes altas y límpidos colores, que es el cielo de Castilla la Nueva».

Dentro de aquel recinto monacal «se han proyectado o consumado los acontecimientos políticos que más han influido en la humanidad desde el apogeo de la Casa de Austria hasta su caída»; desde allí, «el Monarca más poderoso de la tierra ha dictado su ley a los dos continentes»; este monumento es, según Villamarín, una réplica a la Europa reformista «que nos acusaba de ignorantes y supersticiosos». Algunos derruidos palacios del contorno son, a su vez, «acusadores mudos de la invasión francesa». El Escorial es foco al que acuden todos los hombres de letras, y «también el pueblo español, representado por sus genios y sus glorias, tiene allí su morada, porque donde están las Artes está el pueblo». Allí «el orden greco-romano, resucitando en una sociedad católica, y católica en lucha, se despojó de sus galas paganas para dar templos a una nación que ya



había roto con la Edad Media y que no sabría inspirarse en las ojivas góticas ni en aquellos arabescos huella de una raza enemiga. San Lorenzo es el primero de estos templos, y el que ha impreso con el sello del catolicismo ese carácter grave, solemne y melancólico que tomó entre nosotros el Renacimiento».

Siguiendo la misma línea de pensamiento, el *Manual* contiene reiterados elogios a Felipe II, «el rey más grande en un siglo de grandes reyes».

Mas observemos ya la sensibilidad de Villamartín ante la Naturaleza. ¿Cuál sería la sensación del viajero que se aproximase a El Escorial «sin saber dónde se hallaba»?

*Al tender la vista por aquellos contornos, sentiría su espíritu agitado ante el magnífico cuadro de una lucha entablada entre la naturaleza en toda su agreste majestad y el arte elevado hasta el punto más culminante donde puede elevarse por el genio y el poder del hombre.*

*Desde Oriente a Ocaso, cortando el Norte del horizonte, aparece la cordillera carpetana elevando sus picos de nieve, y allí, sobre la derecha y apenas estribado en la pendiente, levanta sus torres, desafiando a la montaña, un monumento que es a la vez templo de Dios, choza y tumba del monarca más poderoso que sobre el mundo ha pasado...*

Medio siglo más tarde, una estupenda generación de españoles —la del 98— aprendería y enseñaría a contemplar amorosamente el paisaje de España. El escritor cartagenero se había adelantado. En esto, como en tantas cosas, Villamartín es un avanzado.

### Villamartín, poeta

Después de escrito este discurso, el instinto investigador del doctor Ferrándiz Araújo ha descubierto en los archivos del Hospital de la Caridad de Cartagena un poema de Villamartín. Precioso hallazgo, por cierto, puesto que es la única muestra conocida del Villamartín poeta.

Se trata de un poema relativamente extenso dedicado a la Virgen de la Caridad, patrona de Cartagena. Sesenta y cuatro cuartetas aconsonantadas componen el poema, que se desarrolla con fácil ductilidad sobre el ritmo solemne de los endecasílabos.

El texto es original y autógrafo, con la inconfundible caligrafía y la rúbrica de Villamartín.



Con ser un poema correctamente escrito en orden a todo requisito literario, más que el gusto de Villamartín por la literatura revela su cartagenerismo, acentuado quizás en la última etapa de su vida, cuando las tristezas, los desengaños y la soledad traían a su memoria el recuerdo de los años felices, transcurridos en el entorno familiar en Cartagena.

Varios indicios hacen suponer que, en efecto, el poema esté escrito al final de la vida del escritor. Su letra y su firma, ya fijadas y las mismas que conocemos en sus escritos cumbres, no son el indicio menor. Pero, sobre todo, nos parece que se transparentan en algunas cuartetas los dolores y heroísmo de los últimos años de su vida, aunque él, modestamente, hace por esconderse —como hemos de ver— en el anonimato.

Cartagenerismo de Villamartín. A lo largo del poema se repite la invocación fervorosa a la Virgen de los Dolores, como se repite el nombre de Cartagena, a la que una y otra vez se llama «patria mía», «amada patria mía».

*Póstrate de rodillas, Cartagena;  
a la Madre de Dios Omnipotente,  
sagrada Virgen de ternura llena,  
adora con espíritu ferviente;*

*Humilde besa su divina planta,  
admira los milagros, los favores  
que debes a esa Virgen sacrosanta,  
Señora Celestial de los Dolores.*

*¿Alguna vez rogaste, Patria mía,  
y tu ruego la Virgen no escuchó?  
¿Fuiste llorando al templo de María  
y María tu llanto no enjugó?*

En ese tono de fervor y de fe continúa el poema. Pero, como el escritor es fundamentalmente un hombre lógico, habituado a escribir tratados científicos, históricos y filosóficos, su esporádica creación poética se desenvuelve patentemente sobre un esquema lógico.

*Hambre, Guerra, Epidemia, cruentos males  
viste, pueblo, que súbito cesaron.*

En efecto, la «tierna Madre, sin igual clemente» acude en remedio de las sucesivas desgracias que, cual castigos celestiales, padece Cartagena. Por supuesto, aparece pronto el cuadro desolador de la sequía: el sol ardiente encandece la tierra y su fuego la convierte en «tórridos y horribles arenales»; falta a los ganados el pasto; los árboles no dan frutos y sus



hojas aparecen amarillentas, calcinadas; se escuchan los tristes lamentos del labrador, cuyos hijos, «escuálidos y hambrientos», le piden pan con llanto amargo. Pero se elevan plegarias a María de los Dolores «y del hambre terminan los rigores».

Otra de las plagas características de Cartagena han sido las epidemias, que han esparcido «luto por doquier y triste llanto».

*El Cólera los aires envenena,  
atmósfera de muerte se respira,  
y su trono fatal sienta con ira  
el tirano del Asia en Cartagena.*

«Es cada calle vasta sepultura». Sobre los cuerpos inertes de los niños, de los esposos, de los amigos, se vierte inconsolable llanto. El cuadro de Cartagena es espantoso y tétrico, descrito como por quien tiene de él un conocimiento directo o una noticia verdaderamente dolorosa.

*Son los muertos de noche conducidos  
con misterio, sin pompa funeraria,  
y rasga el aire funeral plegaria,  
ayes, voces, sollozos y gemidos.*

Mas nuevamente el pueblo acude en rogativas a la Virgen de los Dolores pidiéndole misericordia para «su ciudad querida». El auxilio no se deja esperar, «y cesan de la muerte los horrores».

*...y tornan horas a la Patria mía  
sin desgracias, ni luto, ni temores.*

¿Cómo un cartagenero podía desconocer u olvidar los peligros del mar? El Angel de la tormenta rompe las vallas del vendaval; la nave se ve perdida entre el torbellino; entre montes de mar embravecida, su proa se dirige hacia las rocas, ya sin timón y con sus palos doblegados por el huracán. Y otra vez la plegaria a la Virgen de los Dolores alcanza la salvación.

¿Y no había de hablar Villamartín del heroísmo militar? «Un hijo de la noble Cartagena», en el que nos parece ver retratado —y, al mismo tiempo, camuflado— al propio soldado poeta, se encuentra en sangrienta batalla; hiere la metralla; los cañones vomitan muerte; las ballonetras enemigas acosan al cartagenero. Pero éste sabe cuál es su amparo, y la Patrona de Cartagena acude en su socorro.

Bien pudo Villamartín conocer la historia de algún cartagenero que luchara con la «feroz morisca gente», con la «infel hueste agarena».



Pero pudo también enfundar en su ficción poética su propia realidad, los duros trances de su vida de soldado.

De esa manera, sobre un esquema lógico que responde a cuadros históricos de su patria chica, Villamartín escribió su poema —acaso su único poema— en loor de Cartagena, de la Cartagena espiritual.

## EPILOGO

En las páginas que preceden ha sido mi intención poner de relieve los rasgos más salientes de Villamartín, del Villamartín esencial. Lo más esencial de un hombre es su espíritu, son sus ideas. De ahí que, tras unos breves datos biográficos, sea la exposición de sus ideas el principal asunto de mi discurso.

Puesto que de un escritor se trata, en la medida de lo posible le he dejado hablar a él mismo, haciendo profusas citas (20) que nos mostrasen, al tiempo que sus ideas, su estilo y su lenguaje.

Igualmente con el fin de dar a conocer a nuestro escritor vengo publicando algunas de sus páginas verdaderamente antológicas (21).

Bien sé que no lo he dicho todo; pero acaso haya logrado mi propósito de exponer lo esencial. Siento con ello la satisfacción de contribuir a que sea conocido un español digno de la inmortalidad.

---

(20) Cuando al citar textos de Villamartín no hago referencia a ninguna obra concreta, entiéndase que las citas están tomadas de su obra principal: las *Nociones del Arte Militar*. He tenido propósito de reducir en lo posible todo el aparato crítico. De ahí que algunos libros esenciales, que se hallan citados en el texto, no se citan en esta bibliografía.

(21) Cfr. *El progreso del Arte militar en sus analogías con el progreso de la sociedad* (Cartagena, 1968) y *Dos estrategias: Aníbal y el Gran Capitán* (próxima publicación).



## EXORDIO.

## TRAYECTORIA DE LA VIDA DE VILLAMARTIN.

- Algunos datos biográficos.
- En «El Temido» y en «El Terror».
- Una herida y el ascenso a capitán.
- Rumbo a Cuba, rumbo al estudio.
- Se alternan las Letras con las Armas.
- Caballero de la Orden de Carlos III y el ascenso a comandante.
- Napoleón III elogia a Villamartín.
- De 1865 a 1868. Viajes a El Escorial.
- Junto al general Pavía.
- En el puente de Alcolea.
- Ultimos años de Villamartín.
- «Que la tumba es el trono del genio y su reino la memoria de los siglos».
- Una sesión conmemorativa en el Ateneo del Ejército y de la Armada.
- Homenaje nacional a Villamartín.
- El recuerdo de Villamartín en Cartagena.

## EL ESCRITOR, SUS OBRAS Y SUS IDEAS

- Ambiente.
- La literatura militar en la época de Villamartín.
- Los escritos de Villamartín.
- Una obra teatral: «El Tuerto Rey».
- En las lides periodísticas. Militando con Pi y Margall.
- Filosofía de la guerra. La guerra, fenómeno natural y ley de progreso.
- Más sobre el periodismo. Importancia de la prensa y de la opinión pública, según Villamartín.
- Las «Nociones del Arte Militar».
- La inspiración patriótica.
- Villamartín, psicólogo.
- Que el hombre no se convierta en máquina.
- «Unir el arma del soldado con la herramienta del obrero».



- «En el gran taller de la Historia, cada nación es un obrero».
- Historia y Filosofía de la Historia.
- La Revolución Francesa, ejemplo de fatalismo histórico.
- Edades y pueblos.
- Personajes. «Con tales ejemplos se despierta la sed de gloria».
- Felipe II, «grande alma».
- La Religión, fuerza moral.
- El Federalismo.
- La justicia militar, etiqueta militar. Las cuestiones de forma, tan interesantes como la cuestión de esencia.
- Del carácter español.
- La Ciencia. «Por los difíciles senderos de ese bosque».
- La cuna de la civilización, cuna del arte de la guerra.
- El crepúsculo matutino de nuestra civilización.
- «Nunca es caro un buen espionaje».
- Consideraciones sobre la guerra civil. Y que el germen de las guerras civiles está en las leyes.
- Fatalista, pero no pesimista.
- La fuerza de la palabra.
- Breve consideración sobre el estilo de Villamartín.
- «Napoleón III y la Academia de Ciencias».
- La ciencia militar es verdaderamente ciencia.
- Función de la ciencia militar en una Academia de Ciencias.
- «Manual de Viajeros. San Lorenzo del Escorial».
- Villamartín, poeta.

## EPILOGO.

